

EL COJO ILUSTRADO

Año VI

1º DE DICIEMBRE DE 1897

Nº 143

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

Mística

Allí permanecía largas horas sombrías, los brazos cruzados, las rodillas postradas, el rostro hundido en una flor de la alfombra, aletargada, diluída en un ensueño brumoso, en una media-noche opaca, en un éxtasis vaporoso, sin conciencia, sin memoria, en una rigidez cadavérica. — Saldía del expasmo adolorada, sin fuerzas; la sangre como que no corría ya por los canales de las arterias; el corazón, como ave muerta, parecía que dejase de batir; punzábale en las sienas como una corona de espinas. . . Iba al balcón, lo abría y dejaba que una ráfaga fría de la noche penetrara en la pieza.

En la calle, el taconeo de los transeúntes hería las baldosas, propagando ecos sonoros; los coches hacían correr por el empedrado grandes manchas movilizadas de luz purpúrea; á lo lejos, una sarta de notas se desgranaba del teclado de un piano. — Todas estas visiones de la noche y de la vida pasaban por un momento por aquella faz de cera, en que la fiebre encendía una mirada ardiente. Aspiraba con delicia aquel aire punzante, llenaba de él sus pulmones, recogía algún perfume perdido en el ala del viento, y se bañaba en la claridad temblorosa de las estrellas.

¡Los perfumes! ¡Cómo la arrastraban á su gran viaje misterioso! ¡Cómo la provocaban á

caer por lentas gradaciones, en aquel sueño éxtático! Un ramo de claveles la hacía recorrer toda la pasión del Cristo: veíale prendido de la cruz, con los brazos extendidos y de su boca divina evaporándose un aliento cálido que lle-

sus rumores? — ¿Qué había en él, qué había en aquellos días pasados, lentos, uniformes, que se sucedieron sin tregua, amontonando en su existencia una invariable sucesión de mañanas rosadas y de oscuras noches como aquella? La vida se había deslizado tranquila mente, límpida y serena. Y aquella serenidad, aquella calma, dardeaba ahora sus carnes, hostigaba sus músculos, hacía hervir su pobre sangre lenta. . .

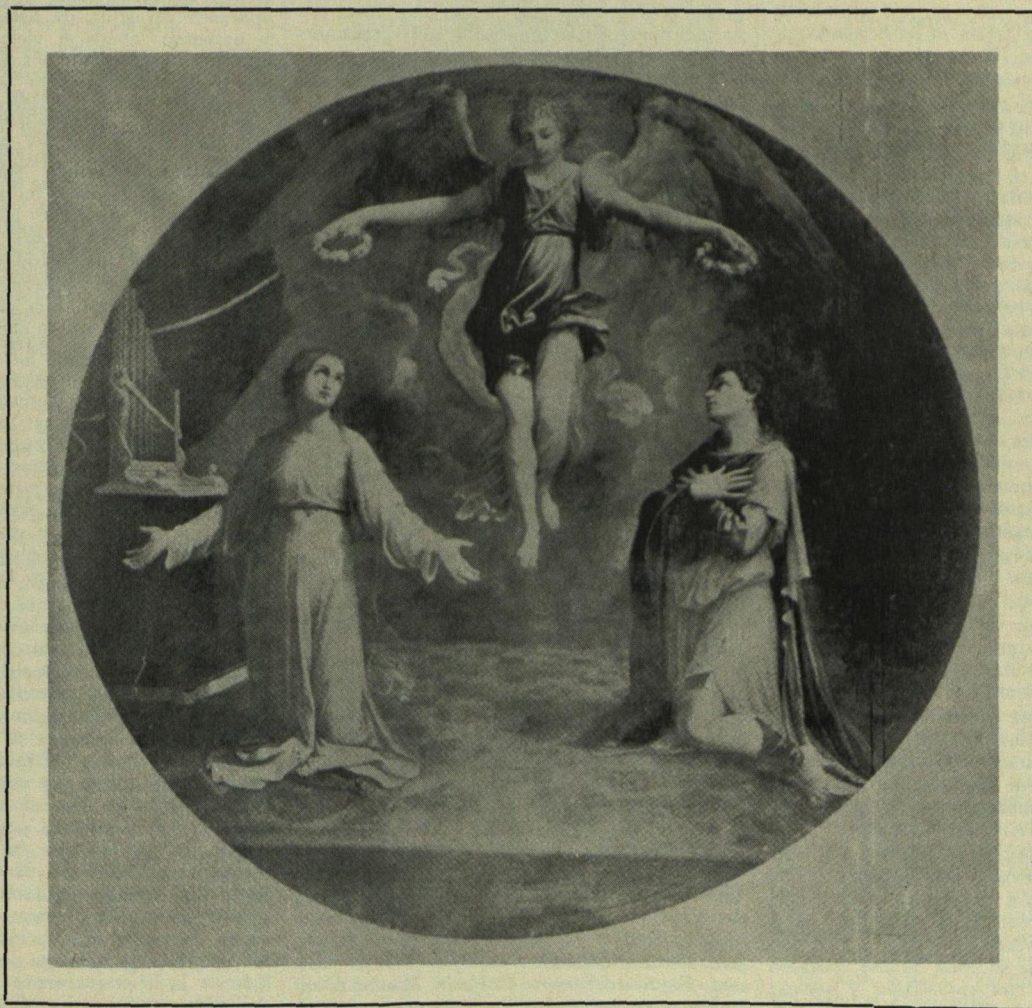
Un chispazo de luz rojiza atravesó el manto negro del espacio; era una estrella que caía. — Y de pronto, como si aquel pinchelazo cárdeno hubiese dejado trazado el impenetrable secreto de su vida, su pecho se hinchó como al impulso de una ola, penetró en su conciencia un rayo de luz desconocida, dobláronse sus piernas, extendió los

brazos hacia adelante, en un ademán de abarcar algo en el espacio vacío, y cayó pesadamente bañados los ojos en llanto.

. . . Al amanecer del día siguiente, la encontraron allí, tendida, rígida, muerta, la cabeza hundida en una flor de la alfombra y los brazos enlazados fuertemente á un viejo crucifijo de marfil.

CARLOS DIAZ DUFOG.

(México.)

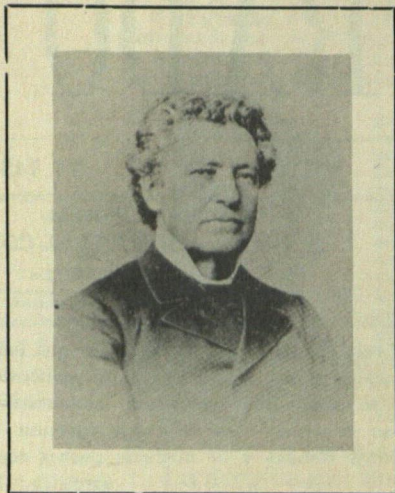


APARICIÓN Á SANTA CECILIA Y Á SU ESPOSO VALERIANO

naba el mundo. Y se dejaba arrebatar por esta corriente, sentía palpar sus venas como allá, en su primera juventud apasionada, cuando, á la salida del templo, las flores la arrojaban su esencia penetrante, enloqueciéndola, trasmontándola, en un loco deseo de algo ignorado, de algo oculto, ¡ay! que permaneció impenetrable por siempre.

¿Por qué recordaba ésto? ¿Por qué, ante la negra noche, en aquella ventana, con su lienzo estrellado frente á su vista, se convertía la memoria al viejo pasado, triste y silencioso, como aquella calle que iba, poco á poco, apagando





DON EVARISTO FOMBONA



ON EVARISTO FOMBONA, nacido en 1817, era oriundo de Luanco, lugar del Concejo de Gozón en el antiguo Principado de Asturias. Fueron sus padres don Manuel Fombona y doña Beatriz Espiniella, hidalgos, de quienes recibió esa educación moral, peculiar de la primitiva raza española, que hace del hogar un templo y una religión de la familia. Muy joven, casi

nifio todavía, pasó á Oviedo, donde hizo sus estudios de filosofía bajo la dirección de acreditados maestros; y desde entonces comenzó á cultivar la literatura con el amor intenso de los que ven en esa noble manifestación del entendimiento humano una fuente de satisfacciones para el alma y un estímulo poderoso para las facultades del espíritu.

Doctrinado ya en varios ramos del saber se trasladó á la Isla de Cuba, de donde lo llamaba hacía ya tiempo su tío, el rico propietario don Bartolomé de la Mata, bajo cuya protección continuó sus estudios de derecho hasta recibir el grado de Doctor en la Universidad de La Habana.

Deseoso á poco el joven de encomendarlo todo á sus propios esfuerzos, entró en la carrera del profesorado, para la cual le abrieron fácil camino los escritos de carácter literario y político que había publicado en la prensa de aquella capital y en la de Matanzas.

El distinguido colombiano don Manuel Ancizar, con quien llevaba correspondencia, lo llamó poco después á Venezuela, adonde vino en la época presidencial del General Carlos Soublette. La sociedad de Valencia, de que guardó durante toda su vida la más cariñosa memoria, lo acogió con entusiasmo y afecto; y los discípulos que allí tuvo, entre los cuales pudieran contarse varios que viven todavía, como los doctores Miguel Zárraga, Foción Febreres Cordero, José Manuel de los Ríos, Juan Pablo Rojas Paúl y Pablo José Arocha, hallaron en él, más que al profesor, al compañero, que en plática amena y con la gran facilidad de expresión que le caracterizó siempre, les explicaba el tema filosófico ó les ampliaba el texto de latinidad, objeto del respectivo estudio.

La Dirección General de Enseñanza que contaba en su seno varones de tan alta ciencia como Vargas y Cagigal, lo favoreció poco después con un honorosísimo voto de gracias cuando llamado á servir el Rectorado del Colegio Nacional de Calabozo, centro docente de la mayor importancia, inició sus tareas directores con un elocuentísimo discurso acerca de la educación moral, reproducido entonces con mar-

cado aplauso por la prensa de la República.

Entroncó á poco en la familia de los Palacio, rama de próceres en que descuella Manuel, el Ministro de Hacienda del Libertador. La distinguida dama con quien se unió don Evaristo Fombona era hija de don Ramón, y sobrina, por tanto, de aquel eminente patricio.

A vuelta de algunos años en que el Instituto que regentaba llegó á su mayor florecimiento, se trasladó á Caracas el Señor Fombona, en donde continuó dedicado al sostenimiento de su hogar y al cultivo de las letras y de las ciencias. Su laboriosidad no decrecía, antes bien cobraba mayor fuerza en medio de las dificultades, á lo que contribuía en gran manera la entereza de carácter que conservó hasta el último día de su existencia.

Desde la filología hasta el Derecho Internacional y desde la ciencia social hasta la histórica, muchas de las manifestaciones del saber ocuparon su espíritu. Escribió constantemente, distinguiéndose su estilo, así en la prosa como en el verso, por una especie de singular dogmatismo, que decía muy bien con su naturaleza moral, indócil á toda contradicción cuando se trataba de una doctrina que él creía la mejor ó de un principio que él juzgaba irrecusable.

Poseía profundamente la historia, en especial la de su patria. Era, además, consumado latino, lo que le sirvió mucho sin duda para el castizo sabor que avaloraba sus producciones.

La Real Academia Española lo nombró hace cosa de veinticinco años miembro correspondiente suyo, y poco más tarde le dispensaron igual honor la Real Academia de la Historia, la de Ciencias Morales y Políticas, la de Jurisprudencia y Legislación, la de Santo Tomás de Aquino y otras Academias de España, á todas las cuales dedicó trabajos consonos con las materias predilectas de cada uno de esos Institutos.

Desde 1870 estaba condecorado con la Cruz de Comendador de Isabel la Católica, prenda de estima que recibió de su Patria, de cuya bandera no se separó nunca, á pesar de su larga ausencia del suelo nativo, y no obstante el profundo, el leal, el sincero amor que le inspiraba Venezuela.

En 1881 visitó por última vez la tierra hispana, en donde se le recibió siempre como al hijo que en la ausencia ha mantenido incólumes los fueros de su estirpe y ensalzado con entusiasmo y amor las glorias y los atributos de la patria. Allí reafirmó su amistad con varios de los preclaros ingenios de la tierra castellana, lo que dio margen á la más cordial correspondencia en que figuran nombres de la mayor valía en la política ó en la literatura. Víctor Balaguer, Acisclo Fernández Vallín, Manuel Tamayo y Baus, Aureliano Fernández Guerra y Orbe, Raimundo Fernández Villaverde, Cayetano Rosell, Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán, José Güell y Mercader, el Marqués de Valmar, Francisco Romero Robledo, Manuel Alonso Martínez, varios de ellos muertos ya, mantuvieron con él, en cartas más ó menos frecuentes, ese trato culto y cariñoso que acerca é identifica las almas elevadas en provecho de la moral y de la civilización.

Vio siempre, como él mismo decía, en estas Repúblicas, una gloriosa derivación de España, y se esforzó desde sus mejores años por estrechar lo más posible el lazo de afecto que las une á la Madre Común. Era alegría para su alma contemplar en el más perfecto acuerdo moral y político á su patria y á la patria de sus hijos, persuadido de que en esa inteligencia había para entrambas motivo de muy dulces satisfacciones.

Admirador de Bolívar escribió su elogio, enlazando con la más loable inteligencia glorias españolas y glorias americanas. En su amor é interés por Venezuela contribuyó desde 1882 al establecimiento de la Academia

Venezolana, varios de cuyos respetables miembros fueron elegidos por la Española á virtud de especial recomendación de él y mediante un extenso informe biográfico de los mismos recomendados, en que se traslucía el deseo del señor Fombona de servir á la gloria y al bien de la República.

Abogó en la prensa y en la tribuna, auxiliado de su vasto caudal de conocimientos filosóficos, por la necesidad de inspirar la enseñanza pública en ese criterio moral que avigora ó sirve de base granítica á las sociedades humanas y es el mejor freno contra los desmanes del vicio.

En la oratoria descollaba por la fuerza de la expresión y en la polémica por la firmeza del hombre que ha abrazado un principio y hace de él una especie de culto, en cuya defensa apura el alma sus facultades más eximias con fe de apóstol y constancia de caballero. Era de esos caracteres que no capitulan ni un momento con la doctrina moral ó filosófica que les es contraria, aun cuando aparezca revestida de halagadores conceptos, y prefieren, como el viejo soldado, recoger el arma ruginosa de los antiguos combates y guardarla como símbolo de entereza, á contemporizar en algo siquiera con lo que antes han impugnado ó hecho blanco perenne de sus censuras en la diaria lucha de las ideas que dividen á la humanidad. Así fué siempre para él el dogma católico un alto objeto de defensa; y en el periódico literario que fundó y sostuvo largo tiempo para recreación del hogar, dejó como estampado con caracteres indelebles todo el afecto de su alma por la doctrina del cristianismo, en la cual hallaba el mejor cimiento del orden y la más segura salvaguardia de la sociedad y de la familia.

Tales naturalezas, por su leal intransigencia respecto de todo lo que no se ajusta á sus aspiraciones y fines, y por el inquebrantable tesón con que vigilan sobre sus propios ideales, se asemejan á esas rocas que, erguidas en la soledad del océano, retan y rechazan de continuo las furias del tremendo oleaje, y son como emblema de resistencia en medio del vaivén de los tiempos, ó como atributos de fuerza moral en el vario curso de los sucesos humanos.

En sus estudios acerca de las Repúblicas hispano-americanas probó el señor Fombona su fe en el porvenir de estos pueblos: en el periódico "La Biblioteca del Hogar," puso de manifiesto la noble sinceridad de sus creencias católicas y su anhelo por contribuir al mantenimiento del bien en el seno de la familia venezolana: en sus "Páginas Literarias," última de las obras que sacó á luz, confirmó su adhesión á las ideas de sus mayores y mostró su vivo entusiasmo por la raza española y por las glorias que para ella representan los jóvenes Países del Nuevo Mundo; como supo dejar en sus discursos, disertaciones y artículos de índole diversa, pruebas elocuentes de su constante admiración por los héroes y los sabios, singularmente por aquellos que brillan en la Historia como factores poderosos del orden social.

Ha rendido el alma á Dios como los primeros patriarcas bíblicos, en medio de todos los suyos, en atmósfera de amor, oyendo á su alrededor el llanto filial, que no cesará de correr, estamos seguros de ello, mientras aliente una siquiera de los seres que él formó con su ejemplo y fortificó con la savia de su inteligencia y de sus virtudes.



CARLOS G. AMÉZAGA



OCOS, muy pocos de los jóvenes que manejan la pluma en nuestra patria, reúnen las especiales condiciones de Carlos G. Amézaga.

Circunstancias múltiples nos acercaron desde temprano al cantor de *Las dos madres*, y en nuestra larga amistad con él, hemos podido estudiar detenidamente su distinguida personalidad literaria y moral. Juntos fundamos, en compañía de Márquez, Felices, Mantilla, Ulloa, Secada, Gamarra, Legula y Martínez, Mendiguren y otros muchos escritores peruanos, el *Círculo Literario* de Lima, y, juntos también, peleamos rudas batallas en pro de ideales artísticos más nobles ó más nuevos de los que por entonces privaban en nuestra amada patria. En esas luchas los hombres se muestran como son, y Amézaga se reveló de cuerpo entero.

El primer rasgo característico de nuestro amigo es la movilidad é inquietud en que vive. Cabe decir de él, recordando el estudio de Gautier sobre Gerardo de Nerval, que vuela con el impulso de las alas de su espíritu. Cuando no contaba aún veinte años, visitó la Argentina, iniciando entonces una larga serie de viajes por toda América, que comenzó en los Estados Unidos del Norte y ha tenido como reciente estación el Paraguay. Hombres y cosas de Méjico, Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile, Brasil, Uruguay, etc., le son familiares. Todo lo ha visto, todo lo ha observado. Contra lo que pudiera esperarse, en el concepto de ciertas gentes, de su temperamento de artista, es igual su interés por los asuntos literarios que por los sociales y políticos. Apesar de su inquietud genial, no pertenece al número de los poetas visionarios. Ha sentido las crueles mordeduras del dolor; ha contemplado el espectáculo que ofrece el hombre ahí donde se abandona á los caprichos de la eventualidad; ha podido medir el abismo en que se precipitan los soñadores inconscientes, que van dejando á girones su propia carne en los zarzales de la vida, y con la energía de su naturaleza atlética, ha sabido sustraerse á los peligros de los fantaseos extraterrenos. La imaginación lo arrastraría á las regiones de un ardiente idealismo; pero la voluntad y el raciocinio lo sujetan en las tristes esferas de este mundo impenitente. Copia aquellas plantas de hermoso florecimiento, que por nacer en la cumbre de empinada montaña, se rozan con el cielo, y que, no obstante, arraigan en lo más duro y árido del planeta.

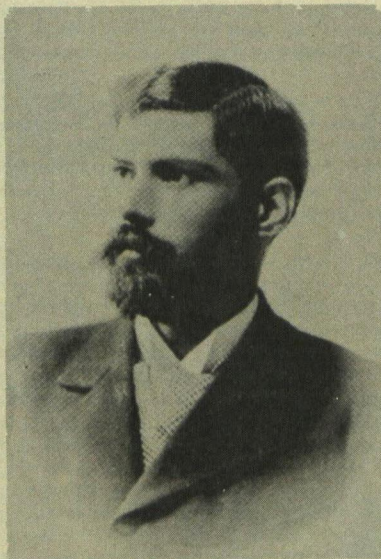
Poeta, *desequilibrado, loco*, llaman algunos, en tono despreciativo, al hombre que gasta el fósforo de su cerebro en cultivar el arte divino de Apolo.

Esos infelices no ven, en su miopía intelectual, que á la postre la obra verdaderamente perdurable es la obra artística; que á expensas de ella se mantienen el prestigio y la gloria de las naciones, y que sin el arte, el mundo semejaría enorme panteón en que no se conservara ni el mínimo recuerdo de los seres y las colectividades devorados por la tumba. Suprímense las obras monumentales del arte, los grandes poemas escritos en el *papyrus*, tallados en la piedra ó pintados en el lienzo, y media historia humana se derrumbará pavorosamente, quedando sólo en pie las espectrales sombras de manzanas y crímenes inauditos.

Con el atrevimiento de la ignorancia, avergonzados de su nulidad ó temiendo el castigo á sus maldades, procuran los denostadores de la poesía, presentar al poeta como á un sér enfermo, que ni nociones tiene de las exigencias de la vida. ¡Librelos el Destino de caer en manos de alguno de esos visio-

narios que, como Milton, atesora á un reformador de la talla de Cronwell; que, como Julio César, entretenga sus ocios de tirano en componer endechas á la mujer amada, ó, viniendo á este nuestro teatro de América, que, como Julio Arboleda, arranque notas á su lira á la vez que fusile á sus enemigos!

Amézaga sería uno de esos soñadores te-



CARLOS G. AMÉZAGA

mibles para los malvados y los necios. Las energías de su carácter se traducen en esta estrofa, citada ya por uno de nuestros más eruditos y hábiles literatos, por Pablo Patrón:

Fuerza extraña me empuja, y no te espante,
mañana estos anhelos ver cumplidos,
de triunfar, aunque sea agonizante,
aplastando cabezas de bandidos!

Y quienes sepan algo de la corta vida política del autor de *Cactus*, no osarán poner en duda la sinceridad de los versos citados. Amézaga ha combatido con la pluma y con la espada, —empleando iguales bríos en los campos de la idea que en los campos de batalla,— contra todas las iniquidades que han pugnado por abrirse paso entre nosotros; y en ambos campos ha llegado á ocupar puésto de primera fila. Su fama de poeta recorre América con celeridad que le honra, y su valor militar y cívico ha tenido recompensa en la consecución de un alto grado en el ejército y de una curul de diputado en el parlamento nacional.

El equilibrio de las facultades intelectuales de Amézaga guarda armonía con la robustez de su organismo, ó mejor, es fruto de esa robustez, realizándose así el anhelo encerrado en aquella conocida frase: *mens sana in corpore sano*. Y dentro de tal equilibrio se desarrolla la originalidad que distingue á las producciones de nuestro amigo. De él no es exagerado decir lo que se ha dicho del autor de *Flores del mal*: que *acuña monedas con su busto*. Debiendo advertirse que su busto, y toda su persona, y hasta su mismo traje, son originales, Amézaga, aunque descendiente en línea recta de la más pura raza española, pasaría como el último de los abencerrajes, según la expresión de uno de nuestros compañeros de lucha política, y viste, á lo menos cuando reside en el Perú, un vestido excepcional, de corte invariable.

La confección de sus trajes, así rara, no es obra de vanidosa presunción, como no lo es la forma, rara también, que suele dar á sus

versos. Es cuestión de *idiosincracia*. Existe en ese temperamento una fuerza que lo impulsa á señalarse en medio del ambiente en que se desarrolla. La naturaleza hace con el hombre lo que con muchos otros de sus productos, y á nadie sorprende ver erguirse en las inmensas y poéticas soledades de la pampa argentina al majestuoso *ombú*.

“Hay hombres,—escribe Gautier,—amanerados por naturaleza, en quienes la sencillez sería pura afectación y como una especie de amaneramiento á la inversa. Necesitarían esforzarse y violentarse mucho para ser sencillos.”

“Las circunvoluciones de su cerebro repliéganse en tal forma que allí las ideas se retuercen, se enredan y arrollan en espirales, en vez de seguir la línea recta. Los pensamientos más complicados, más profundos y sutiles son los primeros que los asaltan. Ven las cosas según un ángulo particular que altera su apariencia y perspectiva. De entre todas las imágenes las que principalmente les impresionan son las más raras, las que más caprichosamente se alejan del asunto tratado, y saben unir las á su trama mediante un hilo misterioso, que al momento descubren.” Así está formado el espíritu de Amézaga, como lo estaba el de Baudelaire, con quien el autor de *Poetas Mejicanos* tiene muchos puntos de contacto.

El equilibrio de sus facultades mentales no lo rompe Amézaga de ninguna suerte. Rechaza todos los excitantes. Hasta el café,—del que decía Voltaire que debía de ser un veneno muy lento cuando en setenta años no le había producido daño,—lo ha proscrito nuestro poeta. Considera, como Balsac, absurdo entorpecer las funciones naturales de su cerebro, dándole vida ficticia. De ahí, sin duda, que su poesía multiforme á la manera de las pinturas de Guys, ofrezca, sin embargo, una tonalidad de vibraciones análogas, siempre pujantes.

Al creer con Dumont que el *humorista* es el escritor cuya mente se abandona á los más caprichosos fantaseos vagando de lo triste á lo jocoso, de lo bajo á lo sublime y enlazando los más lejanos objetos, no trepidaríamos para incluir á Amézaga entre los congéneres de Juan Pablo, Swift ó Sterne.

Patrón, en el prólogo que escribió para *Cactus*, hubo de señalar como un defecto de las producciones de nuestro amigo, esa mezcla extraña de lamentos y carcajadas, de hondas lucubraciones y chistes, de afectos puros y de rencores que se suceden, cual en un *kaleidoscopio*, á cada vuelta de las páginas del libro. Pero es que aquel hábil crítico olvidó, al escribir su trabajo y no obstante su vasta cultura, que precisamente en esa variadísima manifestación de las producciones que analizaba, se cifra y compendia la personalidad literaria del autor, y que tal manifestación, en sentir de muchos estetas de fuste, es lo que constituye el verdadero *humorismo*.

El gran crimen, Yo también, Mis muertos, La historia de la capa, y hasta el cuadrito de costumbres nacionales titulado *Un indefinido*, caerían, en cierto modo, bajo la definición gráfica de Ritcher, que con tanta oportunidad recuerda el aprovechado discípulo de nuestro eminente catedrático Dr. D. Alejandro O. Deustua en su tesis *El humor en el arte y como doctrina filosófica*. *El humor*, repite Castro y Príncipe, es una ley inversa: es como el ave Merops, que se eleva al cielo volviéndole la cola.

Amézaga no reveló desde los bancos escolares sus sobresalientes aptitudes. No fue el alumno ganador de premios ni el discípulo enviado al torneo de los exámenes para conquistar reputación á sus maestros. Se mostró siempre rehacio á la disciplina escolar, y cuando sus compañeros trasudaban en el aprendizaje, *al pie de la letra*, de lecciones kilo-

métricas é intrincados problemas, él se entretenía en diseñar buques ó en caricaturar á los tipos que excitaban su vena de *humorista* precoz.

Mientras tanto, fuera del cartabón escolar imponía á su inteligencia trabajos ímprobos á su edad. A los siete años había leído toda la Biblia y componía versos que su ilustre padre se negaba á aceptar como producciones originales del hijo, suponiéndolos copia ó reminiscencia de lecturas clandestinas. Y este es otro de los aspectos en que Amézaga se identifica con Baudelaire. El ya citado crítico dice del autor de *Parásitos artificiales*: "No se sabe que Baudelaire fuese en sus primeros años un niño prodigio, ni que cosechase muchos laureles en los repartos de premios de los colegios. Más aún: pasó bastantes apuros para salir adelante con el bachillerato en letras, y alcanzó la aprobación como favor. Turbado indudablemente por lo imprevisible de las preguntas, ese mozo de espíritu tan penetrante y de un saber tan real, pareció casi idiota. No pretendemos hacer de esa ineptitud aparente, un título de capacidad. Se puede ganar el premio y tener mucho talento. En ese hecho no hay que ver sino la incertidumbre de los augurios que se formulan en mérito de las pruebas académicas. Dentro del estudiante á menudo distraído, ó más bien ocupado en otras cosas, se forma poco á poco el hombre real, invisible á los profesores y á los padres.

Los compañeros de Amézaga en su primera época de escritor, los que se asociaban con él en las labores del *Círculo Literario*, creíanlo, con raras excepciones, poseedor de una inteligencia poco cultivada. Imaginábanse que la inquietud y ardor de su consorcio se oponían al estudio tranquilo y á la madura reflexión. Muchas polémicas hubimos de sostener para destruir esa idea: y el mejor argumento eran los trabajos de nuestro compañero, en los cuales se vislumbra siempre al pensador y al hombre de estudio.

Priva hasta entre gentes ilustradas, el concepto de que el hombre locuaz, franco, comunicativo, no puede ser un hombre estudioso y de genio. Confunden el patrimonio de ciertas razas con las cualidades del espíritu. De ahí que algunos necios, sin más talento que el de permanecer eternamente mudos, pasen por notabilidades, dando por supuesto enorme chasco apenas ocurre el caso de que demuestran prácticamente sus aptitudes.

El bagaje literario de Amézaga, aumentado ahora con el libro *Poetas Mejicanos*, es ya muy abundante; pero esto no satisface la ambición de triunfos y de gloria que estimula á nuestro amigo. Cabalga en el Pegaso, le aplica espuelas de oro y quiere ganar las cumbres del Olimpo. Siente en su cerebro luz divina y en su corazón fuego sacro, y apetece, cual nuevo Júpiter, lanzar rayos que al par que iluminen, quemen.

En sus arrebatos de patriota, sueña con la regeneración total del Perú. Y si el sacrificio de su persona fuera necesario, nos parece que la sacrificaría. El *altruismo* lo domina casi con la misma fuerza que arrastró á su padre, don Mariano de Amézaga, uno de los pensadores más vigorosos del Perú á escalar en esa tierra el calvario sin Tabor de las ideas liberales. Pero no haya miedo que el cantor de Grau pretenda realizar su obra por medios violentos ó absurdos; pues, como hemos dicho, vive la vida real y sabe que estrellarse no es vencer, que la época de los mártires ha concluído y que hoy vale más derribar una piedra de la Bastilla que erigir una torre de Babel.

No es tampoco Amézaga un Boisard que gaste sus energías en fútiles entusiasmos. El *diletante* no supedita en él al artista. Sus facultades las consagra, antes que á la admiración de la obra ajena, al mejoramiento de la propia.

Menos incurre el autor de *Cactus* en el pecado de pagar tributo á la novedad enfermiza que alienta en la literatura *fin de siècle*: ni se detiene en la composición de melosas cantinelas eróticas, á pesar de no ser insensible á los atractivos de la mujer americana, ó á las exigencias de un corazón apasionado. Cuanto á lo primero, se ajusta á la práctica de Edgar Poe, teniendo como aquel originalísimo y malaventurado vate, su poética propia; y cuanto á lo segundo, procede en armonía con Guerrini, es decir, hace, según la expresión de Carducci, un poco de patología de la condición morbosa en que ha caído últimamente el amor.

Y no se piense por aquello del Pegaso y las espuelas de oro, que la labor de Amézaga sea precipitada. Más bien se reciente de lo contrario. Nuestro poeta confía en la fecundidad de la pereza, y no quiere sacrificar por una cosecha prematura, la fuerza del terreno en que siembra.

Partidario de la normalidad, comprende que un aborto no es un parto, y huye de esas actividades de ardilla que concluyen por la desesperante inmovilidad de la tortuga. Desbarrancarse no es caminar; y tras la luz pasajera del incendio, sólo quedan escombros.

Ha explorado muchos senderos en los dominios del Arte, con la paciencia y las precauciones del minero que catea la veta de oro. Por todos los vericuetos del rico mineral va dejando cifras que marcan su tránsito; pero teniendo en alto la lámpara de su inteligencia, se propone llegar al filón codiciado: Amézaga presiente que su gran escenario es el teatro, y, hoy por hoy, sólo se preocupa de allegar material para sus obras dramáticas. Posee esbozos admirables. La alborada anuncia espléndida irradiación de colores para el mediodía.

C. REY DE CASTRO.

Buenos Aires.



LA CARIDAD

*Cum ergo facis eleemosynam,
noli tuba canere. S. MATKO,
VI, 2.*

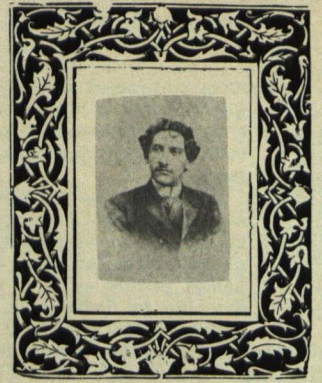
No busca la grandeza triunfadora
Que ufana vive en ostentosa cumbre,
Mas tiene la inefable dulcedumbre
Del alba que las nubes ya colora.

A quien oscuro y desvalido llora
Sin bien ni amor en honda pesadumbre,
Ella, la Caridad, que es alma lumbre,
Su dádiva le ofrece protectora.

No levanta en el fausto su trofeo;
De miseria y de lágrimas testigo,
Llega del pobre á la infeliz morada.

Galas no viste de mundano arreo;
Y al oír la plegaria del mendigo,
Como un rayo de luz, viene callada.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.



NOCHES

En las noches transparentes
Y en las ricas tardes locas,
Van volando las canciones
A los líricos balcones,
Las ideas á las frentes,
Y los besos á las bocas;
En las noches transparentes
Y en las ricas tardes locas.

Como lámparas colgantes
De la bóveda celeste
Las estrellas rutilantes
Dan su pálido fulgor;
Y parecen fulgurantes
En el fondo azul celeste,
Fino polvo de diamantes
En la azul y blanca veste
Hecha en nubes, del Señor.

La amorosa serenata
Pliega el ala entumecida
En la reja de una ingrata,
De una ingrata fementida;
Como cien diversas flores
Van en una misma cesta,
En la noche, se diría,
Van los tímidos amores,
Y los besos de la orgía
Y la música de fiesta.

En la noche de alegría
Toda joven se engalana,
Por que el novio le sonría
Al mirarla en la ventana;
En las noches de alegría,
En las noches de placeres,
El encanto de la orgía
Son las pálidas mujeres.

*

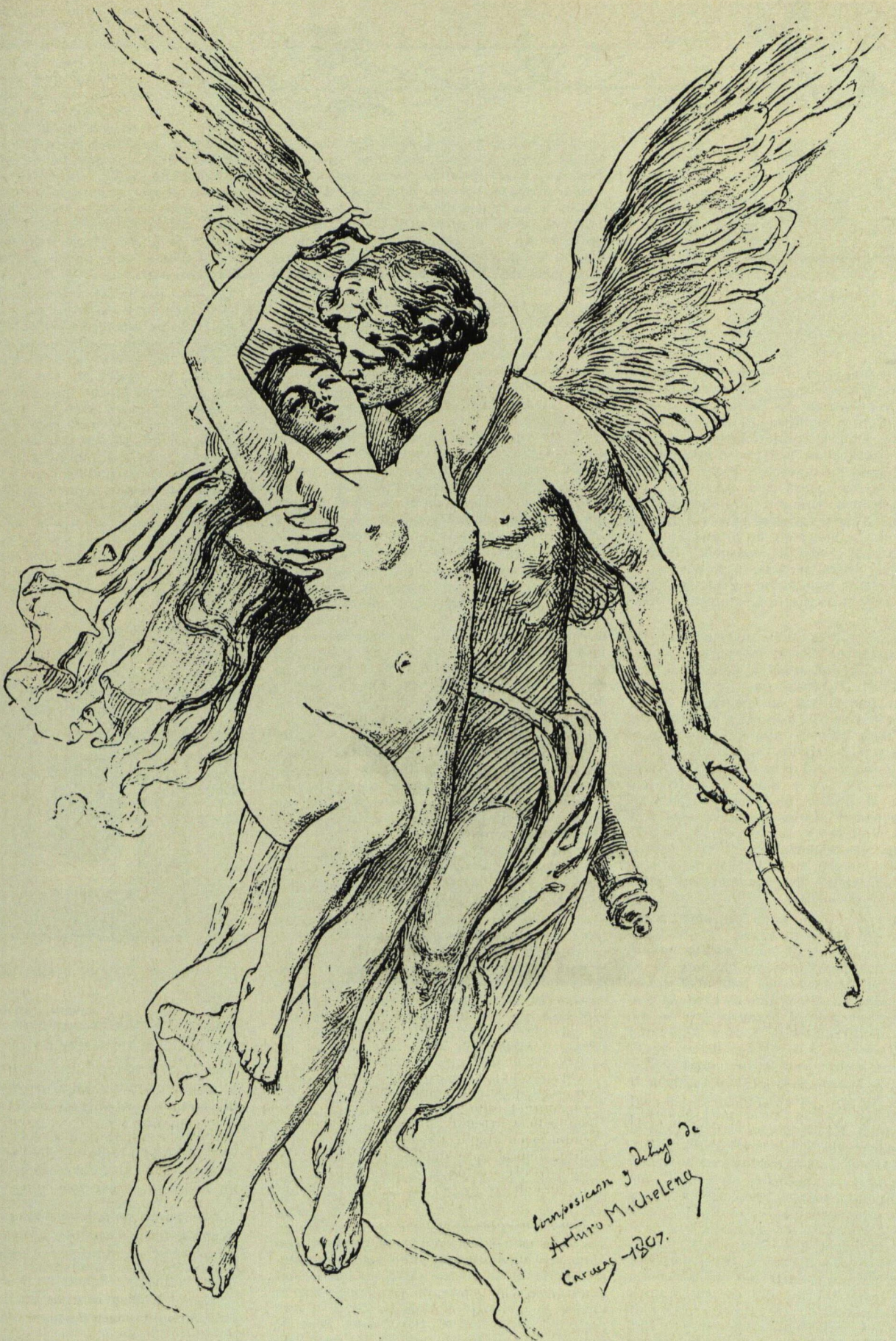
En las noches taciturnas
No hay estrellas, no hay orgías;
Son las almas como urnas
Que dejara amor vacías;
En las noches taciturnas
Vienen malos pensamientos
Con las ráfagas nocturnas;
Merodean criminales;
Y aparecen macilentos,
Espantosos, espectrales,
Los enormes monumentos
Y las viejas catedrales.

En las noches taciturnas
Los burlados, los esposos,
Como muertos en las urnas
Van cayendo en el Dolor;
Los queridos recelosos,
Los amantes engañados,
Todos gimen los forzados
Los forzados del Amor.

En la noche—triste augurio—
Llora el mísero poeta
Una próxima traición;
Perdonadme si os injurio
Claros ojos de violeta,
Negros ojos de carbón.

RUFINO BLANCO FOMBONA.





Composicion y dibujo de
Arturo Michelena
Caracas - 1907.



MENTIRA

(FRAGMENTO DE CARTA)

Es cierto que en el primer instante, cuando me fue confirmada la noticia y tuve que rendirme á la evidencia de los hechos, protesté á gritos, lloré y maldije. El desengaño me hirió en la sombra, traidoramente, y con demasiada brusquedad para no desesperarme, como en efecto me desesperé, hasta volverme loco. Pero esa locura mía sólo duró una noche. Después, vinieron días melancólicos y pálidos. Nube de tristeza envolvió durante esos días mi alma, y de la misma nube de tristeza bajó el rocío del consuelo. Dolor y melancolías cristalizaron, á la postre, en un pensamiento consolador y generoso. Muy pronto volvió la sonrisa á mis labios, y volví á ser bueno.

¿Por qué y contra quién me rebelaba? Rebelarse contra el destino es pura y simple insensatez. ¿Tenía, acaso, el derecho de acusar á nadie? Figúrate que un sér bueno, cualquiera que él sea, se complazca en derramar en tu corazón, durante mucho tiempo, sin que hagas esfuerzo ninguno para ello, el tesoro de sus bondades, y que un día, de improviso, porque tal es su deseo, interrumpa su obra de caridad y amor y te deje entregado á tí mismo ¿tendrías derecho á reprocharle nada? Harías algo semejante á lo que hice: altivo y noble, como eres, te refugiarías en la fortaleza de tu orgullo, guardando siempre, en lo íntimo de la conciencia, un caudal de gratitud para quien te colmó de beneficios.

Dirás que en todo eso no hay nada semejante á lo que me ha sucedido. Ponme atención, y verás que en el fondo es una misma cosa. Se trata, sin duda, de un engaño, de una mentira manejada con habilidad suma, con arte maquiavélico, que es arte de mujeres; pero no puedes negarme que de engaños y mentiras resulta á veces algo muy bueno. Pues bien, á la mentira de esa mujer debo mucho, quizás todo lo que ahora valgo. Su mentira habría sido crimen repugnante si ella la hubiera prolongado, con esa misma perfección que te choca, hasta más allá de la vicaría. En sus manos estuvo hacerme la risa y murmuración de la multitud, en sus manos estuvo el clavarme en la frente la corona de espinas del ridículo, pero ella, con tacto exquisito y maravilloso, supo detenerse en el instante necesario, en el límite justo, más allá del cual no iba á quedarle sino el recuerdo de haber sido honrada y buena. Ya por este solo hecho le debo gratitud. Pero, además, su mentira fué mi salvadora. Sin ella, ¿qué habría sido de mí durante los tres últimos años? Arruinado, herido de la adversidad, casi completamente solo, víctima del desaliento, quién sabe en qué surco habría caído á morir, obscuro y miserable. Su mentira me alzó del polvo y me sostuvo, me comunicó energías, me llenó de esperanzas, dió un fin á mi existencia y me hizo

trabajar con entusiasmo, con furia, hasta que rehice, como lo sabes muy bien, una posición que había perdido y una fortuna que había arrojado, en un delirio de prodigalidad, á los cuatro vientos. En más de una ocasión probé la amargura de los reveses, pero, al fin y al cabo, conocí también la alegría de la victoria. Mi triunfo lo debo á su mentira. Y qué triunfo! No sólo le rehecho mi fortuna, sino que me he rehecho á mí mismo, física y moralmente. Y ahora, por que esa mujer no quiere seguir mintiendo y me ha causado, al revelarme el vacío de su amor, un momento de tortura, una noche de negra desesperación y algunos días tristes ¿quieres que maldiga de ella? ¿Qué es todo el mal que me ha hecho, sino breve instante penoso, comparado con tres años de esperanzas y lucha, tres años de vida, en una palabra?

Maldedir de ella sería, por otra parte, maldecir de mí mismo, ó de lo mejor de mí mismo, del pedacito de alma, todo fragancia y virtud, en donde guardo como en un relicario precioso, mis primeros ensueños de amor y el perfume de los primeros besos.

La vida no es otra cosa que una serie de ilusiones, y la vida mejor es aquella en la cual las ilusiones se han conservado casi intactas. Por eso no quiero menoscabar esa última ilusión mía, la más hermosa y más fecunda en bienes que he tenido. Si por tal menoscabo la de padecer alguien, no seré yo quien padezca, sino ella que fué la que asestó el golpe.

Creo que en todo lo acaecido no hay para mí ni la sombra de una injuria, pero si ésta existiera, estoy dispuesto á perdonarla. Largo tiempo he estado recibiendo beneficios, ricas prendas y dándivas de amor, y bien puede permitírseme que trate siquiera de pagar la deuda contraída con un poco de la nobleza que me sobra.

Y bien puedo mostrarme magnánimo, pues de los personajes que figuraron en ese drama pequeño y sin ruido, soy el menos perdido, por más que parezcan desmentirme las apariencias. No te supongo tan cándido como para creer, así como creen muchos, que el hombre que me ha sustituido, según dicen, en el corazoncito voluble de mi antigua novia es el que realmente gana. El, á los ojos de casi todos, es el vencedor, yo el vencido. Sin embargo, yo, el vencido, compadezco á mi adversario afortunado. Y no es mi soberbia la que habla. Cada vez que me encuentre por las calles y me vea frente á frente, ese hombre sentirá en lo más hondo la bofetada de la humillación, y eleará sangre su orgullo. Veloces y terribles, como centellas, lo traspasarán mil pensamientos amargos. Pensará que yo fui el primero; pensará que para mí fue toda la frescura del alma de la que es hoy prometida suya, cuando esa alma no era sino botón entreabierto. En cada una de sus delicias de amante caerá una gota de veneno. Cada vez que ella lo vea y le sonría amorosamente, pensará que para mí tuvo sonrisas y miradas iguales, y cuando en el vergel bien cultivado del amor abran las rosas de los besos, por lo menos le sobrecogerá la duda de si fueron para mí los primeros que dió su boca de virgen. Y conocerá la peor de las torturas: rabiarse de impotencia, considerando que con todos los poderes y todos los tesoros de la tierra, no alcanzaría á arrebatarme la frescura que robé á un alma, ni borrar de mi

memoria y de mis labios la huella de unos besos. Poco á poco, la sierpe de los celos irá en él creciendo y abrazándose al amor, hasta matarlo.

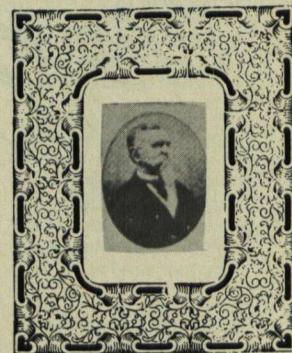
Como ves, nada tengo que envidiar al que, según las apariencias, me ha vencido. Ojalá disfrute de su triunfo. Con toda sinceridad te digo que en

mi alma no germinan deseos malos de venganzas futuras. A qué he de perturbar la existencia de nadie, si todavía soy bastante joven y puedo reconstruirme otra ilusión, tal vez más hermosa y perdurable, en cuyo palacio encantado viva feliz? Todavía soy bastante joven, y puedo mantener el corazón abierto á una nueva esperanza, á un ideal más puro.

Vas, probablemente, á decirme incorregible y loco, viéndome resuelto ya, todavía bajo el golpe de un desengaño reciente, á dejarme seducir y extraviar por un nuevo espejismo de amor. Me parece haberte dicho que hay mentiras, las cuales en vez de sernos dañosas, háccenos mucho bien. Y es inútil que me aconsejes, como siempre lo haces, el no pensar en amoríos vanos sino en ocuparme en cosas serias. ¿Crees que exista ocupación más seria que la de abreviar el espacio de hastío y de dolor que nos separa de la tumba? Pues la mejor manera de abreviar ese trayecto doloroso es llenarlo de ilusiones y de amor.

Que el amor es mentira? No importa. En todo caso, es en la vida del hombre lo que es el azul en el cielo y en los mares: mentira, pero la más encantadora y bella de las mentiras.

M. DIAZ RODRIGUEZ.



RUISEÑORES HIBRIDOS

Á MARTIN ZULOAGA Y TOVAR

¿Cuándo se vio del cóndor altanero
Una prole nacer de ruiseñores?
Ni ¿cuándo preferir los Trovadores
El plectro de oro al centellante acero?

Jamás! Nosotros gárrulos, empero,
Desfogamos en cántigas de amores
El arranque y los épicos ardores
De un linaje sin par como guerrero.

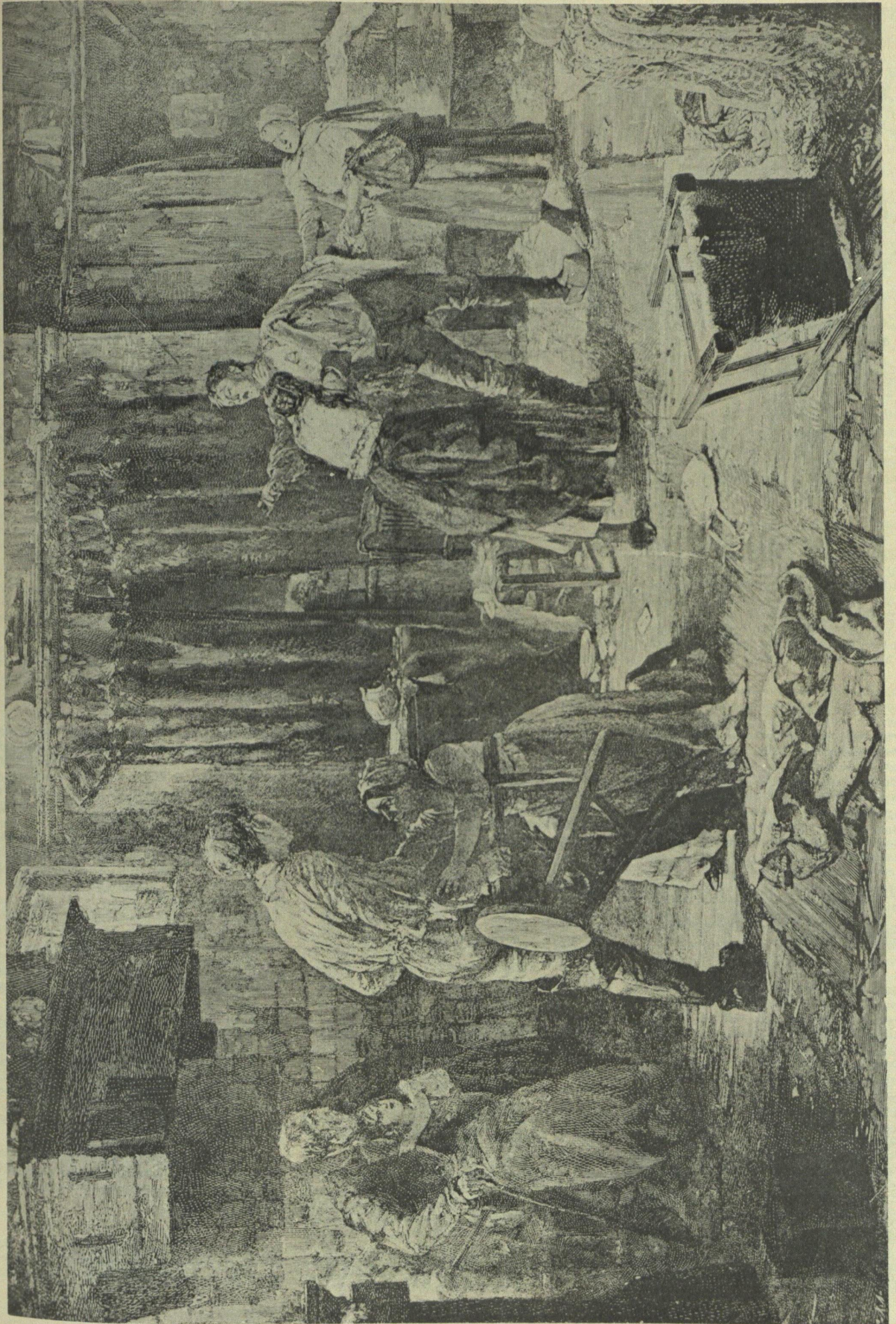
Y se nos ve las palmas de la gloria
Deshechar por los nardos y arrayanes,
Esquivando, oh rubor! sentirnos hombres;

En tanto que solemnes en la historia
Se alzan terribles los paternos Manes,
Echándonos en cara nuestros nombres.

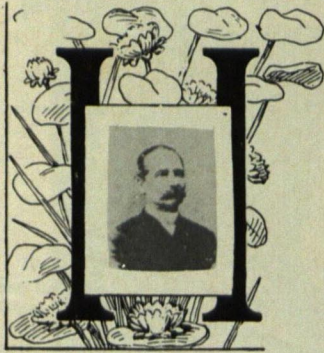
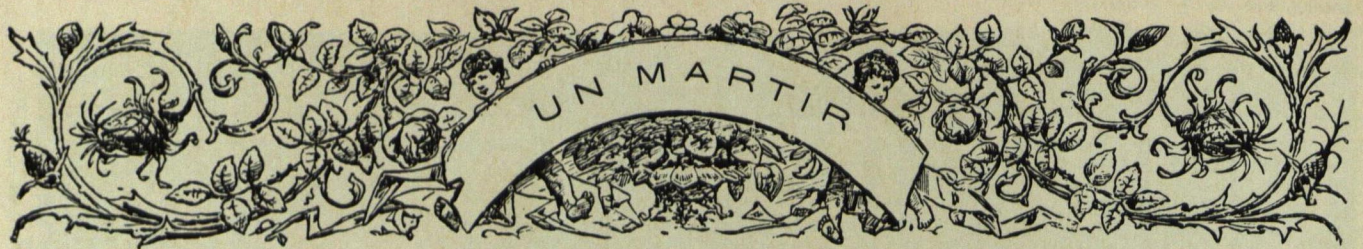
P. ARISMENDI B.

Caracas: noviembre 1897.





PASIÓN DESENCADENADA. — Cuadro de Edo. Portiélje



uyendo de tanto horror fué á refugiarse en la selva. Con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios pálidos y trémulos, el pecho anhelante, erizado el

cabello: era la imagen del terror.

¡Adiós el hogar de la esposa, adiós el amor de la madre, adiós la paz de la conciencia, adiós la vida.....¡ y con las manos llenas de sangre ! ; Y qué sangre !

Pasaron muchos días. La terrible excitación de aquel momento se convirtió en serenidad sombría, en silencio austero. Lluenga la barba, el andar lento, tranquila la mirada y melancólica, traje talar ceñido con una cuerda á los riñones, así penetraba en los pueblos vecinos á la selva que habitaba, para acariciar á los niños, aconsejar á los campesinos, acompañar á los desgraciados, asistir á los enfermos. Era el ángel del bien.

Cuando iban los aldeanos á visitarlo á su desierto lo hallaban siempre de rodillas, cruzadas las manos á la altura de la barba, con los ojos clavados en el cielo y casi siempre humedecidos de lágrimas. Respetaban su éxtasis y se retiraban de espaldas sin hacer ruido, para esperar que él fuese á la aldea y desatase el conflicto que los traía.

Las poblaciones en masa lo amaban intensamente; algo más, lo veneraban; algo más, lo tenían en concepto de sér sobrenatural, y lo llamaban su *Santo*, su *Profeta*. Su voz era ley; su opinión, mandato.

¿Hacia milagros? Hacia el bien. El bien es milagro sobre la tierra.

Con ese milagro había convertido á sí la voluntad de las gentes.

Los magistrados políticos de toda la comarca le eran espontáneamente sumisos. Sufrían la fascinación de aquella autoridad moral.

El Gobierno de la nación tuvo celos. Envió Prefectos autoritarios que restableciesen la supremacía del poder oficial.

Las poblaciones resistieron: estaban unidas á aquel hombre por el amor, la gratitud, la conciencia y la veneración. No podían romper tantos lazos.

Se combatió: mil soldados legales contra tres mil insurrectos; vencieron éstos. Continuó la lucha: tres mil acudieron á vengar la rota; cinco mil los avasallaron. El Gobierno se irritaba: envió seis mil soldados aguerridos; los insurrectos eran ya diez mil. Guerra sangrienta y feroz; victorias y reveses recíprocos prolongaban la matanza. Pasaban días, semanas, meses, llenos de com-

bates y de horrores. El deber en unos, el entusiasmo en otros, obraban heroicidades, maravillas, prodigios. Las dianas se sucedían alternativamente en ambos campamentos. Ni el valor, ni la astucia, ni el heroísmo bastaban á dar solución al conflicto.

La suerte se interpuso. Una bala fatal partió el corazón del ídolo de aquellos pueblos subyugados por el prestigio. Absortos, mudos, estupefactos ante aquella catástrofe nunca temida, dejaron caer las armas de las manos y se abandonaron á la merced de sus adversarios.

La Providencia tiene de esas soluciones inesperadas.

¿Por qué hay hombres buenos que atraen á su cabeza las catástrofes, como atraen el rayo las cimas de la montaña? Expían culpas ante-terrestres? ¿De qué redención son hostia?.....

—Hijo, eres ya hombre, le dijo la madre, y me siento orgullosa de verte seguir en tu camino la línea recta del deber que te dejó trazada tu padre con la huella de sus pies. Tus virtudes te han merecido el respeto de los hombres, la estimación de tus amigos, y.....

—Y qué, madre? ¿qué más ibas á decir?

—No sé cómo no has podido comprender que tu prima, que vive con nosotros bajo mi protección, es la esposa que necesitas para fundar tu hogar, custodiado por el amor que te profesa.

—No; no lo he comprendido, porque si es cierto que le tributo cariño de hermano, el amor, ese sentimiento de extraña naturaleza que funde dos almas en una sola, y hace soñar paraísos en los que la soledad entre dos es el mayor encanto de la vida, no me ha dicho al oído esas palabras inarticuladas con que nos señala el objeto que ha de realizar el ideal de nuestra felicidad.

Arrugó el ceño la madre de una manera terrible; rugió en su interior como leona herida, y repuso agríamente:

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que no tienes todavía la seriedad de hombre; que estás en la edad fantástica en que el corazón hace novelas que no acarrear sino la desgracia del porvenir.

—Entonces no soy apto para hacer la felicidad de mi prima.

—Ni la tuya propia. No tienes más que una corteza engañadora; en tu interior eres un imbécil. Apártate de mi vista!

El amor le había hablado ya. Amaba á una joven de hogar respetable, dulce, virtuosa y modesta. Dos años después la hizo su esposa.

La madre le cerró las puertas de su casa: si el hijo le llenaba el alma de rencor, la nura era objeto de su más profundo odio.

El hijo imploraba su piedad y le rogaba que le abriese los brazos para arrojarle en ellos. Era escribirle al vacío.

Desesperanzado de obtener su rehabilitación en el cariño de la madre, guardó si-

lencio y continuó viviendo en las angustias de la estrechez que sólo aliviaban los afanes de un trabajo duro, los más de las veces improductivo por la calamitosa situación en que se hallaba el país á que pertenecía,* desde que.....Ya iba á cometer una indiscreción.

“Ha pasado el tiempo; mi enojo se ha calmado; meditando mejor he comprendido que mi deber de madre es velar por la suerte de mi hijo. Olvida, como yo, lo pasado, y recibe mi perdón; pero á precio de que vengas á vivir con tu esposa á nuestro hogar.”

Con demostraciones de cariño que cualquier desconfiado hubiera tenido por exageradas, fueron recibidos en la casa solariega por la madre y la sobrina los nuevos huéspedes, quienes se vieron objeto de las mayores atenciones y agasajos.

Juzgó él que el cielo se apiadaba ya de su suerte moviendo á sentimientos más maternales el corazón de la que le había dado el sér, y concediendo por fin dulce reposo á su espíritu, no más oprimido por el torcedor de las necesidades no satisfechas. Y motivos tenía para ello, puesto que no había deseo que no se le adivinase á los huéspedes para dejarlo cumplido, ni faltaba jamás en el semblante de la madre y la sobrina una sonrisa de complacencia que venía á ser como fianza de la felicidad que ofrecían.

El cuidado y administración de algunos bienes de su madre que se hallaban distantes de la ciudad, obligaban de cuando en cuando á nuestro protagonista á ausentarse, si bien brevemente, de la familia. Mas llegó la época de la cosecha, y tuvo que prolongar su ausencia por dos meses.

Pena grave experimentó en el ánimo cuando pudo observar á su regreso que faltaba la paz en el hogar, por la seriedad y desvío que usaban en el trato con su esposa la madre y la sobrina.

—¿Qué novedad ha ocurrido en la casa? ¿qué origen tiene esta conducta que observan contigo?—preguntó el esposo.

—No lo conozco ni lo he adivinado; te esperaba precisamente para que lo averiguaras.

Dirigióse á su madre para aclarar el enigma.

—Estás deshonrado! le dijo ésta.

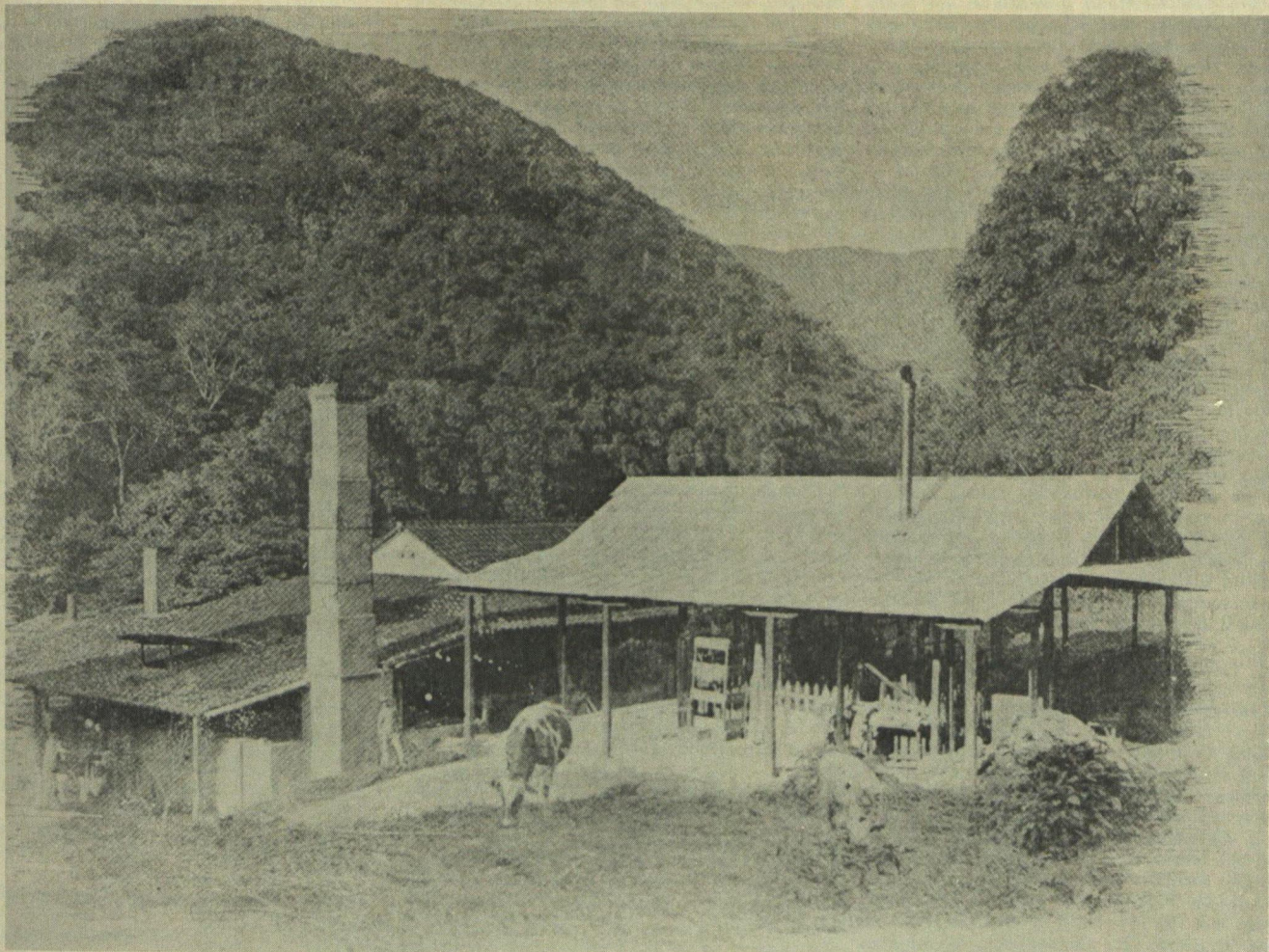
—Cómo! explícate!

—Todas las noches viene un desconocido, toca á la ventana de tus habitaciones que dan á la calle, y penetra luego en la alcoba de tu esposa.

—Gran Dios! qué me dices? Es imposible; yo, no lo creo; has visto mal, es un mal sueño que has tomado por la realidad. Mi mujer es un ángel de virtud.....

—Es inútil discutir, interrumpió la madre; finge ausentarte hoy mismo y ponte en expectativa esta noche para que tengas el mismo mal sueño que yo.

Allí está. Oculto tras un árbol de la alameda, fija los ojos con tenaz insistencia en la ventana de su habitación. La duda, tor-



HACIENDA DEL SEÑOR TOMÁS MASSIANI. — Carúpano. — (De fotografía de Avril)

mento del infierno, lo devora con sus llamas; toda su vida está concentrada en la mirada; el aliento, comprimido; la vida, paralizada.

Una sombra se desliza por la pared..... es un hombre.....marcha en puntillas, llega sigilosamente á la ventana y da tres golpes. La ventana se abre.....el advenedizo se separa violentamente de ella y penetra en la casa.....

Lanza el marido un rugido de fiera, y ciego, desatentado, frenético se arroja por la ventana dentro de la alcoba, y hunde el puñal en el seno de su esposa. Corre al interior de la casa en persecución del seductor, que huía por los extensos corredores..... lo alcanza y le sepulta siete veces el puñal en la espalda.

Quiere conocerlo;—necesita ver las facciones del ladrón de su honra y su felicidad, saciar su ira y compensar su dolor con el espectáculo de la agonía final de aquel sér aborrecido;—enciende un fósforo y lo acerca á la cara del cadáver.....

Era su madre!

¡Quién fue este mártir?

No quiero decir su nombre;—pero hoy lo pronuncian todos los labios, y se escribe en los periódicos de todas las lenguas.

EDUARDO CALCAÑO.



EL LIBRO DE PEDRO EMILIO COLL (*)

I



E Venezuela me han llegado ocasionalmente libros que estudio con agrado. Me enseñan que hay allá más amor al concepto moderno de lo bello en literatura y entendimiento más generoso del arte que entre nosotros. En conjunto me parece poco aventurado decir que allá publican las casas editoriales más obras de ingenios patrios que por acá; y en cuan-

to á la venta y circulación de libros y periódicos, la actividad en Caracas, con ser ciudad menos poblada que Bogotá, es mucho más considerable que entre nosotros: allá trasiegan las señoras por entre cosas de aмена literatura y se atreven con obras serias, según me han dicho, sin dejarse guiar por el criterio asustadizo que en Colombia las aparta del cultivo del vicio de leer. Cuidado con argüirse que ello es mejor para nosotros: no estoy comparando virtudes do-

místicas sino reproduciendo datos que he obtenido de personas mejor informadas.

Los libros de Manuel Díaz Rodríguez que he gustado con deliberación, éste de Coll que quisiera recomendar á los lectores inteligentes, un opúsculo de crítica que debo á la bondad del señor Blanco Fombona, y algunos otros volúmenes que ahora no tengo presentes, me hacen creer en un florecimiento expansivo de las letras modernas más allá del Táchira. Por más vueltas que le demos, ha resultado menos funesto para las letras venezolanas el despotismo oscuro, que para los escritores colombianos el terror blanco.

Otra cosa curiosa, y en que sí me atrevo á reconocerles ventajas á nuestros vecinos, es la actitud con que, de cada lado, miramos para el otro. Acá nos sentimos tan respetables y tan arriba, que si acaso volvemos la vista á la literatura venezolana es con aires de superioridad indiscutible. Allá, en el Oriente, reconocen, por lo que he oído decir, esa superioridad: son muy bien educados. Nos mandan voces de admiración y de respeto. Que nos admiren y que nos respeten no me asombra; colocados los caraqueños casi á la orilla del mar, en el torrente caudal de la vida moderna, han de ser más avisados que nosotros, más condescendientes, sin que les falte su poquillo de maleantes. Que nos hayamos declarado superiores, es cosa que no quiero entender. Tenemos figuras notables en algunos ramos de las letras humanas, pocos y buenos libros en tal cual género literario, pero allá no tienen por qué enviarnos. Si los llamamos á la competencia en materias de ciencia del idioma guiados nosotros por don Rufino Cuervo, una gloria

(*) En *El Cronista* de Bogotá hemos hallado este artículo acerca del libro de Pedro Emilio Coll. Y por las iniciales que al pie lleva suponemos que sea del notable crítico bogotano señor B. Sanfín Cano.

nacional sin duda, tengo mis sospechas de que allá resucitarán al maestro de don Rufino y á Baralt, por si acaso, y dirán que don Cecilio Acosta no fue preceptista pero dejó el rico manantial de su ejemplo, más eficaz y precioso. Acosta, Baralt, Bello, Fermín Toro y otros, creyeron que es la forma clásica el vehículo más apto para poner en verso nuestras ideas, si las tenemos, ó nuestros sentimientos. Por acá no han faltado, ni faltan, por dicha, cultivadores de este género, y casi de tan altas dotes. Con todo, no es preciso ser modesto para confesar que la pléyade venezolana enamora á quien la estudia con espacio.

La efervescencia romántica fue allá rumbosa, casi ensordeciente, y en este capítulo del lirismo atronador y de la retórica falsa hay pecados comunes que debían de quedar ocultos.

Por lo que toca á la comprensión de lo moderno, estos libros que he mencionado, revistas efímeras, pero muy inteligentes, que suelen asomarse á la vida en Caracas, y lo que de oídas he podido averiguar, me impone la creencia de que están allá más al cabo que nosotros. En Bogotá nuestros conocimientos en eso que llaman el modernismo, horrible vocablo, los resumen dos ó tres sentencias enérgicas, verbigracia: Paul Verlaine era un disipado con rasgos de genio; Mallarmé..... el libro de los siete sellos; Maeterlink, el belga, pues de ese sabemos que ha hecho dramas; Ruben Darío es un *tipo*, si es que valen los conceptos jocosos de don Juan Valera; López Penha y demás Ambrogis, á quienes Coll por ministerio caritativo de su virtud crítica, ensalza y comprende, son unos chiflados. Con esto salimos del paso. Que esta corriente literaria, de ondulaciones caprichosas y de perspectivas amplísimas, sea una reacción benéfica y corresponda á necesidades del espíritu humano ó á complicaciones de nuestra vida sentimental, es lo que por acá no nos ha ocurrido ni estudiar, ni adivinar siquiera. En Caracas son menos conformes. Me lo hace creer *Palabras*, el libro juvenil é intenso de Pedro Emilio Coll.

II

Mezquino placer hallo en hablar de los críticos y de sus obras. Cuando uno toma un libro con ánimo de decir algo sobre él en habiéndolo leído, lo hace no tanto por contar lo que el libro contiene, sino por descubrir las cualidades salientes de la inteligencia á que la obra es debida. Una categoría insufrible de lectores, á la cual me parece que pertenezco, no se pregunta al acabar un libro, ¿qué es lo que he leído? sino más bien, ¿quién hizo este libro? ¿por qué lo hizo de esta suerte y no de otra alguna?

Estos lectores impertinentes aplican sus teorías á cada obra que devoran, y leyendo entre líneas, quieren probar, por ejemplo, cómo es necesario que Daudet escribiera *Poquita cosa*, y por qué estaba determinado *ab eterno* que el ingenio penetrante y desengañado de Benjamin Constant produjera las páginas inquietantes del *Adolfo*. Después de que dejamos en manos temblorosas la crítica que ejercían amargamente «gramáticos de barba prolija,» enamorados de las reglas y de las clasificaciones bien definidas, ya todos nos creemos capaces de decir al acabar de leer un libro, lo que el autor les debe al ambiente, á la educación, á sus antepasados, al momento de la historia en que lo tocó agitarse. En el caso de un libro de crítica puramente impresionista, como el de Pedro Emilio Coll, se lleva un chasco quien vaya á leerlo con el objeto de absolver aquellas cuestiones. Se lo lleva enorme, porque el autor de *Palabras* se ha adelantado á enterarnos en el particular, con razones claras y con mucha competencia. Por eso he dicho que es placer enteco hablar sobre artículos de crítica formados en volumen. Lo

cual no arguye que piense lo mismo del placer que derive uno de esta lectura. He tenido un gusto vivísimo en escuchar á Coll, cuando so pretexto de hablar de Daudet, del maestro Renán ó de los Goncourt, habla de sí mismo con inteligencia, sin pretensiones, sin modestia de esa que gastan las señoritas presumidas y hermosas. Pero es la verdad que cuanto más correcta resulta la exposición que Coll hace de sus gustos, de sus primeros pasos en el arte de leer, que es tan trabajoso, y en el de escribir, que no lo es tanto, más superflua va quedando, y malsana, la labor del crítico amigo de poner el oído á ver si percibe el ruido que deben hacer las corrientes subterráneas del pensamiento. No hay punto de los que me ocurrió profundizar sobre la armazón espiritual del amigo Coll en los primeros días de nuestra comunicación intermitente y á distancia, que este volumen suyo no haya tratado para mí satisfactoriamente: como que empieza con un examen de conciencia, hecho sin alborotar el barrio y con mucha sinceridad.

Porque no puedo ponerme á repetir en prosa inepta lo que ya está dicho con lucidez y elegancia, he de callarme y procuraré que los lectores de estas líneas vayan á buscar el libro de Coll, de haber leído el cual yo estoy seguro que no sentirán arrepentimiento.

El volumen consta de artículos de crítica, de paisajes espirituales, como pondría Bourget, de silnetas de cerebros escogidos, y de algún estudio largo y meditado sobre educación. Lleva por título *Palabras*, y va introducido por la desencantada frase de Hamlet. ¿Tiene el título matiz despectivo? Lo hiciera creer el lema á quienes no llegasen al capítulo que Coll les dedica á los hermanos Goncourt, en donde resplandece el amor á las palabras.

Coll sabe lo que el arte literario de nuestros días les debe á estos atormentados por la magia del vocablo. La vida nueva que ellos le infundieron á la frase, los matices que con su ejemplo hicieron susceptibles de reproducción, los refinamientos exquisitos á que la hicieron servir, todo esto Coll lo ha entendido y explicado con apreciación moderna de los valores estéticos. Son por donde quiera visibles los esfuerzos que lleva á cabo por dominar nuestra lengua rebelde y hacerla capaz de servir á nuestras necesidades del momento y á la expresión intensa de nuestras emociones. El «gramático de las barbas prolijas» y de «los ojos avecinados en el cogote,» dirá, leyendo á Coll, que esta oración le parece oscura y que la de más allá le parece alambicada y violenta, de que nos iremos riendo con su permiso los que vemos en el tormento dado á la frase la aspiración á verter en forma artística una emoción inexplorada.

Me extendiendo aún para decir que se formaría idea muy incompleta de Pedro Emilio quien supusiera que no hay en su libro más que impresiones personales, ó como dice France, el recuento de las aventuras de uno que ha trasegado mucho por el campo de las letras. Este joven, con serlo mucho, ha vivido la vida; piensa de por sí en los problemas torturantes que ella plantea y renueva sin cesar; y sin creer que los ha resuelto, Coll tiene formada y sometida á constantes revisiones su noción del mundo. Es un apasionado de las ideas y no le fatiga el uso constante que de ellas hace para su propio solaz.

Acabando de leer las líneas que Coll le dedica á Renán, de quien vive enamorado porque lo entiende, piensa uno que no hay más crítica sino aquella «cuya ley esencial viene á ser el esfuerzo desinteresado por aprender y propagar lo mejor que el mundo sabe y lo mejor de cuanto el hombre ha pensado,» como lo puso en inglés cauteloso el ingenio honrado y tan triste de Mateo Arnold.

B. S. C.

TUS MANOS

De diáfanas perlas?
De pétalos blancos
Que pálida rosa
Dio al céfiro blando?

De cándida espuma?
De límpido mármol?
De qué son, mi vida,
De qué son tus manos?

Son carne de lirio?
Son pan de alabastro?
Juguetes de Venus
O joyas de Erato?

Palomas que habitan
El bosque leucanto
Que llena de arpegios
La lira de Safo?

¿Son conchas marinas
Que, en sueños rosados,
Un silfo poeta
Moldeó con sus labios?

O son mariposas
Que miman, temblando,
Del rubio Cupido
Los bucles dorados?

Son flores de nieve?
Son místicos nardos?
Qué son, vida mía,
Qué son esas manos?

Pregúntome á solas
Qué ignoto y sagrado
Misterio las llena
De luz y de encantos;

Y un hondo suspiro
Que sube llorando
Del fondo del pecho
Me grita: — Insensato!

Tus besos rehuyen,
Desdían tu canto,
¿No sientes la herida? . . .
Son sierpes sus manos! —

P. FORTOULT HURTADO.

1897.

UN CONTRASTE

(INÉDITO)

Lento bajaba el coche. Iba infatuado adentro, Don Raimundo, aquel judío que quiso ayer, bien torpe, el nombre mío mezclar en un negocio reprobado.

Arriba, en el pescante, fatigado, miré al pobre Pascual . . . ¡Contraste impío! al hombre que una vez, yerto de frío, me prestó su capote de soldado.

Las injusticias reparé del mundo en ese breve instante, y fui grosero en obediencia á mi sentir profundo.

No devolví el saludo al caballero; miré con gran desprecio á Don Raimundo, y dije: ¡adiós amigo! á su cochero.

CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima: 1897.

VORREY MORIR

Yo quisiera morir en pleno día
Viendo llegar el sol hasta mi lecho.
Como un amigo alegre y satisfecho
Que viene á visitarme todavía.

Yo quisiera morir, y en mi agonía
Estrechar afanoso contra el pecho,
A la mujer que conquistó el derecho
De hacerme suyo por hacerse mía.

Yo quisiera morir dulcemente,
Como mueren los pálidos ancianos
De faz inmaculada y sonriente;

Sintiendo como céfiros livianos
Resbalar por mis ojos y mi frente
Osculos tiernos y piadosas manos.

BONIFACIO BYRNE.

UN AUTOR AL USO

Aún me parece estarlo viendo cuando se presentó en mi casa con el manuscrito entre los dedos de la mano izquierda y el sombrero entre las uñas de la mano derecha.

—Caballero, me dijo aquel joven, delgado, muy mal vestido, lo cual no es un crimen, y con el traje lleno de grasa y de otras materias alimenticias, prueba insigne de suciedad que no admite disculpa; — caballero, yo soy hijo de familia, como usted puede ver. Mi mamá es lavandera.

—¡Pues nadie lo diría! pensé yo, mirando la camisa del joven, que parecía, por lo negra y por lo reluciente, una muestra de carbón de cok.

—Bueno; ¿y qué desea usted? le pregunté luego de ofrecerle una silla.

—Pues quiero leer á usted una pieza que he escrito; porque desde que me quitaron la plaza de escribiente que tenía en el ministerio de Fomento, me he metido á escritor.

—Eso es muy natural, repuse yo; habiendo sido escribiente de Fomento, nada más lógico que dedicarse á escritor público, en épocas de cesantía.

—¿Y en qué sección del ramo ha servido usted? añadió. ¿En Instrucción pública?

—No, señor; en Caminos. He ocupado allí un puesto durante cuatro años y tres meses.

—¿Y ahora? le interrumpí.

—Ahora, viendo que el oficio de autor es muy socorrido, y después de enterarme de cómo se hacen estas cosas, he cogido una obra francesa que se dejó olvidada en su mesa de noche un señor, cuando mamá tenía en casa de huéspedes, y la he traducido al castellano.

—¿A su mamá de usted?

—No, señor; á la obra. Sólo que, siguiendo la costumbre establecida, en vez de poner *traducción*, he puesto *original*. ¿Qué opina usted de eso?

—Que ha hecho usted perfectamente. Además, su conducta es lógica: un hombre que ha andado cuatro años en caminos, no puede proceder de otro modo.

—Me alegro de que esté usted conforme conmigo. Y tengo que advertirle una cosa. La obra, según me ha dicho un amigo—por-

que yo no estoy al tanto de eso que llaman movimiento literario los pedantes,—se representó primero en castellano con mal éxito, y fue traducida al francés, de donde yo la devuelvo al idioma nativo.

—¿Para ver si le han probado los aires extranjeros y la aplauden ahora?... No hay que

—El de siempre: un caballero vestido de frac, peluca blanca y pantalón corto, que le enseña á otro todo lo que pasa en España; un coro de peces, otro de chulos y otro de plantas tropicales, todos ellos con traje de mallas; dos ó tres parlamentos (los parlamentos cortitos) y treinta y seis decoraciones representando varios planetas, las cinco partes del mundo y las Vistillas.

Con esto, con una música alegre y unas coristas bien formadas, me parece que el éxito es seguro.

—¡Ya lo creo, joven, ya lo creo! Por supuesto, que habrá usted cuidado de que las canciones sean picantes y los chistes subidos de color.

—¡Y tan subidos! Me he dejado atrás todos los usados hasta ahora.

—Pues dígame á usted que la obra es de perlas. Usted empieza por donde otros acaban. ¡Ahí que no es nada! Treinta y seis decoraciones, el sistema planetario, las cinco partes del mundo, las Vistillas, la mar en peces y hortalizas y versos como los que usted hará... porque no necesito oírlos para comprender que estarán á la altura del ingenio dramático, de la instrucción y de los extraordinarios alientos de usted.

—¡Ah, joven! seguí diciéndole, mientras le impedía abrir el manuscrito: no me lea usted nada; no quiero oírlo. Déjeme usted saborear íntegra la emoción que ha de producirme esta obra excepcional.

Usted ha entendido el teatro; usted conoce al público; usted sabe de arte; usted hará carrera y cobrará trimestres escandalosos, y será autor, y la obra se representará seis meses seguidos.

Cultive usted el género, y en cuanto reciba los primeros ingresos de su nueva y originalísima producción, cómprese un gabán fuerte, porque el invierno está muy frío y sería lástima que se malograra un genio así, llamado á ocupar puesto distinguidísimo en la literatura que cultivan sus contemporáneos.

Y cerré la puerta, admirando el poder de Dios, que con tanta bondad y tan desusada frecuencia envía autores de esos á esta venturosa tierra de España.

JOAQUÍN DICENTA.



CUADRO DE E. MEISEL

preguntarlo: usted sabrá el francés á maravilla.

—He estudiado seis meses en casa por el método Ollendorff, y tengo traducidos todos los temas.

—Perfectamente, joven, perfectamente. ¿Y la obra está en verso?

—Sí, señor. Porque, lo que yo digo, eso de hacer versos es cuestión de empezar.

—Como el rascarse, ¿eh?

—Justamente.

—¿Y por qué metro se ha rascado usted?

—Por redondillas.

—Muy bien. ¿Y el asunto?

CRONICAS LIGERAS

NIÑADAS



Si no hubiera niños locuaces y entrometidos ¿quién nos vengaría de la debilidad de los papás que consenten que los hijos de su corazón se nos suban sobre las piernas, nos apabullen el sombrero, nos tiren de los bigotes, y nos pongan á la vista de Judas, en su presencia?

La señora Perales tiene un niño que vale un tesoro aparte, lo de la mala educación.

En noches pasadas estuve allá á hacerles una visita que me fue recibida por la señora y señoritas Perales, y por el inteligente chiquitín, á quien no se le regatean tales prerrogativas.

Se hablaba de lo malo que está el servicio, y decía la señora:

—¡Ay! no me diga. Ayer nos puso la cocinera una galantina de pavo insufrible.

—Mamá, no seas embustera, dijo el angelito. Si lo que comimos fue arroz, sólo.

La señora se puso bermeja, las niñas azules, y yo conservé mi color natural.

—¡Retírese, niño! exclamó la señora, algo repuesta ya, y lanzando al niño una mirada fulminante.

—¡Los muchachos tienen unas cosas! agregó dirigiéndose á mí.

—Ah! sí, señora: ¡tienen unas cosas los muchachos!

Otra noche conversaba yo con las señoritas Perales en la sala, cuando se presentó mi individuo, el niño que ya ustedes conocen.

—Dame un centavo, le dijo á una de sus hermanas.

—No tengo.

—Que me lo des.

—Que nó.

—Pues, si no me lo das le digo aquello á este señor.

—¡Te rompo la boca! Malcriado! gritó la señorita Perales que sudaba la gota gorda.

—Mira que digo.

—¡Nó, mi hijito, no me digas nada! interrumpí yo alarmado.

—¡Mamá! volvió á gritar la señorita Perales, llama á Luisito que está insuportable.

—Déjalo, niña..... Alguna tontería, contestó la mamá.

—¿Tontería?.....

No se pasa día sin que Luisito proporcione un sofocón á los suyos. Parece que se hubiera propuesto hundir á la familia en el concepto de sus relacionados.

Como haya visitas, el peligro es inminente. Nada menos que una noche de "santo,"

y en momentos en que comenzábamos á reunirnos los contertulios de las apreciables señoritas Perales, se presentó Luisito en la sala, y dijo:—Rosa; ven para que veas.....

—¿Qué, niño?

—Que Anita se está rellenando con tus algodones.

—¡Niño! exclamó Perales, padre.

—Lo digo, y lo digo, y lo digo.

—¡Bruto!

—Más bruto eres tú que le pegas á ma-mañita.

¿No es encantadora esa confianza de Luisito con su papá?

A mí siempre me ha parecido que aquella criatura vale un tesoro, en medio de su mala educación.

Bien saben sus padres lo que se traen entre manos, y por eso lo miman y celebran,

aunque en ocasiones pide de por Dios un porrazo de los buenos.

Una noche que se hablaba de la confección de sombreros y gorras, y se hacía mérito de la madama Fulana, y de la madama Perenceja.

—Pues, nosotras, decía la señora Perales, nos surtimos de casa de la madama Boulai.

—Mamá, interrumpió Luisito ¿cuándo le devuelves su gorra á misia Rita? Se la vas á echar á perder.

—¿Qué gorra, niño?

—La que te prestó para el duélo de las López.

—¡Qué perla de muchacho! exclamé para mí.

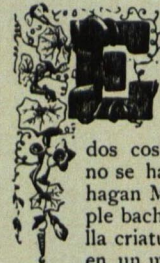
Púsose de pie la mamá, dirigióse al interior de la casa, y luego se oyó la voz autorizada del señor Perales, que llamaba al niño.

Me encantan estas criaturas locuaces y entrometidas, que alegran el hogar, y comprometen á la familia; pero no quisiera ser padre de Luisito, por nada del mundo.

JABINO.

LOS HOMBRES DE INFLUENCIA

PARA EL COJO ILUSTRADO



El lector habrá observado, como yo, que siempre, en torno de un personaje de más ó menos campanillas, vive y se agita un hombre de influencia.

El doctor ó el general, ó las dos cosas á un tiempo—porque aquí no se ha dado el caso todavía de que hagan Ministro del Despacho á un simple bachiller—no puede vivir sin aquella criatura que Dios puso á su lado en un momento de buen humor; y lo sienta á su mesa, lo pasea en coche y le ofrece cigarrillos y hasta sus copitas de licor, si el magnate no es refractario á los agasajos de Baco.

A estos tueros y prerrogativas, que el público es el primero en valorar y que suele ver con envidiosa socarronería, corresponde el hombre de influencia con una lealtad de perro de ciego hacia su protector y Jefe; le contesta su correspondencia, le carga los chicos, le sacude la ropa, le limpia los zapatos y hasta llega á desempeñar comisiones en servicio de su señor, que suelen, ni ser propias de un hombre decente, ni de un buen cristiano.

A la postre, aquel tipo que parecía una mosquita muerta, se va posesionando poco á poco de su importancia. Estudia á su amo y se penetra de sus inclinaciones y gustos. No le contraría nunca y le aplaude siempre. Cultiva en él la vanidad con la eficacia que ponen los buenos padres en la educación moral de sus hijos.

Para el hombre de influencia el amo es infalible. El día que éste amanece de mal humor, aquél se torna en insolente; porque se considera de tal modo consustanciado con su señor que, estando éste enfadado, él no se puede permitir el lujo de una sonrisa.

¿Y cuando el magnate está risueño?

Ah! cuando el magnate está risueño el hombre de influencia le compra caramelos á los chicos, recibe sin repugnancia á todos los tertulianos de su jefe y hasta quema en el corral un paquete de triquitraques, á la salud del buen humor.

Pero no crea el lector en la influencia efectiva de este incondicional despreciable y odioso. De igual modo que él se desprecia á sí mismo, así le desprecia su amo; porque está comprobado que esos rebajamientos del carácter, esas anulaciones de la dignidad, en que sólo privilegian la adulación y la idea del lucro, son vistas

con repugnancia hasta por las naturalezas más depravadas.

Refiere Juan Montalvo que Cremucio Cordo escribió el elogio de Tucídides, aquel historiador famoso que nos hace amar la libertad; y que Tiberio, enemigo jurado de la virtud—como todos los tiranos—le mandó quitar la vida. Fresca aún la sangre de Cremucio se levantó Veleyo Patérculo y colocó á Cicerón entre los dioses inmortales.

¿Y qué hizo Tiberio? Callarse! Hasta á los tiranos se impone la energía.

En definitiva, ¿tiene tal influencia la sombra, el parcho pegado del alto personaje? Para el mal, mucha: para el biér, ninguna.

El cela á su señor como si fuera una muchacha en estado de merecer. Le retira relaciones y amistades. No quiere que nadie se le acerque al amo; pretende aislarle del mundo entero; y cuando barrunta que ya consiguió toda su confianza, le brota de los labios la proposición insidiosa, el plan meditado para una especulación grosera; y si erró la pinta—porque aún queda algún resto de honradez en el alma de aquel sujeto—ese día es echado á puntapiés de la casa el llamado hombre de influencia.

A uno de estos hallé una vez con las narices rotas.

—¿Y eso?—le pregunté.

—Oportunidades del general—me contestó. Así son los llamados hombres de influencia.

Refiere Pérez Galdós que don Juan de Bragas (a) Pipaón, salió de una covachuela á ser Consejero de Estado y favorito de Fernando VII; y que una ocasión puso sus malas artes al servicio del rey Narizotas, para acercarlo á una dama que le había negado sus favores. La dama cedió; pero debía ir acompañada del excelente Pipaón, y, además, para llegar al lugar de la cita tenían que atravesar embarcados un brazo de agua. Parece que Pipaón, buen nadador, pero mal marino, naufragó; mas, en lugar de ahogarse él se ahogó la dama.

Por lo cual dijo Fernando VII, cuando vio á Pipaón, sacudiéndose el agua en la playa: —La mala yerba nunca muere!

Y así son los hombres de influencia!

RAFAEL BOLIVAR

Caracas: 1897.

CALUMNIADA

Tienes la morbidez de la azucena Deshojada en el vasc de la orgía, Y en tu faz se difunde la serena Elación del espíritu que pena Y á nadie sus torturas le confía.

Padeces en silencio cual las flores Que exhalan ante el ábrigo perfumes, Y teniendo en el alma resplandores Tú la víctima inerme no presumes Cómo en tu mal se gozan los censores.

Te insultan á mansalva porque brillas, Matan tu corazón porque has amado; Y los que te censaban de rodillas, Hoy pretenden hallar en tus mejillas El rubor y las sombras del pecado.

Sola te ves ante el dolor. Artero Te insulta el vulgo, y si tu labio clama No acude á tu presencia el caballero Que en épocas gloriosas por su dama Así el puño al toledano acero.

Para vencer te basta la hermosura Y el fulgor ideal de tu tristeza; Si eres diosa no importa que la oscura Mucedumbre te insulte, tu pureza No ha de perder por ello su blancura.

MAXIMILIANO GRILLO.



SALTO DEL CHUARE EN EL RÍO DE CARUPANO. — (Fotografía de Avril)

JOSÉ S. CHOCANO (1)

El odio es la indignación de los corazones fuertes y poderosos.

EMILIO ZOLA



ARAVILLA de veras la cantidad de versos hueros que se escribe en América y más aún la facilidad con que se les ensalza.

Día á día, llegan de todos los puntos del horizonte, volúmenes y folletos de versos. Y lo lamentable del caso, es que en su casi totalidad no son versos ni cosa que se les parezca, sino pésima prosa. Da grima ver como se malgasta papel y tinta; y, ante esta constante inundación de ripios, más ó menos sonoros, un sentimiento de ira acaba por apoderarse del espíritu, por indulgente y benévolo que sea. Se escribe sin preparación, sin talento, sin bagaje intelectual, hasta sin gramática. Se confunde nombres, escuelas y épocas. Junto al Poeta, con mayúscula, se coloca al anónimo versificador; junto al escritor de fibra, al perpetrador de adefesios. Se cita á Poe, el célebre precursor de Baudelaire, y después á un zapatero cualquiera. Se pone frente á frente y se paralela autores, que ríen entre sí. A un periodista ramplón, le llaman: *distinguido*; á un modesto rimador de vaciedades: *ilustre*. En medio de este revoltijo atroz,

los que verdaderamente valen, son los que pierden.

*

José S. Chocano es entre los poetas jóvenes del Perú á la vez el más incorrecto y el más original quizá de todos ellos. El aplauso de los indoctos va á malograrlo, si no reacciona á tiempo, y se convence, de que entre el elogio servil de la ineptitud y el latigazo despiadado del crítico, es preferible el último.

Porque me interesa su talento, porque veo en él un buscador, un deseoso de ahondar la Psique humana, un luchador de brazo férreo y puños de bronce, porque entre el cordaje de su lira, pasa á veces la nerviosa imprecación de un rebelde ó un soplo de inspirado, es que me ocupo de él. De otro modo, siguiendo una norma invariable de conducta, al atentado literario opongo el silencio absoluto.

La sinceridad es una gran virtud, y debe practicarse en arte como en todo.

Basado en ella, declaro que *Azahares*, exceptuando *Pizzicato*, *En voz baja* y *La canción del beso*, es un volumen de composiciones malas, indignas de la pluma que ha producido *Iras Santas*. Son los balbuceos afeminados de un rimador de salón sin garbo y sin gracia, sin la distinción y la delicadeza de los trovadores de amor, y con todos los defectos del instrumentista que no conoce el tono menor, y del pintor que no sabe mezclar los colores, para producir las medias tintas y los contrastes.

*

La delicadeza y la ternura no son el patrimonio de los musculosos y de los fuertes, yo bien lo sé, y bastarían para probarlo Díaz Mi-

rón en Méjico, Chocano en el Perú y Leopoldo Lugones en Buenos Aires.

Sus liras de acero son más propia para retemplar el rebaño humano que para enternecerlo. Tienen los clarines, las trompetas, los tambores. Les falta las violas, los violoncellos, los oboes. Por esto, cuando ensayan el madrigal, fracasan. En cambio, si esgrimen el yambo, están en su terreno. Atormentados por el espectáculo de la desigualdad social, de la estupidez triunfante y de la miseria humana, rugen su lamento ó arrojan á la faz del mundo el anatema ó el sarcasmo, sin medir su alcance ni sus consecuencias. Baján á la arena de la justa, el pecho desnudo y en la diestra la lanza pujante, y se levantan ó caen luchando por el trínfo de una idea ó de una utopía, con todo el entusiasmo del fanatismo. Yo amo á esos fuertes, porque en el ardor de la refriega desnudan sus almas y las muestran enteras. Dejan ver el fondo de su conciencia y de su sér y van, si llega el caso, hasta en contra de la avalancha, con una serenidad que pasma. Y esto, lo digo sobre todo de Lugones, al que creo conocer bien. Su exagerado socialismo es más propio de un demoleador que de un verdadero socialista; pero, yo me lo explico: su alma juvenil está enferma. Ante la injusticia imperante, ante el desequilibrio social, ante el entronizamiento de todas las platitudes, ante la indiferencia de pueblos y gobiernos por todo lo que significa arte, él se subleva; siente el hastío de la vida burguesa y el odio al histrión, que devora millones en banquetes y fiestas, en carruajes y palacios, en modas y paseos, mientras los pobres roen las migajas de los festines, y para no morirse de asco, abre la válvula de escape de su cerebro, y entre un tropel de me-

(1) Del libro próximo á aparecer intitulado: *El Permeamiento de América*, por Luis Berisso.

táforas relampagueantes, pega el zarpazo, ó lanza el apóstrofe hiriente !

*

Chocano debe pues, archivar el madrigal y esgrimir de nuevo el látigo, de donde salió *El Sermón de la Montaña*.

Iras Santas es hasta ahora su obra capital: la única que la crítica puede tener en cuenta. Las composiciones que encierra, están impresas en tinta roja, nacen de una lira enrojecida por la indignación y levantan la canción del tajo.

Veamos algunos ejemplos :

Ha llegado el momento del desborde...
Ha llegado el momento en que la lucha
Una su ruido al de mi lira acorde...
El sol toca en el zenit; la frente brilla :
Un tumultuoso estrépito se escucha ;
Y resplandece en lo alto la cuchilla !

El joven trovador de sangre ardiente,
De lira férrea y de crispados nervios,
Salpicada de sangre alza la frente,
Humillando despóticas grandezas,
Para arrojar sus cánticos soberbios
Por encima de todas las cabezas...

Yo amo la comunión ! Sí, que los hombres
Formen un sólo sér amalgamados,
Con sólo el distintivo de los nombres...
Pero si hay gerarquías, que la palma
Sea para los genios elevados ;
Que en el talento está el nivel del alma !

¡Oh Pueblo! rompe el arma que te hiere,
En las espaldas del tirano inmundo :
Y si el tirano de terror no muere
La cabeza sepárale del tronco,
Y al enseñarla ante el absorto mundo
Lanza el excelsior de tu canto bronco...

Ven ¡oh musa ! conmigo hasta la cumbre ;
Que ahí con el amor que tú me inspiras
Lograremos tener calor y lumbré,
Oyendo, entre delirios sobrehumanos,
El enorme concierto de mil lirás
¡ Y el bronco aplauso de un millón de manos !

Aquí el poeta es él, no tuerce su rumbo, ni reprime sus ímpetus, ni dora la píldora, ni encubre las llagas sociales. Dice lo que él cree la verdad, lisa y llanamente, y la grita á plenos pulmones, sin importársele un bledo del código penal y de los castigos judiciales.

*

Su socialismo intransigente, le ha valido persecuciones enconadas, y le ha hecho probar á los veinte años, las amarguras de la expatriación y los tormentos de la cárcel.

Prisionero en el Hospital Militar de San Bartolomé donde se le asistía en calidad de tal, compuso una serie de sonetos,—forma maleable para él—sonetos de propaganda subversiva, en los que ciego de furor arremete contra instituciones y gobiernos y amenudo también contra tiranos imaginarios.

Chocano tiene la obsesión del rojo y de la sangre, y ve Nerones donde por lo común no hay sino *Quijotes* disfrazados de generales.

El siguiente, notable por el verso que lo cierra, es una muestra del género :

Mientras haya en la cúspide un tirano,
Mientras haya en el antro un prisionero,
Mientras en la ciudad quiera el guerrero
Hacer lo que en la breña y en el llano...

Mientras no se alce el Pueblo soberano,
Yo hecho Job de este inmundo estercolero
He de cantar las rabias que el acero
Siente al hallarse entre la puerca mano...

Y cual mano que rueda cercenada
Preñida siempre al pufo de la espada,
Bregando seguiré siempre con ira...

Y logrando aplastar á los perversos
Los hundiré en la cárcel de mis versos ;
Y como reja les pondré mi lira !

El poeta del Rimac, no reconoce otra aristocracia que la de la inteligencia, y persigue esta quimera : la igualdad humana y la fraternidad universal :

Yo quiero la igualdad, ya que la suerte
Es común en el punto de partida...
Si todos son iguales en la muerte,
Todos sean iguales en la vida !

Hermosas palabras, que con diversas variantes viénesse repitiendo desde los tiempos de Cristo, sin haber logrado todavía encarnarse en el corazón de la humanidad ; generosa profesión de fé, que tiene su complemento en esta décima :

Es el poeta altanero
Quien debe romper el yugo ;
Siempre al cantar Víctor Hugo
Tembló Napoleón Tercero...
Tírteo, vate y guerrero
Si en la canción se levanta ;
En la lid crece y espanta.
Y ante el que le ve y escucha,
Es un poeta que lucha
Y es un guerrero que canta !...

*

Los endecasílabos que llevan por título *Dolor* escritos en un calabozo de Lima, son una provocación á sus enemigos y un desahogo de su alma herida. Vibra en ellos la pasión tempestuosa del luchador, que no cesa ante los obstáculos :

Poeta, si eres grande, enseña el golpe
Que te hayan dado en las contiendas rudas :
Si eres Homero enséñame tu Zoilo ;
Y si eres Cristo enséñame tu Judas !

Nada importa la estúpida diatriba,
Nada importa la torpe carcajada...
Sigue, poeta, en tu sublime anhelo ;
Que quien tiene los ojos hacia arriba
No ve las pequeñeces de tu suelo !...

Ten el orgullo del potente roble
Al que se prenden por subir las yedras :
El alma fuerte en el combate noble
Arrastra insultos como el río piedras...
Despreciando el rencor de los estultos,
Yérquete siempre impávido y sereno ;
Que si arrojando á las alturas cieno
Ruge la tempestad de los insultos,
¡El clarín de tu fama será un trueno !...

A las estrofas que anteceden, podría agregarse este enérgico grito de sublevado :

Y cuando caiga, yo, la canción rota
Y roto el corazón ; y cuando caiga
Después de fulminar la última nota,
Y contemple al tirano victorioso,
Haré un esfuerzo, y con furor ardiente
¡Alzaré en alto mi tronchada lira
Y se la romperé sobre la frente !

*

Entre el poeta de *Iras Santas* y de *Azahares* media un abismo. En el primero, está él entero, con sus pasiones, sus entusiasmos y sus odios ; con todas sus cualidades y con todos sus defectos ; con sus hipérboles atrevidas ó deformes y con sus metáforas grandilocuentes ó disparatadas. En el segundo, apenas su sombra.

Por lo tanto, yo no ahogaré mi sinceridad por complacerle, sino que le diré francamente : —No vuelva á posar los dedos sobre las cuerdas, para usted inarmónicas, de los violines, porque desafina ; ni tenga veleidades de dama, ni fluctúe en sus derroteros. Sea poeta y sea hombre, luche y cante, y también sucumba si necesario fuere por su ideal. Estudie mucho y bien ; haga luego un auto de fe con todos sus versos amatorios y eróticos ; y por más que en la mayoría de las revistas literarias, escritas por muchachos que ignoran el valor del adjetivo, le digan y le repitan que son *admirables*, créame á mí, son *malos* !

No ponga en conflicto la sinceridad de estas declaraciones. Se las hace un hombre que estima su talento, y que no duda de su triunfo futuro.



LOS OJOS DEL ALMA

I



QUEL día olvidáronse en la granja las diarias tristezas, y la golondrina que se quedaba hacía dos años á invernar en la cocina rústica por no poder ya con las alas, debió de extrañar que en toda la noche de la víspera se apagase la lumbré en el fogón, y que á cosa de las once se viniesen á buscar el alegre calor de las llamas el granjero y un señor ventruado de cara de luna llena, que era ni más ni menos que el médico del cercano pueblo en persona.



—Si hay alguna novedad, avisarme en seguida, díjole á la granjera, que bajó á la cocina por un poco de azúcar para sahumar la alcoba de la enferma ; y sacando petaca y librillo hízose el médico un buen cigarrazo, que encendió en un tizón de la lumbré, á la vez que el granjero le ponía al alcance de la mano, sobre la próxima mesa, una botella de lo añejo y un vaso de cristal.

—¡Vamos, D. Nicolás ! Un chupito, que la noche está fría y la lumbré sólo calienta por delante.

El médico aceptó el convite de buen grado, y echándose entre pecho y espalda un trago mayúsculo, exclamó luego castañeteando la lengua :

—¡Cosa superior, amigo Braulio ! Con la compañía de esa real moza (y la cara de plenilunio se le llenó de risa), ya se puede esperar el alumbramiento de su hija de usted, aunque se pase uno aquí la noche en claro oyendo el viento desatado ahí fuera.

—¡A qué hora cree usted que libraré la chica ? preguntó el granjero.

—Al rayar el día.

Hubo un instante de silencio, en que sólo turbó la quietud de la estancia el chisporroteo de los troncos al quemarse, avivados por el zarzacán que bajaba por el cañón de la chimenea.

—¡Qué ajeno estará en el presente instante su yerno de usted de que le va á nacer un hijo ! exclamó el médico después de dar un chupetón al pitillazo y tirar la colilla á la hoguera.

—Puede que esté batiéndose, dijo el granjero ; la carta que nos trajo el último vapor anunciaba como casi segura una próxima batalla. Hasta ahora, y en buena ocasión lo diga, ha tenido suerte. En los ocho meses que lleva en operaciones, ni un rasguño. Pero lo que pasa, según nos escribe, no es

para contado. ¡Y aun hay brutos que quieren guerras! ¡Vinieran á los pueblos y vieran los trastornos que causa, y cambiarían de opinión! Calcule usted, mi hija, quedándose en ese estado.... ¡y gracias á que le vivimos sus padres, que nos la trajimos con nosotros! Pero todas no se hallan en igual caso. ¡Cuántas familias desbarajustadas, cuántos trastornos! Y menos mal los que vuelvan. —Tiene usted mucha razón, concluyó el médico tristemente. Pero esa es la vida.

Enmudecieron. A poco el médico dio una cabezada, y el granjero se levantó en silencio y se fué. Pero aquella cabezada era la primera de una serie que había cogido por su cuenta al facultativo, de sueño fácil y hecho á dormir donde se pudiera cuando las circunstancias lo exigían. Así no extrañó la postura ni el sillón de paja, y hasta se puso á roncar arrullado por la gratisima lumbre....

Ya cantaba el gallo cuando el granjero entró precipitadamente en la cocina gritando: —¡D. Nicolás, D. Nicolás!

El médico se despertó restregándose los párpados, y sin darle tiempo á abrir la boca le dijo el granjero entre regocijado y temeroso: —¡Corra usted, que me parece que de ésta despacha!

Sustituyó de pronto en la cocina á la pasada quietud una febril movimiento. Entraron y salieron varias veces las criadas llevándose agua caliente y vinagre y más azúcar, poniendo en alarma al gato, que había reemplazado al médico en el sillón; oyóse en el techo patalear, ir y venir de varias personas, como arrastramiento de muebles, y al fin, clareando el día, penetró en la estancia una moza en busca de anís, y mientras revolvía en el vasar, bajó otra á meterla prisa gritando:

—¡Ya, Mauricio, ya! ¡Un chico!

II

Fue una escena terrible, de un supremo dolor, la de la vuelta al hogar del pobre inválido. Entró en aquella misma cocina en una tarde otoñal, apoyándose en el brazo del



granjero, que había ido á encontrarle en la capital de la provincia para acompañarle hasta la querida casa que no había de volver á ver más. Detrás de ambos penetró silencioso y conmovido un pelotón de gente, lo principalito del pueblo próximo y de las ve-

cinas masías. Su mujer se le abrazó llorando, y quedó casi sin sentido colgada á su cuello, olvidándose al pronto hasta de su hijo, blandamente dormido en los brazos de una criada vieja que también mecía en su infancia á la madre.

La primera palabra del héroe fue para el niño. “¡Y mi hijo?” ¡Su hijo! ¡El varón deseado! Se marchó á campaña cuando el nuevo sér empezaba á latir en el claustro materno; todos sus sueños de la ausencia, reflejados en sus cartas, cifrábanse en el vástago aún no nacido; su venida al mundo, aspiración suprema, continuo anhelo de su vida, constituyó una alegría infinita, la única de su existencia azarosa de soldado, siempre en peligro; y la suerte, que le preparaba una traición, habiale robado para siempre la inmensa dicha de verle, de saber cómo era, haciéndole perder ambos ojos de un metrallazo. De verdadero milagro podía calificarse el que lo contara. En la bocamanga de la guerrera traía las insignias de comandante, testimonio de su bravura: dos ascensos ganados con la espada. ¡Honores inútiles y sarcásticos en un ciego!

Con dedos afanosos estuvo palpando detenidamente al niño, mientras su madre se deshacía á llorar. También los granjeros procuraban en vano detener el llanto en sus mejillas, completando el coro de lágrimas los vecinos, que se habían apoderado de la cocina, penetrando detrás del pobre mártir de su deber. Sólo el comandante no gemía, y con su serena tristeza estudiaba al tacto el desarrollo de los diez hermosos meses de la criatura.

—¡Qué hermoso es! murmuró luégo placidamente.

—¡Y no poderlo ver, Dios mío! balbuceó la pobre esposa desolada, sin creer que sería oída.

Pero no sucedió así. Sus palabras, llenas de desesperación, fueron escuchadas por el inválido, y buscando con esa mano exploradora de la ceguera la cabeza de su mujer, la estrechó con transporte, y la dijo con resignada dulzura, con admirable conformidad, arreglándose la pantalla verde que cubría sus órbitas huecas, sólo él sereno:

—¡Oh! ¡te equivocas! También yo lo distingo á mi manera. Y estoy seguro que no le vería más hermoso con los ojos del cuerpo que le veo con los del alma!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

Sobre la vida y las obras de Cervantes, por Luis Carreras.—Prólogo de James Fitzmaurice-Kelly en dos nuevos libros publicados bajo su dirección.—Traducciones del Dr. Göran, sueco, catedrático de la Universidad de Upsala.—Muerte del escritor español D. José María Guardia.—Comienzo de la temporada teatral en Madrid.



LUIS CARRERAS era un notable escritor y periodista que nació y residió en Barcelona todo el tiempo que no pasó en la emigración huyendo de las persecuciones políticas. Su pasión de sectario y su amor por la libertad y la justicia, le impulsaron, durante los últimos años de su vida, á arrostrar toda clase de peligros. Se le conocía como periodista republicano y aun aparecía libelista cuando de hundir al poderoso se trataba; también como crítico mordaz y poco respetuoso ante las reputaciones hechas y consagradas por la fama; pero pocos sabían que aquella naturaleza, en cierto modo desequilibrada, contenía un literato y un cervantista, entusiasta y decidido como pocos.

Murió Carreras hace pocos años, y, por todo peculio, dejó á su pobre viuda algunos millares

de cuartillas escritas, las más de ellas, en alabanza de nuestros escritores del siglo XVI y XVII, sin excluir á los místicos, á quienes el irascible escritor demócrata, rendía ferviente culto. Entre estos manuscritos, dejó una obra á punto de terminar sobre la vida y las obras de Cervantes. Inútilmente procuró la viuda que algún editor comprara este manuscrito: no encontró en España quien lo leyera siquiera para informar sobre él. Un escritor francés, un español distinguido que había conocido á Carreras en la emigración y comprendido que era hombre de mérito, se hizo cargo de la obra inédita; leyó y releyó las 3000 cuartillas que la componen, y, penetrado de la importancia del contenido y después de interesarse, en vano, para que se publicara en España, resolvió darla á conocer, en extracto, en idioma francés á fin de ver si, por este medio, conseguiría mover á los compatriotas del escritor desdichado. Mr. B. Dumaine, que así se llama el hispanófilo en cuestión, publicó hace unos meses en un tomo de poco más de 300 páginas lo mejor que le pareció encontrar en los manuscritos de Carreras y puso al libro el mismo título con que el escritor español pensaba darlo á luz. Hizo más: impreso el libro, cedió generosamente á la pobre viuda la edición. Del libro de Dumaine se desprende que Carreras trabajó durante quince años en su obra: que leyó cuanto notable se ha escrito en España y fuera de ella sobre la vida de Cervantes: que escudriñó archivos y estudió concienzudamente cuantos documentos hubo á mano para formar opinión clara y definida acerca de las peripecias de que aparece llena la vida del inmortal autor: compulsó y comparó y del fondo de esta investigación resulta un trabajo crítico de cuanto se ha dicho acerca de Cervantes, desde sus contemporáneos hasta nuestros días.

El libro de Dumaine, como ya he dicho, es sólo un extracto muy concienzudo de lo escrito por Carreras. De lo extractado se desprende que se trata de un trabajo meritorio y que hay en él gran tendencia á deshacer errados juicios tanto en bien como en mal de Cervantes. Conociendo el carácter de Carreras, su tenacidad, sus apasionamientos por la verdad y la justicia y su temperamento agresivo, es de esperar que en la obra inédita de que se trata, habrá detalles de observación y datos curiosísimos que podrían aprovechar grandemente á nuestros cervantistas. Del libro de Mr. Dumaine se desprende además que Carreras da gran importancia á las obras dramáticas que escribió Cervantes, hasta el punto de decir que este es el padre del Teatro español y el maestro de Lope de Vega y de Calderón. Cuanto expone á este propósito, es completamente nuevo: podrá no ser todo ello exacto, pero indudablemente hay puntos de vista hasta hoy no señalados y sitios sin explorar. En lo que no puede menos de convenirse, es que las obras dramáticas de Cervantes merecen muchísima más atención de la que comunmente se las ha concedido. España debe estar agradecida á Mr. B. Dumaine. Su extracto fraccional de la obra de Carreras, es una valiosa contribución á nuestra literatura crítica del gran Cervantes. ¡Lástima que la publicación de este libro no mueva á nuestra Academia de la lengua á adquirir el manuscrito de Carreras y á interesar al Ministerio de Fomento para que lo publique! Cuando tantos libros insustanciales y aun malos se han impreso en estos últimos tiempos por cuenta del Estado, bien podría hacerse un esfuerzo en favor de un trabajo á todas luces interesante, y responder de este modo al noble llamamiento que á España dirige el escritor francés.

El libro de Mr. Dumaine ha sido publicado por la casa Alfonso Lemerre en París.

Y ya que de hispanófilos hablo, oportuno será citar aquí á James Fitzmaurice-Kelly, un escritor inglés que en las Revistas de Londres y París y en alguna de Madrid ha publicado estos últimos años notables trabajos literarios relativos á España; pero sus principales títulos á la con-

sideración de cuantos se dedican al estudio de la literatura castellana, son los prólogos puestos á dos nuevos libros publicados hace poco, bajo su dirección. En esos libros se reproduce las primeras ediciones inglesas que se hicieron de la *Celestina* y de *El Quijote*, en el año 1631 aquella y en 1612 á 1620 esta última. No he visto estos volúmenes, ni comprendo lo suficiente la lengua inglesa para apreciarlos, y hablo de ellos ateniéndome á lo dicho hace algunos meses por el notable erudito escritor y notable crítico R. D. Pérez en un artículo publicado en *La Vanguardia* de Barcelona. Empieza este trabajo con oportunas y discretísimas observaciones acerca de si son preferibles las traducciones hechas por contemporáneos del autor traducido, á las hechas muchos años después, y se inclina á lo primero, diciendo que "la traducción moderna, muy sabia y muy cuidada, tal vez, queda en no pocos casos por debajo de la antigua, infiel, incorrecta, pero bella y fresca, con su sabor de época que es regalo de paladares literarios hasta por sus mismas ingenuidades de retablo. Esto es lo que comprende el crítico, á diferencia del gramático y del erudito sin gusto, quienes se escandalizan ante los defectos y sólo para verlos tienen ojos."

"Inspirándose—añade—en aquel criterio, un renombrado poeta y crítico inglés, Mr. W. E. Henley, publica, bajo el título general de *The Tudor Translations*, una serie de notables traducciones antiguas de obras maestras, con el doble fin de popularizar el original y ofrecer á los modernos lectores modelos de estilo cuya serena belleza se va perdiendo ya. A dicha colección pertenecen *La Celestina*, traducida por Mabbe, y *El Quijote*, puesto en lengua inglesa por Shelton. En cuanto al prólogo que al frente de estas nuevas ediciones ha puesto Fitzmaurice—Kelly fijase principalmente el señor R. D. Pérez en la independencia de criterio con que se habla de Cervantes. Observa que la admiración de los clásicos cada uno aporta á ella lo que lleva en sí, y por esto si son muchos los que coinciden en el mismo sentimiento, no todos logran expresarlo de un modo que no sea vulgar, rutinario; de tal suerte, en fin, que sea digno del modelo. El gran defecto que tenemos en España es el de renegar de los autores famosos de otras épocas sin leerlos con la debida preparación, ó bien entusiasmarlos con ellos sin sinceridad, por seguir la corriente y sin atrevernos á hallarles defectos por que tal atrevimiento sería puesto muy pronto en ridículo por los que convierten la fama en dogma intangible. Así estamos en punto á este género de crítica y, gracias á ello, se hallan ya las gentes que piensan, tan hartas de aquellos lugares comunes de "el manco de Lepanto, que sin embargo probó no serlo en lo de manejar la pluma," etc., etc. El señor Fitzmaurice—Kelly tiene el buen gusto de romper con esas rutinas que han esterilizado tantos y tantos esfuerzos de nuestros eruditos y principalmente de nuestros cervantistas, usando por el contrario, un sistema de crítica parecido al que podría emplearse para juzgar obras de hoy: es decir, franco, independiente, aplaudiendo ó censurando según le parece justo, y aun mezclando de una manera que á algunos *del oficio* parecerá muy atrevida, su doble personalidad de crítico de libros modernos y perfecto conocedor de los antiguos.

Además de la independencia, habla de la honradez en la exposición de ideas que encuentra en el crítico inglés, de quien dice "que comienza por parecer enamorado de las traducciones que publica por lo bella de las mismas; pero ni se le oculta ninguna de sus ingenuidades y defectos ni el trata de ocultarlos, tampoco, á los demás, antes los expone detalladamente y se burla de ellos con más ó menos indulgencia según los casos. Esos traductores—añade—tienen, realmente, ocurrencias y equivocaciones graciosísimas que á nuestros ojos serían aun más imperdonables que á los de un extranjero. Mabbe, se empeña en salvar ciertos pasajes escabrosísimos ó impíos de la *Celestina*, convirtiendo en personajes mitológicos á Dios y á los santos,

escribiendo *vestales* donde dice *monjas*, ó cambiando radicalmente por algún otro sistema de su invención el fondo de ciertas frases que tanto ó más que de chistosas tienen de mal intencionadas. El hecho no es, por cierto, digno de aplauso, por más que provoque á la sonrisa, pero algo hay que conceder al pobre traductor inglés que indudablemente se metió en un mal paso al atreverse con obras tan poco recomendables por su moralidad. Shelton traduce también, á veces, en el *Quijote*, no lo que el autor dijo, sino lo que á él se le antoja, é incurre con frecuencia en el error de buscar la equivalente de una palabra española en la inglesa que más se le parece en los sonidos, pero no por la significación. Gracias á este empeño traduce equivocadamente *éxtasis* donde dice *trance*; éxito, donde dice *suceso*; talento donde el autor escribió *talante*; *deleite* en vez de *delito*; *perseguir las maldiciones* en lugar de *perseguir en ellas*, etc. El señor Fitzmaurice—Kelly parece atribuir principalmente la causa de estos errores al deseo del traductor de ser literal pero lo que yo tengo por indudable—dice el articulista á quien sigo en estos apuntes—es que la prisa y el descuido junto con su imperfecto dominio del castellano, sean los responsables de las faltas que puedan hallarse en la traducción de Shelton. El mismo dice que dio cima á su trabajo en cuarenta días y sólo para complacer á un amigo que se le pedía; después de lo cual sería inútil pedir que la paciente escrupulosidad fuera una de las cualidades de la obra."

Como dato valioso para los bibliófilos, el señor don Pérez, aduce que no se trata de las primeras traducciones inglesas de los libros de Cervantes, sino, respecto á la de *La Celestina*, de una de las primeras de Europa, y respecto á la de *El Quijote* de la que abre la marcha á todas cuantas se han hecho de la obra completa, pues las francesas de 1608 y 1609 no traducen más que episodios sueltos. Y aun según el señor Fitzmaurice—Kelly hace notar la versión inglesa, que apareció en 1612, data, según su autor, de cinco ó seis años antes, de modo que, cuando menos, puede dársele la fecha de 1607, con lo cual se adelanta en absoluto á toda otra traducción europea total ó parcial.

Importa hablar de otro hispanófilo, digno de mención, quizás más que los anteriormente citados. Se trata de un sueco, del Dr. Göran Björkman, un catedrático de la Universidad de Upsala y notable escritor que después de haber dado gran impulso á la literatura de su país, se dedica á popularizar en el mismo las literaturas extranjeras, especialmente las de los pueblos latinos. Posee, con perfección, casi todos los idiomas de Europa: es hombre de ciencia y además poeta inspiradísimo.

Sus traducciones, tanto en prosa como en verso—según dicen los que pueden apreciarlas—están magistralmente hechas, siendo admirable la fidelidad con que traslada á la lengua sueca no sólo las ideas sino la construcción métrica de los versos y la armonía de la prosa característica en cada escritor cuyas composiciones traduce.

De algún tiempo á esta parte, el Dr. Göran se dedica á la versión al sueco de varios autores españoles modernos. En las redacciones de nuestros principales periódicos se reciben á menudo, enviados por él, ejemplares de periódicos y Revistas ilustradas lujosamente impresas, que contienen traducciones de autores castellanos, catalanes y gallegos: todas hechas por el citado doctor y puestas en sitio preferente de la publicación. Entre los poetas castellanos se ven composiciones de Echegaray, Núñez de Arce, Campoamor, Manuel del Palacio y otros.

Entre los catalanes las hay de Víctor Balaguer, Apeles Mestres, el padre Verdager, Emilio Vilanova, Evelino Doria, Bonaplata y algún otro: entre los gallegos, á Pondal Carré, Aldao, Rosalía de Castro, Novoa y Curroz Enriquez. De modo que el doctor Göran no sólo conoce nuestro idioma nacional, sino que también los

regionales. Gracias á su celo é ilustración España es debidamente apreciada, siquiera en las manifestaciones de su genio poético, en aquellas lejanas tierras polares á donde por este medio, va algo del calor de nuestra fantasía creadora, devolviéndonos, en cambio, el ambiente saludable que se desprende de las vigorosas producciones de Ibsen y Björsonn, traducidas con verdadero amor por nuestros literatos regionales de más nombradía.

Recientemente en la sección necrológica de los periódicos de París, se ha dado cuenta del fallecimiento del escritor español don José María Guardia, hombre de gran valía y, como tantos otros, poco ó nada conocido en Madrid, pero sí en Barcelona en cuyas publicaciones literarias y científicas especialmente en *L'Arens* (El Progreso) á menudo colaboraba. Era mallorquín y residía desde muy joven en la capital de Francia, en cuyo ambiente espiritual se había nutrido. Cultivaba con predilección, los estudios metafísicos y era de los más asiduos é inteligentes colaboradores de la *Revue philosophique*, de París. No olvidó por esto á su patria, y era entusiasta cultivador de la literatura de la región en que había nacido. Raimundo Lulio fue durante mucho tiempo objeto predilecto de sus estudios, y á las sabias investigaciones y acertados juicios críticos del malogrado escritor, se debe no poco el realce con que en estos últimos tiempos aparece ante el mundo culto aquella gran figura. Cultivó la lengua y la literatura catalanas y escribía el antiguo lemosín como nuestros mejores cronistas levantinos de los siglos XIII y XIV. Enriqueció la bibliografía nacional con una nueva edición esmeradísima del *Somné*, de Bernat Metje, obra clásica entre los antiguos autores catalanes, universalmente apreciada por cuantos conocen el movimiento intelectual de España en el siglo XV.

Ha empezado en Madrid la temporada teatral ó sea para actores y autores dramáticos la campaña de invierno. Hasta ahora, de los teatros madrileños que no han descendido al llamado *género chico*, solo ha abierto sus puertas el de la Princesa, en él actúa la compañía que dirige el escritor dramático Ceferino Palencia y su esposa la célebre actriz María Tubau, ya conocida en toda la América española. El teatro de la Princesa, sólo admite obras cómicas de atildada estructura con todos los refinamientos del buen gusto, versión ó arreglo las más de ellas, de obras extranjeras, francesas principalmente, para cuyo género María Tubau es irremplazable. La temporada actual, ha inaugurado con la representación de *Batalla de damas*, linda comedia de Scribe, si mal no recuerdo, admirablemente traducida al castellano. Después se estrenó un buen sainete, obra de Ceferino Palencia, titulado: *Comediantes y toreros*, hermoso cuadro de costumbres madrileñas de los primeros años de este siglo, en el que, si como es de rigor, aparecen chulos y manolas, no se habla el lenguaje tosco y á menudo soez, que ciertos escritores del género chico ponen en boca de los personajes que intervienen en las escenas de aquella época: todo lo contrario: el señor Palencia parece aprovechar esta ocasión para censurar á aquellos autores poniendo sales y donaires, de mucho ingenio, en boca de Leandro Fernández Moratín que, con el célebre pintor Goya, la comedianta Pepita Ríos y el torero Curro Guillén, figuran entre los personajes del sainete.

La obra está escrita en verso fluidísimo y correcto, y hay en ella hermosos diálogos: carece no obstante, de interés dramático, no hay acción, es más que todo un juguete literario de muy buen gusto é intención finísima escrito para la gente culta. Avalora esta producción la excelente idea de poner el final de ella, hecho con los mismos personajes del sainete, un cuadro plástico de gran efecto por ser muy bello y generalmente conocido, la *Vicaría*, del pintor



VISTA GENERAL DE MONTE-CARLO

EL POBRE PESCADOR

(DE FERNAND MAZADE)

Antiguamente—hará quince ó veinte años—era yo pintor, no por oficio sino por natural inclinación. Pintaba cosas bellas: Colombinas, Arlequines y Pierrots, sobre fondo de cielo donde languidecían las constelaciones; cabalgatas que marchaban por entre húmedos sotos á la hora del crepúsculo; y botecillos aparejados de blanco que, semejantes á inocentes palomas, se deslizaban sobre el agua. Pintaba también retratos de reinas que jamás vivieron, de emperatrices muertas con la sonrisa en los labios y sartas de perlas en la cabellera. Sentía verdadera dicha en representar aquellas mentiras; y, por otra parte, el ser amado me hacía feliz.

Mi esposa era de allá abajo, de Alsacia. La forma de su cuerpo juvenil tenía una gracia suave, su color me parecía divino; y era más delicioso el mirar de sus ojos que la luz de las estrellas. No hablo de sus manos (el recuerdo de su contacto me hiere de súbita locura); su piel perfumaba como el ojicanto fresco, como el lirio del valle, como el almendro en flor. Su sonrisa era extraña: parecía hecha de nostalgia celestial.

Una enfermedad sublime la consumía. Su seno, sus mejillas y sus labios se agostaron bruscamente, como rosas que se marchitan; á veces sentía deslizarse su pulso bajo mis dedos, como una hebra de seda azul; y entonces se revestía, muda é inmóvil, de una belleza rara y melancólica: la belleza inútil de una estatua de ceniza. Presintiendo quizá que iba á abandonarme, dio á luz una niña para que yo no quedase tan solo. La bautizamos con el nombre

de Paulina, una tarde en que nevaba; y á la mitad de la noche siguiente murió mi mujer.

En el primer momento mi pena fue dulce: al ver á mi esposa tendida en el lecho, con los párpados cerrados, la boca sonreída, ataviada con larga vestidura nupcial y corona de azahares, figuréme que iba á casarme de nuevo; y no me convencí de su muerte hasta que la tumba fue cerrada.

Veinte días estuve junto á la cuna de mi hija, lloroso y triste como un cielo de otoño; se me cayeron las pestañas y se me encanecieron los cabellos. Después me hice malo: estuve á punto de matar un modelo. Era que la cabeza se me iba, ahogada y arrastrada por las lágrimas. Temiendo, según se me dijo, que mi paternidad no fuese suficientemente cuidadosa, mi cuñada me quitó la niña y se la llevó allá abajo, á Alsacia, de modo que me quedé sólo, enteramente sólo, abandonado hasta de mi propio pensamiento. Lo cambié por el de otro; fui extranjero en mi patria y me convertí en un pobre pescador, triste, solitario y silencioso.

Vivía á las márgenes del Sarthe, cinco kilómetros distante de Mans, sin servidumbre, en una casa glacial, vacía como un sepulcro nuevo. Había comprado una barca y redes de todas especies; y diariamente, al romper el alba, me lanzaba al río y me dejaba llevar por la corriente. Jamás miraba á los ribazos, jamás al cielo: de pie, con las espaldas encorvadas, me dejaba arrastrar hacia el Maine cantando aires sin letra. De vez en cuando arrojaba el esparavel, y entonces las pértigas, los sargos y las carpas, se revolían y palpitaban argentados en el fondo de la barca. Yo los contemplaba con mirada vaga y arrojaba de nuevo las redes. A menudo, por causa del cansancio, me dormía bruscamente en el fondo del casco; en

Fortuny. El escenógrafo de una parte, y el autor del juguete literario de otra, han dado movimiento y vida á aquella obra inmortal.

En cuanto á obras nuevas, ó bien escritas hace tiempo pero no conocidas en Madrid, se anuncian en dicho Teatro: *Magda*, de Sardou; la *Condesa Romani*, de Dumás; *La burguesa*, del gran dramaturgo italiano Ferrari; *Safo*, de Alfonso Daudet; *El príncipe de Aurec*, de Henri Lavedan, arreglada con el título de: *El gran mundo*; *La tía de Carlos*, comedia inglesa que ha gustado mucho á los franceses, italianos y alemanes; *La condesa Sarah*, de Onhet; *Las vírgenes*, de Marco Praga; *La embustera* y *La artesiana*, ambas de Alfonso Daudet. De autores españoles se habla de *El Pedestal*, escrita por Luis Contreras; *Currita de Albornoz* sacada de la famosa novela del Padre Coloma, y se anuncia otra cuyo título no recuerdo, original de Eusebio Blasco que ha de ser buena como todas las suyas, pero de marcado sabor socialista sentimental, por cuya senda dirige ahora sus pasos el regocijado autor del *Pañuelo blanco*. También se dice que en el teatro de la Princesa, se trata de dar á conocer á los madrileños algo del movimiento modernista que ha hecho ya su entrada en España por Barcelona, y que se pondrá en escena cuando menos un acto de los dramas de Ibsen, Maeterlink, de Bjorne Bjarson y algún otro.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid.—1897.



medio de los peces, algunos de los cuales estaban vivos todavía. Una vez me mordió un sollo en las mejillas y me desperté con la boca llena de mi propia sangre; y en otra ocasión, al despertar, me encontré con la barca llena de nieve.

Un día me había dejado ir muy lejos á la deriva y la noche me sorprendió. Mi estómago gemía de hambre cuando descubrí, reflejando en la corriente la luz de un farol verde, un figón de triste aspecto, desde el cual una sombra me habló:

—Hola, señor pescador, ¿por ventura se ha sorbido ya su guisote?..... Aquí hay preparado uno magnífico, famoso, que á decir verdad creo no le sentaría mal á usted por mi vida de.....!

Atraqué taciturno y penetré en el figón, que estaba oscuro y fresco; me senté, y, sin levantar la cabeza, pronuncié únicamente estas palabras: Algo que comer.

Me sirvió una mujer de manos flacas, casi en girones; de su rostro alargado se exalaba una quietud muelle, una pasividad tierna: estaba descalza. Cerca de un mostrador de zinc, sobre el cual se ostentaban tres botellas de diferentes colores, advertí una cuna de mimbres. Al verla me levanté presa de irresistible deseo de huir; pero me tranquilicé enseguida y volví la vista hacia la cuna.

—Es una hija? pregunté.

—Sí, una zorrilla, me respondió la mujer descalza.

Los dedos me temblaban como hojas, pensé en Paulina, la hija que habían apartado de mi lado, la flor de mi carne, que para aquel momento contaba once meses justos; y bruscamente interrogué:

—Qué edad tiene la niña?

La madre calculó: nueve,.....diez,.....once..... Esta noche cumple justamente once meses.

Se me erizaron los cabellos y me levanté de nuevo. Sin embargo pregunté con voz alterada: cómo se llama vuestra hija?

—Paulina, señor, dijo la madre sonriendo.

Sentí un calorío tan áspero, tan desatinada angustia, que heladas las lágrimas me velaron la vista; y al ver en mi rostro el reflejo de mi alma, la mujer descalza se inquietó.

—Pardiez! será el fresco de ese maldito río que os habrá dado en el corazón, sugirió compasivamente.

—Ay! nó; le respondí moviendo lentamente la cabeza.

—Qué podría daros? ¿una miaja de esmirnio, media pinta de vino caliente?

—Ay! nó; dije de nuevo.

Temiendo ser víctima de un síncope, en su presencia, me alejé rápidamente. Y de regreso á casa—aquella casa glacial como un sepulcro nuevo—me pareció que había soñado algo grande y terrible. Al día siguiente escribí á mi cuñada para saber de mi hija. ¿Crecía? ¿hablaba? ¿vivía realmente allá abajo, en la Alsacia? Tres días después, cuando supe que la niña se conservaba fresca como una manzana, que tenía ojos de esmeralda y que no había abandonado las riberas trágicas del viejo Rhin, volví á bajar hacia el Maine, cantando mis aires acostumbrados.

Atraqué delante del figón de farol verde. El corazón me palpitaba penetrado de una curiosidad tan aguda como el amor. Al aproximarme á la madre de los pies descalzos le pedí inmediatamente que me dejase ver, respirar, mecer estrechada contra mi pecho, á la homónima contemporánea de la que mi mujer me había dejado hacía poco—oh! irrisión—para que no viviese sólo.

La madre movió dos ó tres veces su alargado rostro. Tenía rojos los pómulos y la cabellera enmarañada.

—Señor pescador, murmuró, ¿no sabéis nada?

—Qué podría saber? le respondí.

—Que nuestra Paulina tiene fiebre.

Cual ciego próximo á caer, me apoyé contra la pared y apenas me atreví á preguntarle: ¿Ha venido el médico?

—Mi marido ha salido ahora á buscarle, sollozó.

Me hice servir vino blanco y esperé en silencio. Cuando entró el médico me levanté sin darme cuenta de lo que hacía, y le seguí. Subió al primer piso y se detuvo junto á la cuna de mimbres; la niña no dormía, y de repente advertí que tenía los ojos de esmeralda. Los dientes me castañetearon de espanto y me arrodillé con la cabeza inclinada al lado de la cuna.

—Qué tiene, dijo la voz de la madre?

—Mamá, gimio la niña con voz ahogada.

La voz del médico se me fingió el filo de un cuchillo y me hirió con vehemencia.

—Me parece que es el crup, resonó dentro de mi pecho.

Embargado por el presentimiento de que aquella voz homicida estaba dispuesta á sonar de nuevo, me lancé escalera abajo, llegué al ribazo, salté en la barca y remonté hacia el Mans. Cuando desembarqué delante de mi solitaria casa, un propio me entregó un pliego azulado que delectré, medio muerto, á la luz de un rayo de luna que pintaba sobre el camino una línea de plata. Eran tres lacónicas frases fechadas en las orillas del Rhin, en las riberas trágicas del viejo río: "Desde ayer Paulina enferma. No hay peligro inmediato. Sin embargo los médicos temen que sea el crup."

Aquellas frasecillas danzaban en el rayo de la luna. Entonces me fuí á vagar toda la noche alrededor del triste figón: el farol verde estaba apagado y el agua no reflejaba sino contornos negros. Al romper el día ó un grande grito, y luego apareció en una ventana la mujer de los pies descalzos. Me reconoció, y con los brazos extendidos me gritó llena de odio y loca de dolor:

—Otra vez ahí, bellaco asqueroso!

Anhelante y convulsivo le pregunté: ¿Cómo está? ¿ha muerto?

—Debéis saberlo, matador de niños, porque de seguro á causa de vuestro mal de ojo es ahora difunta.

Sin embargo, más calmada, resignada y aún inclinada al perdón, me señaló el horizonte:

—Idos, echador de mala suerte! Idos, señor pescador, y que el buen Dios os perdone.

Volvió á extender el brazo, señalando á lo lejos; la ventana volvió á cerrarse, y hacia el este una bandada de cuervos emprendió el vuelo hacia no sé que lejano país.

Me dejé arrastrar al capricho del agua hasta Ponts de Cé, hacia el Maine, hasta Bouche Maine, hasta el Loira, hasta Paimbœuf, hasta el Oceano. Jamás he vuelto á saber de tierra.

Desde entonces pesco en el mar!

JOSÉ E. MACHADO.

LEY DE AMOR

La ley! la ley! Entre su férrea mano nuestra esperanza inconsolable muere.....

¿Cuándo será que sobre el mundo impere la libertad del corazón humano!

¿Quién una vez del código tirano no ha violado el precepto, que le hiere? Cuando Dios quiere, amor, cuando Dios quiere, su obra el legislador promulga en vano.

Yo no he de ser el criminal que evita la dura pena ó la venganza amada..... En plena luz mi adoración te invita!

Ven! y que estalle la pasión airada..... A veces anda, por la tierra, escrita la ley de Dios en la hoja de una espada!

JOSÉ DE DIEGO.

Puerto Rico.

ESTIVAL

Á EMILIO MACHADO M.

A la segur divina: del Estío al implacable sol: dócil desmaya penacho y lanzas el cañal bravío.

La gaviota al azar el vuelo ensaya; y, aves de color, con caracoles celebran un festín sobre la playa.

El pez, con sus escamas tornasoles, en medio de aquel cauce ya agotado; el pez cautivo entre verdosas moles, salta convulso y muere sofocado!—

El ruido del festín sordo resuena, y del torneado caracol, herido, viscoso jugo corre entre la arena.

Lanza chispazos de metal bruñido el caldeado arenal. Densos vapores corren á flor del fango derretido.

En hediondo estertor surgen traidores espíritus del mal. Y tristemente la estrofa de los íntimos dolores vaga y suspira en el letal ambiente!

Corona el sol la cresta del nublado; y sobre el dorso del molusco, flota, flota un reflejo de color bronceado.

Y de su concha ensangrentada y rota, cual de armónica trompa, abandonada, arranca el viento lastimera nota.

Tímida radiación de luz filtrada, luz! luz de crepúsculo en un cromo!, con una sola y débil pincelada pinta la playa del color del plomo.

Oh Tarde! eres piedad!

Tu dulce aliento calma y entibia el hálito de horno del caldeado arenal, siempre sediento!

¡Tu dulce claridad, ya de retorno hacia el píelago azul; huyendo al raso, deja en sombra la playa y el contorno!

Y á merced de la noche y del acaso, en la desierta inmensidad del cielo y las vagas tristezas del ocaso, las aves del festín sueltan su vuelo!

Dolor! que entre la noche de las penas, rudo y voraz, el corazón podrido de la cansada humanidad, cercenas:

Dolor! que como el cuervo renegrido consumes tu ración de fango hediondo y sueñas devorar tu propio nido:

Dolor! que de las almas en el fondo ocultas en la sombra tu recelo: Dolor! que vives siempre en lo más hondo.... ¡Tú jamás para huir tiendes el vuelo!

F. LAZO MARTI.

IDOLATRIA

Envuelto en palpitante meteoro, ceñido ya por la divina lumbre, Moisés bajaba de la excelsa cumbre con sublime ademán y alto decoro.

Pero, á la vista del menguado coro, con más indignación que pesadumbre, las tablas arrojó á la muchedumbre arrodillada ante el becerro de oro.

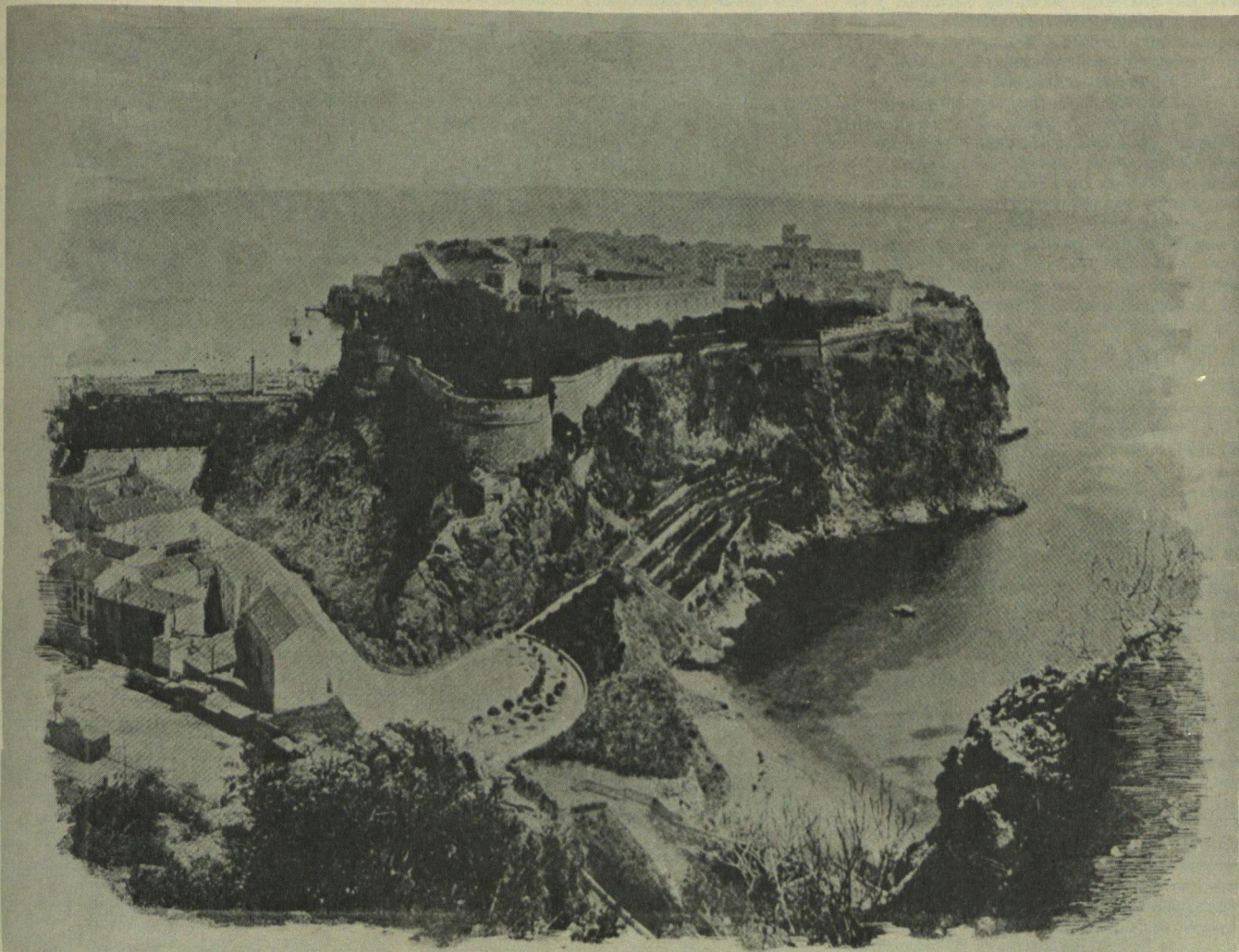
En sus brillantes pies, con golpe frío, saltó la hoja de piedra dividiendo la Ley de Dios en cláusulas ignotas.

Quiso unir las Jesús, y el pueblo impío muerte horrible le dio.....

Con grave estruendo pisa el becerro aún las tablas rotas!

JOSÉ DE DIEGO.

Puerto Rico.



MONACO: La ciudad y las rocas



Cara seria, corazón alegre

—
CUENTOS PUERTO-PLATEÑOS

—
(POR JOSÉ R. LÓPEZ)

—
La noche estaba lluviosa, desagradable, oscura. De fuera del rancho en que estaba la guardia del cantón no se oía más que el agudo canto de los grillos y el golpear

monótono de las gotas de lluvia sobre las pencas del platanal vecino. De cuando en cuando cortaban los cocuyos la masa de tinieblas con su luz fosforescente, como estrellas voladoras.

En el campamento había corrido la voz de que esa noche sería asaltado, y en espera del enemigo nadie dormía. Poco á poco fueron formando grupos cerca de la lamparilla humeante. Unos acostados, otros en cuclillas, cuales de pie, todos trataban de matar el tiempo haciendo á media voz reminiscencias de mejores días, ó refiriéndose los últimos sucesos chistosos, que abundaban entre aquella gente joven y dispuesta á alegres aventuras.

Junto á la puerta que daba al camino real cinco mozos formaban tertulia aparte, de pie, apoyados en los remingtons, ofreciendo contraste extraño, la esbeltez de las figuras y la gracia varonil de los semblantes con el traje abigarrado y maltrecho en que se habían convertido sus vestiduras, sufriendo los azares del campamento.

La conversación había decaído un poco, y uno de los interlocutores propuso que cada cual refriese con sinceridad su última aventura galante.

—Á ver, empieza tú,—le dijo al más joven.

No se hizo rogar el interpelado. Sacó picadura, la lió en un trozo de hoja de mazorca de maíz, encendió, y después de aspirar con fruición la primera bocanada, empezó así:

—Recuerdan ustedes la última vez que estuvimos en X? Entonces mi desgraciado fius no había sufrido aún los crueles deterioros

que le ha causado el servicio. Era un traje presentable, hasta elegante, sin más tacha que un par de agujerillos que le había abierto una bala. Podía dejarme ver sin que temiesen que iba á pedir una limosna, y pronto me relacioné con toda la juventud femenina que, dicho sea sin alabanza, no me acogió muy mal.....

—Ya lo creo —le dijo socarronamente el mayor.— Como que te escribieron más de quince declaraciones y cinco niñas pidieron en competencia tu mano.

—No tanto —rectificó él con jactancia.— No ocurrió nada de eso; pero convendrás conmigo en que en casa de las González se molestaban cuando no iba á tomar el café, y que una de las Pérez me ofreció con insistencia zurcirme los dos malditos agujeros de la bala.

—Las obras de misericordia nunca se abonan al haber amoroso —observó uno de los oyentes.

—Si me interrumpen no sigo—replicó algo amoscado el narrador.

—Pues continúa, Julio, que te oímos.

—Ni me acuerdo ya bien por donde iba... Ustedes son muy impertinentes. Decía que no me acogieron mal, y ahora verán. Trabé amistad con un joven del lugar, quien me presentó á su prometida, Antonia Trigo, y pronto noté que la muchacha me encontraba simpático y... no lo ocultaba mucho.

Cada vez que me miraba ó me estrechaba la mano lo hacía tan significativamente, que al fin salté por sobre todas las consideraciones que debía al nuevo amigo, y le declaré mi pasión á la muchacha.

Me animaba, por sobre todo, la circuns-

tancia de que era mucha su seriedad y su reserva, y ustedes saben lo que dice siempre el Comandante: "cara seria, corazón alegre."

Al principio me acogía con mucha dulzura..... Me estaba alentando sin soltar prendas, y yo asediándola, con el mayor respeto, á cumplimientos. A pesar de lo que dice el Comandante no me atreva á ninguna licencia, temeroso de que el más mínimo propasamiento la escandalizase.

Cuando la estrechaba (hablo metafóricamente, porque yo..... ni ésto.....) se contrariaba objetándome que sentía por mí la más sincera amistad; pero que de ahí no pasaba, porque el respeto que se debía á sí misma, á su novio..... á qué se yo que otras cosas, no se lo permitía. Y se acercaba á mí, y casi sentía su aliento sobre la mejilla, al decirme. Pero el maldito respeto me contenía, y me quedaba inmóvil como un tronco, pensando en la pureza de aquella niña, que en aras del deber sacrificaba sus simpatías.

Visitaban la casa, además del novio y yo, un mocito con cara de ardilla y un señor *al mezzo del cammin de nostra vita*, como dijo Dante, lleno de todas las trastiendas, mañas y excecismos aprendidos en treinta años largos que llevaba comiendo civilmente el pan del Estado. Maldito escorrión! Afortunadamente, sólo después he comprendido la malicia de ciertas sourisitas que se permitía al sorprenderme dirigiéndole á Antonia miradas de ovejo entristecido.

La asiduidad de esos dos caballeros, que creció en los días en que conocí á la joven, y la facilidad con que casualmente se encontraba sola Antonia con cada uno de ellos, alternativamente por supuesto, en el balcón ó en la antesala, empezaron á ariscarme, y resolví observarlos, ya que el novio, hombre flemático, no se ocupaba de eso. Los novios golosos son muy cómodos. Con tal de que la prometida sea puntual en guardarles confituras, se dan siempre por satisfechos.

Una noche, al entrar á la casa, oí rumor de conversación en voz baja. Cuando dos personas se hablan en voz baja, ó murmuran ó hablan de amor: eso es inmanejable. Puse en el mismo diapasón mis pasos. Me asomé en puntillas y..... Antonia y el mocito, cogidas las manos, estaban hablándose casi al oído. — "Bueno, me dije, quizá están murmurándose. Tonterías entre amigos..... Lo mejor es no notarlos." — Y volví sobre mis pasos sin hacer ruido; y así y avancé entonces taconeando. Antonia y el mocito estaban ya á distancia honesta, dándose noticias del próximo baile.

Quedé huraño, porque de todas maneras estaba mal hecho. Sí, Antonia se permitía tijeretearme con aquel miquito, ello denotaba alguna falsedad en su carácter. ¿Por qué, en todo caso, si era aficionada al pecadillo de la murmuración, no me escogía á mí por cómplice contra aquél? Indudablemente yo tenía mejor figura, y la quería con un amor absoluto é invariablemente respetuoso.

Continué observándola, porque ella exageraba cada día más el respeto á sí misma y á su novio, y á todo, cada vez que yo le hablaba de amor.

Una tardecita, ya oscureciendo, andaba yo por la plaza, cavilando alguna frase galante é ingeniosa con qué iniciar mi visita á Antonia, cuando ví entrar en casa de ésta á don Saturno, el maldito caballero de edad... limítrofe.

Me dio una corazonada. Ese perverso iba á algo malo. Lo seguí, y minutos después que él penetré yo también en la casa, con pisadas de gato, para que no me sintiesen.

En el balcón oí un ruido seco, uno de esos chasquidos que dan dentera cuando no se concurre á producirlos.

Algún atrevimiento de ese endiablado don Saturno!..... pensé, y seguí hacia la antesala.

Me quedé escandalizado. Furioso como un león, pude contemplar á Antonia, que en los brazos de don Saturno le devolvía el beso recibido de aquel sátiro viejo.

— ¿Y qué hiciste? ¿Qué dijiste? — le preguntaron en coro los cuatro compañeros.

El joven aspiró con delicia su cigarrillo, y arrojando contra la luz la bocanada de humo, respondió:

— La miré con soberano desprecio, y adoptando el gesto más trágico que encontré en mi repertorio, le dije: "Antonia! Mi debilidad puede arrastrarme á faltarle á un amigo; pero á tres, jamás! Puede usted considerar retiradas mis pretensiones!" En seguida dí media vuelta á la derecha y salí sin añadir palabra que diese á entender á la ingrata que lamentaba lo ocurrido.

Una carcajada acogió el final de la historia; pero de súbito se interrumpió el regocijo. Sonaron tiros en las avanzadas, y al momento respondió á ellos la estruendosa gritería del campamento asaltado: voces de mando, cornetas, tambores, y el estampido de las primeras descargas. Los del grupo se apresuraron á reunirse á su compañía, y Julio, con el remington en balanza, botó su cigarrillo, y mientras corría á vanguardia y cargaba el arma, murmuraba todavía. "Antonia, Antonia! Cara seria, corazón alegre!"

Desde la cumbre!

(POR FRANCISCO DE PAULA ALAMO)



A NOCHECÍA. Yo había trepado jadeante hasta el más elevado picacho y desde allí mis miradas abarcaban inmensa porción del mar y de la tierra.

La cordillera de montañas se extendía en sinuosas líneas, ascendiendo ó abatiéndose como la acerada canda de un dragón colosal, y se perdía en una lejanía azulada.

A mi frente, desplegóbase la anchurosa sábana marina de color de pizarra, con estrías violáceas y se confundía y esfumaba, hasta donde la vista alcanzaba, con la bóveda cerúlea.

El sol hería con sus mortecinos rayos una parte de la montaña, cuyas estribaciones se hundían en las aguas verdosas del litoral y su luz hacía resaltar los millares de quiebras de sus poderosos flancos.

A poco tiempo, densa niebla ocultóme el paisaje; sentí la caricia de su húmeda presencia y halléme aislado, palpando el vacío.

Cálmase el viento; presurosa huye la viajadora nube y contemplo á mis plantas, había tierra, un vasto mar de nieve de una blancura purísima.

Los vapores se han condensado á mil pies bajo mi atalaya y cubren en masas acolchonadas las cuencas de los valles, los collados, las colinas y lamen como las ondas de un *mer de glas* las empinadas cumbres!

El espectáculo es indescriptible; me siento maravillado: me rodea el infinito. Mis miradas no se posan sobre forma corpórea ninguna y me encuentro suspendido en el vacío, sobre las nubes blancas y lucientes.

Un instante más todo se modifica: el viento arremolina la superficie de los vapores superiores y les presta extrañas y monstruosas formas; y las figuras se suceden como en un kaleidoscopio; se agrupan, se funden y se desvanecen. El sol envía sus rayos horizontales: abajo todo está negro; la noche ha llegado para los habitantes de la campiña caraqueña. Arriba la luz se quiebra y el rojo, el gualda, el violáceo, el verde y el anaranjado de su magnífica paleta, se desfilen sobre el ápice y en las fimbrias de las nubes, sobre la faz severa y profundamen-

te triste del mar y sobre las eminencias de la cordillera!

Maravilloso espectáculo; gracioso por su sencillez, divino por los efectos de luces y de sombras en continuo juego, en cambios instantáneos, simulan las ilusiones festivas, graciosas, etéreas.

Cerró por fin la noche. Despidióse la luz hasta de las últimas y más elevadas cimas amigas y sucedióle la luz de la triste, la silenciosa y argentada Diana, hacia el oriente.

Una ráfaga de impetuoso viento helado se extendió á través de la montaña, agitando los achaparrados arbustos que me cercaban. Aromas de silvestres flores se esparcieron, algo así como el saludo de las flores de las campiñas inferiores á sus aisladas compañeras de los páramos y por un momento creí oír el misterioso cuchicheo de los silfos de la selva.

Cuando abandoné la cumbre, empezaban á despuntar por entre los copos de la niebla, las lucecillas de las villas y ciudades extendidas á las faldas del majestuoso Avila, que, como dice un escritor, "parece contemplar con aspecto amenazante las obras del hombre que reposan á sus pies."

Bustos áureos

BEAUMARCHAIS

(POR MIGUEL A. GARRIDO)



BN aquel relampagueo inusitadamente siniestro de los viejos rencores que iluminaron la conciencia soterrando el credo secular de la Bastilla, asomó Beaumarchais su perfil alejandrino, tocado de una sonrisa fugitiva que compendiaba en la apacible escarlata de su rictus el aticismo revolucionario de Aristófanes, y el sarcasmo sibilante de la vigorosa palabra de Voltaire.

Como un rayo de luz que descendiese hasta el fondo del humano estercolero de la vida sin macularse jamás, bajó su corazón plebeyo á los regios lodazales del Triánón; y fue alboroto señorial en los perfumados gabingtes, y aventura sigilosa en los infinitos pasillos de la Corte; é incesante ruido, epigrama latente, comentario diamantino, universalidad literaria impregnada de la eterna filosofía ginebrina, alma y encanto y tópicos en la etherea crítica del boulevard; salvando, empero, de una radical caída el prodigio de su vida vertiginosa, por la sutil clarividencia de su espíritu y la imperativa serenidad de sus grandes concepciones, ó de sus mundanales propósitos.

De glorioso relojero en el arroyo común subió por la eficacia de su personal intrepidez á monter del palacio de Versalles. Y en la implacable ironía de su sonrisa fugitiva, envió el decorado de los viejos blasones y la liturgia de los feudos opulentos de París, las monterías honorarias, los abigarrados ceremoniales palatinos y las veneras legendarias de los sagrados privilegios; en tanto que su numen flotaba por la cima apocalíptica de la revolución que se acercaba para redimir, en medio al deslumbramiento de las grandiosas fulguraciones democráticas, aquellos remotísimos pecados de la servidumbre humana.

Libelista ó prosador, poeta ó dramaturgo, revolucionario ó duelistas, zapador epidérmico ó estable *boulevardier*, pone en su palabra el incendio de una lógica impenetrable al peso de la cual se rinde la impudicia de los viejos lacayos, el sempiterno cocheo de los paniaquados del feudalismo decadente, las iracundas flagelaciones del corbeo y la empedernida avilantez de los vetustos mercaderes de la honra.

Y al bañarse en las impalpables armonías



LA FAMILIA LESSEPS

de la libre razón calvinista, y en las claridades inefables de la Enciclopedia triunfante, agita en lo profundo de su alma el ideal, se apellida *ciudadano* en la temeraria liza de un prócer inmortal; y con el filtro de esa palabra redentora, nueva en los oídos de la gleba, repleta de una cadencia misteriosa, símbolo de las inmensas tristezas de la humanidad avasallada por el trono secular de los déspotas, resumen en aquella hora portentosa de cuantos martirios padeció la conciencia y de cuantos cadalsos levantó la maldad ó el privilegio; se entra por el espíritu moderno diluyendo el dogma de las nuevas ideas en el sentido común del pueblo que le escucha, y levanta en las escenas de sus dramas la virtud irrecusable del derecho, para erguirse ante la posteridad reconocida mostrando en la diestra soberana el dardo merovingio de Quevedo, cual enseñanza de la eterna audacia de su obra, y en la faz gallarda, varonil y altiva,—como contraste poderoso—el irreprochable colorido de la piedad helénica de Sófoles.....

El simbolismo revolucionario de *El Barbero de Sevilla*, la audacia regional del *Matrimonio de Figaro*—realidades vivientes de aquel medio viciado por las dinastías cortesanas—atrajeron el regocijo de las risas primero, y el enardecimiento de las iras después, contribuyendo á caldear las opiniones populares que desató en coraje sin igual el Sinaí de la liberación francesa.

No fue, sin embargo, un precursor omnímodo, de talla gigantea á lo Voltaire ó á lo Rousseau; ni tuvo la tonante vibración de Mirabeau; ni el ascetismo de la honra individual como Turgot; fue en cambio la cristalización más llena de los iris del esparcimiento de una vida político-literaria que inscribía las fórmulas del debate, los apotegmas de la revolución, el delirio del Renacimiento, las majestuosas integridades de Calvino, en los pliegues armoniosos de la sátira elocuente y en los ritmos jugueteos del ameno clavicordio con que prestaba solaz á la extrema popularidad de su renombre.

Han pasado los tiempos, y el busto áureo del insigne dramaturgo, y polemista, y revolucionario—coadyuvador tesorero de la libertad americana—se alza resplandeciente de grandeza sobre la blanca tripode de la filosofía clásica, de la filosofía cristiana, de la filosofía germánica, cual enhiesto trofeo de la Democracia santificado por el verbo del Arte, y por la lira estupenda de la Revolución y del Progreso.

(Santo Domingo)

Mari-Salada

(POR PATROCINIO DE BIEDMA)

I

Menudita de cuerpo, de airosa cabeza, Lola, la cigarrera más graciosa que liaba pitillos en la fábrica de Cádiz, debía su apodo, si tal puede llamarse á un nombre que parecía *propio* para retratarla, á un capricho de la Naturaleza, más bien gracia que defecto, pero muy singular sin duda.

Sobre su cabello, retorcido con una sencillez

—No, eso no, le decía; te daré del otro.....

—Yo quiero ese ó ninguno.

—Pero es manía..... me quieres desfigurar la cabeza..... lo notará todo el mundo.

—¡Bah! ¡Mucho te importará á tí!.... Conque te pongas un nardo donde tienes el rizo, ¡cualquiera lo nota! ¡Sí ó nó? ¡Pronto!.....

—¡Qué terco eres! Te has empeñado.....

—Bueno, ya lo sé, y por lo mismo que soy terco no hay que hablar de ello..... O me regalas ese rizo de canas, que no quiero que se quede ahí para que lo vean otros ojos que los míos, ó adiós para siempre, porque no volveré á Cádiz.....

—¡Maldito testarudo!..... dijo medio llorando la muchacha; ven conmigo.....

II

—¿Por qué te tapas el rizo blanco? preguntaban las compañeras á Lola al ver que se colocaba sobre las sien izquierda, en el mismo lugar que ocupaba aquel copito de nieve, un ramo de pensamientos ó una rosa sostenida allí con rara tenacidad.

—Porque no me gusta ya.

—Pues antes bien lo lucías.

—Ahí tienes..... he cambiado de opinión.

—Mira que así no te llamarán Mari-Salada, y eso te gustaba también.

—Me llamarán *salada* á secas, y después Dios dirá.

—Di la verdad..... ¿te lo has cortado?

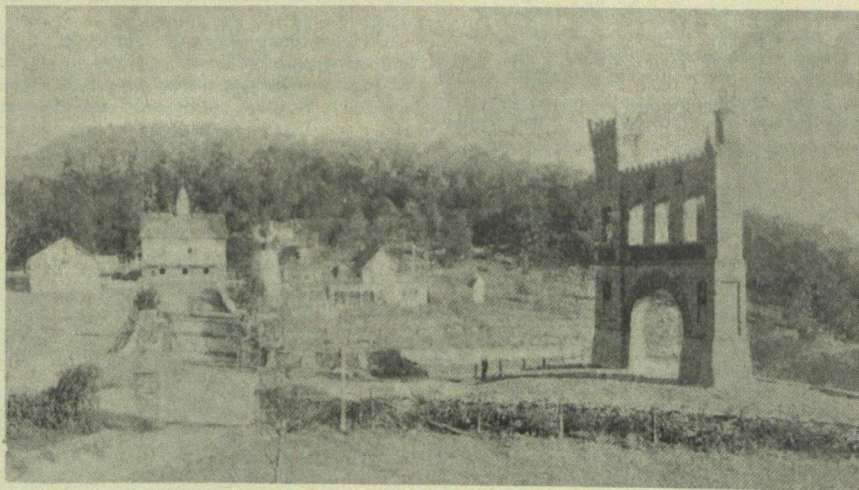
—¡Bah! ¿qué os importa?

—Para el marinero..... Si yo lo sé..... no lo niegues.

—Pues bien, sí; fue una promesa á la Virgen del Rosario.....; lo lleva en el escapulario que le dio su madre; es una reliquia, bien lo sabe Dios.

III

“Ha sido una cosa horrible, escribía algunos meses después el marinero: el barco saltó en pedazos; yo estaba sobre cubierta y me



Arco conmemorativo levantado en el sitio de la batalla de South Mountain, á la memoria de los corresponsales de la prensa americana.—(Guerra 1861—1865)

tan graciosa que no hubiera podido copiarla el arte más exquisito, se notaba una mancha, un lunar acaso, pero que se marcaba como una pincelada blanca sobre un fondo obscuro, como un reflejo de luna sobre la nube negra y sombría.

Ese mechón de canas en una cabeza juvenil hacía un efecto extraño y daba á la muchacha un sello de originalidad.

Ella se reía al fetoer en un rizo aparte aquellos hilos blancos que la adornaban como una flor, y se acostumbraba á las bromas que con este motivo recibía.

Sin duda hablaba de esto con un bravo marinero, alto, fornido, con el tostado cuello desnudo, que se disponía á embarcarse en un buque de guerra que debía zarpar con rumbo á la isla de Cuba algunas horas después.

sentí arrastrado por una gran fuerza..... después no sentí nada: una terrible frialdad, la angustia de la muerte... Cuando abrí los ojos estaba en la litera de un buque desconocido, que me había salvado recogíendome como un triste despojo del naufragio, producido por la más villana de las traiciones, por la explosión de la dinamita..... Estaba solo..... desnudo..... lo había perdido todo..... todo, menos el escapulario que llevo al cuello, en el cual persiste el rizo blanco de tu pelo para que me librase de mal.....; Me ha librado, y por él vivo!.... Pero el pelo ya no está blanco..... ya no parecería en tu cabeza un copito de espuma de la mar ó una mariposilla de las flores con que te adornas; parecería más bien un clavel marisalado, pues salpicado con las gotas de mi sangre, se ha pintado de rojo.”

Gritos por la ventana

(POR GUSTAVO GEFFROY)

Son las doce de un día de verano. Ha pasado la hora del bullicio, y el silencio se extiende por la tortuosa y empinada calle del arrabal, donde no se oye más ruido que el de las campanas cuyas sonoras vibraciones se pierden en el espacio desde la elevada torre de la iglesia, que en ese momento como en toda ocasión interviene en nuestra vida y nos recuerda con su voz de bronce la inmortalidad de nuestros destinos. Es la hora de la oración, del almuerzo y de la siesta. Allá lejos, bajo el sereno azul del cielo, se divisan los campos casi desiertos, donde la vista apenas descubre un grupo de segadores y un rebaño de vacas, y de carneros, moviéndose tranquilamente sobre el caldeado suelo de la llanura. Entreamos los ojos y miro las grandes casas aglomeradas, los cuartos que se asemejan á colmenas, y las ventanas de los últimos pisos adornadas de fuscias en racimo y de rojos geranios. En el patio solitario que diviso desde mi ventana la vida no está representada sino por un perro bermejo dormido á la sombra, y un gato gris que asecha desde una acacia el brinco de los gorriones y el rápido vuelo de las golondrinas.

*

El patio vecino, separado por un muro de hiedra, es pequeño, angosto y profundo como un pozo. De una ventana exornada con potes de flores y plantas trepadoras, sale un ruido de platos y vasos movidos por una mano nerviosa; palabras de niño que gorjean cual pajarillos esperando la comida, y una voz femenina, apacible y un poco lastimera, semejante á la de la *Duse* en *Caballería Rusticana*: voz suave y apasionada que me hace inclinar fuera del balcón con el objeto de vislumbrar siquiera una línea, la silueta de aquel rostro oculto en el negro misterio de lejos entrevisto.

La conversación de la madre y de los niños continúa por largo rato apacible y tierna; luego, bruscamente, una puerta se abre y cierra; se deja sentir el fuerte paso de un hombre que penetra en la pieza; callan las voces de la mujer y de los chicos y sólo se oye el rumor de sillas removidas y el retintín de las cucharas sobre los platos. Parece que se come; y sin embargo no hay allí el gozo, el bullicio, la animación, el contento que señala en las casas de familia la hora de la mesa: es de creer que el mal humor ha entrado con aquel hombre. De repente la voz de éste se levanta amenazadora, al mismo tiempo que un pufetazo es dado sobre la mesa y una blasfemia sale por la ventana, se eleva en el aire y va á reunirse con el ruido monótono é indiferente de las campanas. El hombre sé queja con asombro de que no le pongan más que sopa para reponer las fuerzas perdidas durante seis horas de penoso trabajo.

*

Está furioso, brutal, y al mismo tiempo un poco embarazado. Grita muy fuerte, pero se distingue en el timbre de su voz una especie de temerosa violencia. Apostaría á que habla sin mover la nariz del plato; y espera ser rebatido, rechazado de firme por una comadre que no tiene frío en los ojos ni pelos en la lengua. La respuesta en efecto no se hace esperar. Entre el estruendo de los platos arrebatados y apilados con cólera, la mujer pronuncia su requisitoria, bien establecida, bien completa. Saca sus cuentas y hace saber á su hombre que no puede ofrecerle más con lo poco que él trae para la semana. Hoy es lunes—dice. El sábado tuve que pagar al panadero, al carnicero, al especiero y al vendedor de legumbres; y no me restan sino cinco francos para pasar cinco días, hasta el sábado próximo. No empleo nada para mí á pesar de encontrarme sin vestido y sin zapatos. Todo el año lo paso tras el mostrador

y lo poco que gano lo gasto en los niños, pues no quiero que anden desaseados mientras tu te arrastras de taberna en taberna: tú y ellos consumís lo que se gana y yo sufro resignada mi suerte. ¿Qué quieres que haga? Si deseas buena comida, tráela; y puesto que yo no me quejo, cállate, ¿estás? El hombre no deja de hablar, ensaya de nuevo el ataque y la defensa, alega su trabajo vomitando injurias, y recibe de la mujer una nueva é impetuosa carga.

*

No me hables de tu trabajo, replica indignada, pues jamás te refero mis penas. No trabajas diariamente y gastas y bebes ajeno todas las tardes, mientras tus hijos se crían anémicos por la mala alimentación; mira cuán flacos y pálidos están.

El hombre contesta todavía pero en un tono que se hace más bajo á proporción que la voz de la mujer retumbando en el estrecho recinto de la pieza, se eleva y sale fuera por aquella ventana abierta al silencio y calor del mediodía, que narra en pocos momentos toda una vida de miserias, decepciones, sufrimientos y disputas. Casada muy joven, creyendo en mil promesas de felicidad, vegeta desde entonces en el triste cuarto obstruido por el cominillo, esperando durante largas horas la vuelta de aquel hombre, que pasa su vida en los garitos, arrastrado por compañeros gandules y bebidos. Está hecho un bote de vino, una esponja de alcohol, y en lugar de atender á sus chicos, galantea á las hijas del *boulevard* y gasta el dinero en juegos y francachelas. El desgraciado ensaya detener la avalancha de recriminaciones; tiembla de vergüenza ante los rasgos de aquella biografía que le han arrojado al rostro en pleno meridiano; se humilla, creyendo aplacar la cólera de su esposa, que justamente indignada le reprocha la desgracia de su suerte y la pérdida de sus ilusiones. Si tú tienes bastante—concluye ella—yo tengo demasiado. Puedes tomar la puerta y dejarme sola con mis hijos: me encargo de ellos, pues no tengo necesidad de tí, borracho, bribón....

Es ella ahora quien le injuria de tal suerte que el hombre no se atreve á decir una palabra. Oigo que se levanta, anda, abre la puerta, desciende la escalera, atraviesa lentamente el patio y pasa bajo la ventana donde llueven en abundancia las palabras malsonantes. Ha partido. La mujer se apacigua lentamente, abraza á los niños y recobra las fuerzas para la escena de la tarde.

Cuentos cortos

LAS PERLAS DE MARGARITA

(POR JOAQUIN SALBOCH)

Todos convenían en que los regalos de la novia eran magníficos.

Abanicos, sombrillas, cajitas preciosas, estuches, joyas, bibelots, gasas, cintas, todo, todo era de gusto exquisito.

Las damas admiraban, envidiosas, las joyas cuajadas de pedrería.

Pero lo que más llamaba la atención era un soberbio collar compuesto de ocho hilos de perlas gemelas de purísimo oriente, al cual servía de broche una enorme perla negra.

—De fijo que será regalo de Almirante, exclamó el Barón de Saint-Pierre.

—Ha acertado. Ud., contestó la novia, que estaba radiante de hermosura y felicidad.

—No se necesita ser brujo para acertarlo, repuso el barón, porque el Almirante tiene la deliciosa manía de obsequiar á todas las novias con un collar de perlas.

—Aquí le tenemos ya, continuó la novia; señor Almirante! . . . Estamos murmurando de usted.

—Pues no me han zumbado los oídos.

—Es que el zumbido de las balas le ha debido debilitar . . .

—Estás además de muy bella muy galante,

dijo el viejo marino á la novia. Vamos á ver, ¿qué murmurábais? . . .

—Pues comentábamos sencillamente la costumbre que Ud. tiene de regalar perlas á las novias, y deseábamos saber . . .

—Mujer habías de ser; pero en fin, hoy no puedo negarte nada, voy á contar . . .

Todos se acercaron, damas y caballeros, al viejo general, y éste empezó su relato en estos ó parecidos términos:

“Era yo alférez de navío y navegaba á bordo de la *Ondina*, hermosa fragata con quince cañones por banda.

Después de visitar varios puertos de la América del Sur, fondeamos en la isla *Margarita*, perteneciente á la república de Venezuela, célebre por su magnífica pesquera de perlas.

Altos y torcidos cocoteros, cuyas copas semejaban paraguas gigantes, rodeaban aquel pintoresco á la par que triste pedacito de tierra ceñido por la nevada espuma de las olas del mar de las Antillas.

Salté á tierra, recorrí algunos senderos tortuosos y solitarios á manera de calles; se me antojaba que estaba visitando un cementerio encantador.

Al torcer una esquina cambió por completo la decoración: se presentó ante mis ojos una playa circular erizada de enormes rocas de un color verde oscuro, á través de las cuales se extendía un camino que daba acceso á una ermita, azotada constantemente por la mar bravía.

Un gentío inmenso con hachas encendidas seguía aquella angosta senda.

—¿Qué procesión es esa, buen amigo? pregunté á un indio anciano que estaba de cuclillas en el quicio de una puerta.

—Se conoce que el señor es extranjero, me contestó, pues no sabe que hoy es el aniversario de los *amantes*.

Después de haberle dicho quién era y de rogarle me explicara el motivo de aquel acto solemne, el complaciente indígena me contó la siguiente tristísima historia, que me hizo derramar algunas lágrimas.”

Calló un momento el Almirante; el curioso auditorio cerró más el círculo, y el marino dio principio al relato del indio, de esta manera:

“Yo no los alcancé; pero mi abuelo me aseguró varias veces que el suyo los había conocido: se llamaban Juan y María.

El era todo un buen mozo, valiente y honrado; ella era la muchacha más graciosa de la isla, esbelta y más buena que el pan y más pura que el agua. Cuando iban juntos parecían el sol y la luna; se querían entrañablemente y todo el pueblo los quería también, porque eran muy buenos.

Estaban para casarse; y un día, se les ocurrió como lo hacían siempre que la mar estaba mansa, dar un paseo en bote.

Se alejaron bastante de la orilla sin saber cómo, hablando sin duda de sus amores y sus proyectos de boda.

María iba cantando con su voz de ángel, y Juan, fascinado y contemplando absorto el rostro angelical de su prometida, soltó sin darse cuenta los remos, que el mar traidor, que ya había empezado á picarse, arrastró consigo sigilosamente.

Se había levantado un vientecillo fresco y salado; las sombras de la noche empezaban á velar el horizonte; el vaivén de la barquilla se iba acentuando cada vez más; María seguía cantando, y Juan, embelesado, continuaba admirando los encantos de su novia.

De pronto calló la doncella; las ondas sonoras habían llevado á sus oídos los ecos de la campana de la iglesia; era el toque de la queda.

María lanzó un grito agudo.

—Por Dios, Juan, boga á prisa, que nos sorprenden la noche, dijo.

El loco de San Pedro

(POR JEAN BERTHEROY)



IGLESIA DE SANTA ROSA — Carúpano. — (Fotografía de Avril)

Después de algunos meses, un hombre de andar extraño, desconocido á todos los que frecuentaban la Basílica, había en cierto modo establecido su domicilio en San Pedro de Roma. No que él procediese allí á ninguna de las ocupaciones materiales en las cuales la familiar intimidad de los italianos con la Divinidad se complace, en el seno mismo de las iglesias. No se le veía ni comer, ni trabajar, ni dormir entre los enormes pilares del Domo Bramante; pero desde la aurora él esperaba en el peristilo que se abriesen las puertas, como alguno que, entrando en su propia casa se asombra de no tener inmediatamente acceso á ella. Desde que él conseguía introducirse atravesando el espeso tabique; desde que él sentía sobre su frente la majestad inconmensurable de los dombos, se prosternaba en las losas, pronto á exhalar su oración.

Este hombre era á no dudarlo un místico. En el glorioso templo donde el Arte, acumulando sus obras maestras, disputa á Dios la adoración de los fieles, él parece que es, en realidad, el único que ruega. Y su oración comenzada con la aurora, prosigue al través de la inmensidad del edificio, hasta la hora en que se cierran las puertas. El pasea su oración de capilla en capilla, de altar en altar, con genuflexiones reiteradas, saluciones profundas, temblores de fervor. Sus pupilas nadaban en uno como éxtasis, al punto de no permitir que se viese de los ojos sino el globo blanco y luminoso; tal el Cristo enigmático de Alberto Durero, cuyos ojos parecen estar cerrados, en la inmovilidad de la visión celeste.

Ciertamente este hombre extraordinario debía de ser víctima de una preocupación que lo hacía indiferente á todas las cosas exteriores. Cuando él se levantaba de las losas para llevar un poco más adelante su invocación, iba con la cabeza inclinada, las manos juntas, como un fiel que, concluida la comunión, abandona la santa mesa; así marchaba, y el día debía ser demasiado corto para todas las estaciones de su perpetua peregrinación.

En lo físico era un hombre todavía joven, decentemente abotonada la levita color

El mozo no contestó; la palidez de la muerte cubrió su rostro; parecía que sus ojos querían saltar de sus órbitas.

—Boga!—repitió la muchacha, boga, Juan! Pero ¿qué te pasa? . . .

—¡Estamos perdidos, María! El mar me ha arrebatado los remos! ¿Cómo bogar, Dios mío! . . .

La noche seguía extendiendo su negro manto, el viento iba arreciando cada vez más y las olas empujaban despiadadamente la débil nave.

La pobre muchacha comprendió que estaban perdidos y rompió á llorar amargamente; él de hinojos ante ella lloraba también y tal fue el llanto de ambos que exhalaban el último suspiro, y sus ardientes y puras lágrimas descendieron hasta el fondo del mar, y allí la Virgen, de quien ellos eran muy devotos, las solidificó y convirtió en perlas, y desde entonces data esta famosa pesquera, que nunca se agotará, porque fueron infinitas y puras las lágrimas que vertieron.

Hoy es el aniversario de su triste muerte; mañana se abre la pesca de perlas, y el pueblo va hoy á depositar sus ofrendas al sitio donde los amantes están enterrados (que fue adonde la mar los arrojó al día siguiente de aquel desastre), para que las conchas que recojan no estén vacías."

El indio calló, y como ya hacía rato que la campana de la *Ondina* nos llamaba, me despedí de él y me fui á bordo.—Pasé mala noche pensando en la tradición que me acababan de referir.

Vientos contrarios no nos permitieron levar anclas en varios días, y me alegré porque así no sólo tuve ocasión de asistir á la pesca de perlas, cuyos detalles os referiré otro día, sino que adquirí también buen número de aquellas hermosas lágrimas á muy bajo precio.

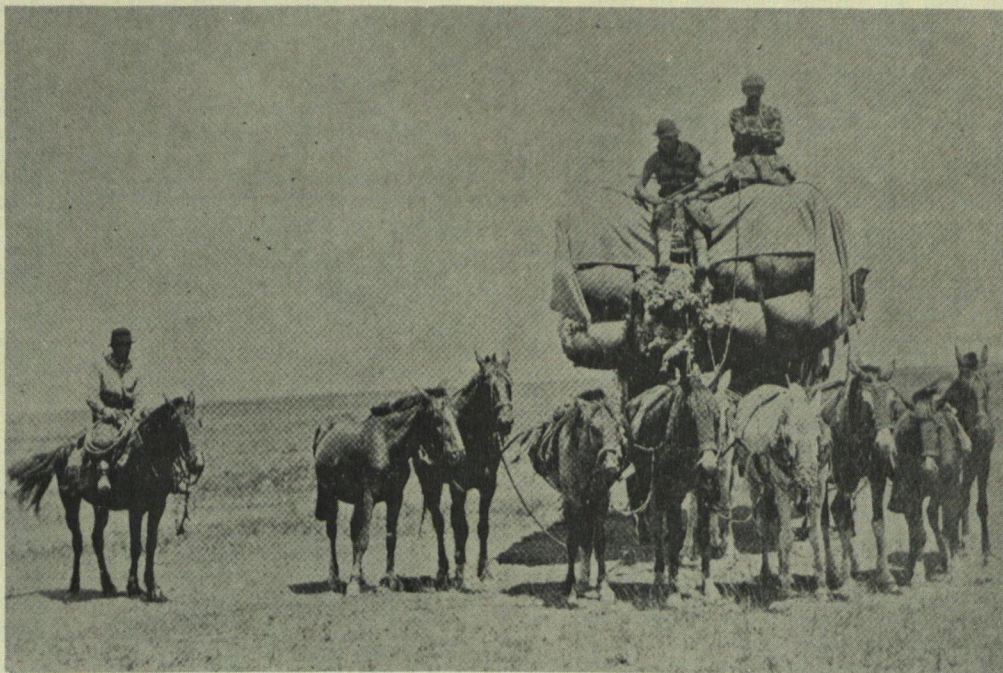
Todos los días cuando los nau-

cleros llegaban á la playa con sus botes llenos de conchas para subastarlas, pujaba hasta quedarme con un millar de ellas, que mi amigo, el indio, me abría con gran destreza. Tuve suerte, y además de muchos callos, encontré un centenar de lindas perlas.

Mi buen indio, á quien gratifiqué largamente, quedó por mí encargado de remitirme todos los años cien perlas de las de mejor oriente. Así lo hizo durante seis años.

Ya sabéis el origen de las perlas de Margarita, y por qué he regalado hasta hoy á las niñas puras y amigas mías que se casan, un collar de lágrimas: he querido honrar la memoria de los amantes.

San Sebastián: (España) Septiembre de 1897.



REPUBLICA ARGENTINA. — En las pampas

de yerba seca; una larga barba, en un rojo ardiente, parecía una llama sobre su pecho; su fisonomía como iluminada; su frente, blanca y pura, sin arrugas,—una frente de filósofo estoico que parecía imposible en este cuerpo atormentado y torcido por alguna violenta pasión interior.

* * *

Como nunca habló á nadie, las leyendas comenzaron á flotar al rededor de él. Los custodios, al guiar á los extranjeros entre los esplendores de la Basílica, dejaban su pícaro imaginación latina bordar sobre este tema las más locas quimeras.

Para unos era un príncipe de sangre real á quien el amor hacía una pobre muchacha romana,—florera, vendedora de camelias y violetas por las calles,—había arrancado á los fastos de la corte; pero la muchacha, después de haberse dejado amar durante algún tiempo, huyó con otro, llevándose alma y juicio del pobre príncipe.

Según muchos una catástrofe financiera había devorado la fortuna de este hombre que, millonario antes, estaba reducido ahora á alimentarse con higos secos y agua clara. Si no mendigaba era por orgullo; pero se le había observado alguna vez apretarse las manos contra el pecho, en las crispaturas del hambre. Otros contaban que habiendo este hombre desde su juventud conocido la maldad de las gentes, se había apartado de todos para vivir en la soledad. Y hé ahí por qué se le veía errar solo, como al Tasso, con la sonrisa misteriosa de aquellos á quien su propia interlocución consuela.

Para varios era un gran pecador que, reconciliado con Dios, se santificaba todo el día en la penitencia. Para todos era una especie de demente, un ser doloroso é inofensivo, el loco de San Pedro.

No embargante el hombre, sin cuidarse de las miradas ó de las palabras, continuaba su diaria visita á las sesenta y dos capillas;—y por entre las columnas, en medio de los mármoles y los mosaicos, iba él discretamente, á pasos furtivos y apresurados, como un enamorado que temiera retardarse ó ser sorprendido.

* * *

Un domingo de Ramos el peregrino silencioso habló. La Basílica, llena por la multitud vibrante de los días de fiesta, palpitaba en medio de murmullos confusos, batir de abanicos sobre frentes cubiertas de mantillas, y cantos exasperados, quejumbrosos, dolientes de Palestina.

El hombre extraordinario después que hubo concluido su oración en la solitaria capilla de la columna, se sentó sobre las losas, la espalda vuelta hacia la tumba de los tres papas León; él esperaba que la ceremonia concluyese para ir por entre las naves desiertas hacia donde su deseo lo solicitara.

Un diácono pasó; él lo llamó con un gesto. —Sabéis—le preguntó—cuando podré juntarme á ella.

Y como el diácono, sin entender la menor palabra, titubase en responderle, él lo forzó á sentarse un momento para que lo escuchase.

—Oid—le dijo—os voy á contar por qué estoy aquí: es que ella me ha precedido; ella tiene por domicilio esta iglesia. Yo para verla todos los días he abandonado mi familia y mi país. En este momento ella debe de esperarme en la *Novicella*; pero la multitud que nos circunda me impide ir hasta ella. Se sonrió resignadamente y dijo con apacibilidad:

—Es necesario que sepáis como estoy enamorado de mi alma. Ella es tan linda que ninguno de los ángeles de Dios se le parece; el mismo Nuestro Señor Jesucristo—aquí se persinó—ha muerto para abrirle las puertas del cielo. Cuando niño ya presentía yo las delicias que ella me reservaba, y á medida

que yo iba creciendo veía también crecer en mí esta belleza sorprendente de mi alma. Yo cuidaba mi alma como una flor única y preciosa; yo separaba de ella todo lo que hubiese podido dañarla; yo la rociaba con bendiciones y gracias. Pero yo estaba celoso; no quería que nadie la conociera; evitaba hasta la compañía de los jóvenes de mi edad, á fin de que nadie pudiese sospechar el inapreciable tesoro que yo poseía.

Aquí la voz del hombre se turbó y de sus ojos, inclinados al suelo, una lágrima se deslizo lentamente:

—Un día—continuó—estaba yo sentado delante de mi puerta; había regocijos públicos en la ciudad de Fiesola, donde nací, pero yo no había querido pasear por entre las distracciones mi alma, demasiado recogida, demasiado inmaculada para gustar de las vanidades. De repente una mujer desembocó cantando, y al pasar junto á mí, me puso un beso entre los labios.

El loco se levantó; y hablaba con una voz como ahogada por el dolor.

—Entonces, gimió—yo sentí mi cuerpo de pronto sacudido por un temblor, y alguna cosa se volaba de dentro de mí. Cuando yo quise de nuevo hablar á mi alma ella no me respondió,—me había dejado, sí, dejado. ¿Donde pudiera estar? Inmediatamente me puse en camino para buscarla. Ella amaba la paz de los claustros, la soledad de las mansiones de Dios, y yo la busqué por doquiera, vi una cruz encima de un edificio, y de todas partes se me despidió con alzamientos de hombros. Aquí la he encontrado. Pero ella es caprichosa y sutil; tan pronto se cierne por encima del altar de la Transfiguración, como baja hasta la confesión de los santos apóstoles.

A menudo debo suplicarla mucho tiempo, llamarla varias veces, saludarla con todo mi amor, antes que ella se digne descender hasta mí.

—¿Sonreís? Es que no podéis saber cuánto es bella. Es blanca, luminosa, diamantina. Mis ojos se turban al contemplarla, y mi lengua se seca en mi boca repitiendo las palabras ardientes que le dirijo.

* * *

La ceremonia había concluido, y la iglesia se despejaba rápidamente. Entonces como si nada hubiera dicho el pobre loco enamorado de su alma alargó sus manos juntas, inclinó la cabeza, y con paso igual y furtivo se fué á prosternar de nuevo delante del hipotético objeto de su adoración.

Mentiras

SOBRE UNA TUMBA

[POR ANICETO VALDIVIA]

En el horizonte, donde flotaba una púpura sombría y donde el Astro, cansadísimo, desaparecía entre nubes de color lodo, las nieves se teñían de un rosa siniestro.

Y el árbol del jardín parecía un patíbulo enorme !.....

Sí, me sedujo usted, señora, con el brillo artificial de su tez robado á no sé qué engañadora amalgama; con sus dos grandes ojos sugestivos, color de cielo—uno era una mentira de porcelana;—con sus dientes postizos de un esmalte sin igual; con su cuerpo que el blanco de verbena palideció y sus cabellos, vibrantes como reflejos del astro-rey, cabellos que por una alquimia cuyo secreto no he conocido, fueron cambiados de plata en oro filosofal !.....

Sí, me sedujo usted, buena amiga, como seduce una Mentira deslumbradora y triunfal.

En el horizonte, donde flotaba una púpura sombría y donde el Astro, cansadísimo, desaparecía entre nubes de color lodo, las nieves se teñían de un rosa siniestro.

Y el árbol del jardín parecía un patíbulo enorme !.....

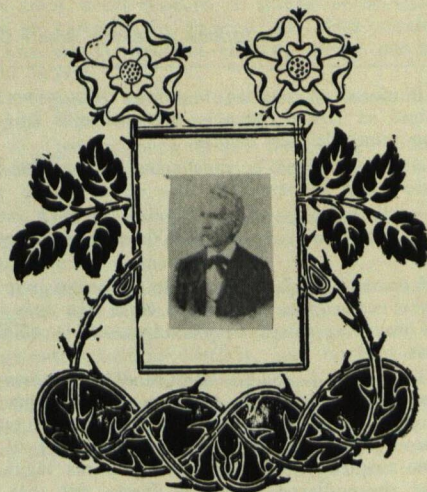
Ah ! en tus flacos brazos, en tus senos lacios de vieja cortesana he sabido ¡ ay ! gustar voluptuosidades sutilísimas y locas. Yo, sin que lo supieras, he poseído todos tus abriles !.....

Mientras llorabas el plomo de tus años yo bebaba la Virgen que antes fuiste y revolcándome entre las gracias anticuadas y la miseria hipócrita de tu cuerpo antes bello, fuí el peregrino errante entre minas que arrojando su juventud á la muerte de los pilares revive dichoso y solo, los libertinos esplendores y los lujos regios de los siglos muertos y olvidados !

En el horizonte, donde flotaba una púpura sombría y donde el Astro, cansadísimo, desaparecía entre nubes color de lodo, las nieves se teñían de un rosa siniestro.

Y el árbol del jardín parecía un patíbulo enorme !.....

(Cuba.)



MI PÉSAME

Al señor don Manuel Fombona Palacio, en la muerte de su padre el señor

EVARISTO FOMBONA

En vano en torno mío
Tiendo la vista ansioso tras la lumbre
Del claro sol que con festivo canto
Saludé con placer, antes que el frío
Invierno en pesadumbre
Trocara todo cuanto
De la edad juvenil era atavío;
Y si á volver los ojos
Aspira mi deseo,
Absorto y con espanto,
Tan sólo tumbas veo
Marcando cada paso del camino,
Sin que jamás atienda
Al ruego de mi voz, sordo, el destino,

Y es larga ya la senda,
Y de silencio y soledad cercada
Se van en la corriente de la vida
Cuantos amé, de la común jornada
En la áspera subida;
Y sigo triste y solo,
Nublada el alma en fúnebre presagio,
Sobre mar de onda airada y ya desierto,
En medio á los despojos del naufragio
Hacia el tranquilo y suspirado puerto.
Y más que ayer, ahora
Al adiós que me dan los que se alejan,
Es más aterradora
La soledad siniestra en que me dejan;

Pues aunque el árbol por el rayo herido,
Que deshojó el otoño,
Al sol de primavera,
Sobre el rugoso tronco carcomido
Mira asomarse alegre algún retoño,
Jamás recobra su beldad primera.

Y si un afecto nuevo,
Como el que á tí me ha unido,
A cultivar me atrevo,
Es como herencia de otro ya perdido,
Por que lo ataron, con estrecho nudo
A la existencia mía,
Los mismos sueños, el amor al arte,
La amable poesía,
Que fueron siempre en el combate rudo
Contra los dardos de la suerte impía
De la dulce amistad guarda y escudo.

Si aquél, por cuya ausencia tristes velos
Cifre fiero el dolor sobre tu frente,
En el hogar su cuna
Meció de nuestros ínclitos abuelos,
Que glorias de la pluma y de la espada
En inmortales páginas aduna,
Al férvido incentivo
Que al alma soñadora inquieta y mueve,
Por el instable azar de la fortuna
Y del amor cautivo,
La dicha halló bajo los limpios cielos
De esta patria adorada,
Que pródiga en favores
El vio con tal cariño,
Que iguales fueron para su alma honrada
La inolvidable en que jugó de niño
Y la en que amor le coronó de flores.

Espíritu que amó cuanto era bello
En el arte, en la vida, en la esperanza,
Persiguió siempre el fúlgido destello
Que entre la densa bruma
Del porvenir el hombre á ver alcanza;
Porque el vibrante anhelo
Que mueve audaz la pluma,
Hace cantar la lira
Y da brillo de luz á la palabra,
Sólo muy lejos mira,
En los campos del bien que activo labra,
Convertirse en campañas los eriales,
Y alzarse victorioso
En ignoto horizonte
El astro de sus bellos ideales.

Mas, no todo pasó; que cuanto había
De luz en él, con brillo más intenso
En tí ya se refleja;
Pues sus alas te da la fantasía,
Y su poder inmenso
El alto numen que á los genios guía,
Con fulgurante lumbre
De artes y ciencias á la augusta cumbre;
Y guardas el tesoro,
Con raro amor y cariñoso celo,
De los preclaros vates que en el cielo
Del gran siglo de oro,
Lucieron como mágicas estrellas,
Tan fúlgidas y bellas,
Que su luz busca el arte
Por inspirarse y complacerse en ellas.

Quando al laúd á veces
Arranco tiernas, lánguidas canciones
Con las que al arte mi afición demuestro,
En tí hallé siempre generoso aplauso,
Consejos y lecciones,
Amigo alentador, sabio maestro,

Y ya que al ceño aciago
De la fortuna, mi enemiga, apenas
Con doloridas notas
Sagradas deudas del cariño pago,
Aunque son para mí dulces cadenas;
A tí mis versos van, como mensaje
Que la amistad te envía,
Pues nunca ha sido al infortunio extraña,
A decir á tu alma, que la mía
En tu duelo profundo te acompaña.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

CRONICA CIENTIFICA

El pie de las chinas.—Ventajas del uso de la leche esterilizada.—Las sociedades de socorros mutuos como fuente de estadística en Francia.—Peligros de la antipirina.—La Escuela Braille.

Conocéis, lector discreto, lo que los lentos y taciturnos habitantes del Celeste Imperio apellidan con amorosa complacencia, el *Lys dorado*, eterna curiosidad del europeo?

Del conocimiento en que vendréis de esta secular maravilla, á poco de leer estos renglones, habréis de convenir en que decididamente el amor es fetiquista.

Si es la belleza, la maga prodigiosa que despierta con sus encantos el sentimiento del amor, manifiesto ó latente en el fondo de todos los organismos, como ley de vida, como influjo creador, la variedad misma del criterio estético en los diversos medios humanos va pidiendo á esa maga prodigiosa, toques nuevos y diversos de su varilla encantada que prendan la chispa creadora en la intimidad de sus organismos varios.

No ofrezcáis al habitador de las selvas africanas, como arquetipo de belleza, la Venus griega porque el contorno resultaría por lo menos, pobre de carne, escaso de materia; dadle su Venus hotentote, de gluteos exuberantes y robustos.

Esto en el conjunto plástico, en la armonía general de las líneas. Detallando la imagen, descomponiendo en sus varios elementos el objeto que despertó la sensación en el individuo, en el pueblo, en la raza, obsérvese que son tan varios los modos de producirse, al influjo de las manifestaciones externas, el mismo sentimiento, que hay que convenir en que la tendencia afectiva del sér es un instinto ciego, brutal; tan ciego y brutal que para objetivarse no sólo no necesita ser consciente, sino que llega á alterar las leyes mismas de la naturaleza.

El pie de las chinas podría servir de apoyo á este orden de ideas.

Vano empeño sería investigar la secularización de esta costumbre de los chinos de mutilar los pies de las mujeres.

Lo que es chocante, repugnante, porque se trata de una deformación, de una monstruosidad, viene á ser para ellos la más alta expresión, la nota más refinada de la belleza femenina.

A la edad de cuatro ó cinco años se empieza á someter el pie á la acción de procedimientos mecánicos, que á la larga producirán la deformación deseada, el *Lys dorado*, tesoro y encanto de los hombres de colete.

Esta deformación se obtiene á favor de vendajes más y más comprimidos, que imprimen al órgano en cuestión un doble movimiento: de flexión antero-posterior sobre sí mismo y al mismo tiempo de rotación, alrededor del primer metatarsiano, de los cuatro últimos dedos.

El primero de estos dos movimientos, el de flexión antero-posterior, divide el pie en dos partes, una anterior formada por los dedos y otra posterior que comprende el calcáneo. Además de esta deformación existe también la lujación del escafoides, que puede ser tan pronunciada que la piel se ulcере en este punto por la eminencia exagerada de este hueso.

Tomando como tipo el pie de una joven de veinte años, encontramos: que su longitud es de 17 centímetros, su peso de 400 gramos y su forma ó aspecto el siguiente: por su cara externa un triángulo rectángulo, cuya hipotenusa, formada por el dorso del pie, presenta una eminencia debida á la lujación que ha sufrido el escafoides; el borde inferior, en el tercio de su extensión, á partir del talón, presenta un surco profundo debido á la flexión forzada del órgano sobre sí mismo y la planta, ó cara inferior

deja ver la disposición especial de los dedos, aplicados contra el suelo por sus caras dorsales.

A excepción de la uña del segundo dedo, que tiene aspecto de garra, todas las demás son débiles, delgadas, atrofiadas.

Fácilmente se comprende por lo dicho que sólo á precio de crueles dolores es que se alcanza esta singular disposición del pie; y sin embargo, aun después de adquirirla no han terminado los sufrimientos de las chinas, porque para poder caminar necesitan llevar constantemente vendado el pie, y aun así la más corta carrera se hace imposible.

El pie, así deformado, se atrofia y esta atrofia se extiende hasta la pierna, de tal modo que queda al fin reducida al estado de esqueleto.

Todas estas anomalías del aparato de locomoción imprimen al andar de las chinas un sello especial, debido á la necesidad en que se ven de guardar un equilibrio casi imposible, obtenido á favor de un calzado especial, adoptado á la forma del pie y que lleva un pequeño talón artificial, único punto de apoyo del cuerpo, pues la extremidad de él no toca nunca el suelo.

Esta dificultad en la marcha imprime actitudes especiales á los movimientos de todo el cuerpo. En efecto, las chinas caminan con los brazos ligeramente separados del dorso, valiéndose de ellos, en esta posición, como de una balanza; llevan el pecho un tanto inclinado hacia adelante y la pelvis echada hacia atrás, movimientos todos que tienen por objeto solicitar el centro de gravedad.

Las gerarquías sociales han legislado en China sobre la dimensión de los pies.

Las chinas ricas, no pueden tener estos mayor de 14 centímetros, y llega á tal extremo el aprecio que se tiene de esta modificación del órgano que las chinas son más celosas de sus pies que de sus caras.

Son tan pudorosas, en lo que á ellas se refiere, que sólo á grandes esfuerzos es que se logra que los muestren, cuando alguna enfermedad hace necesaria la intervención del facultativo.

No en todas las comarcas del Celeste Imperio está igualmente esparcida esta costumbre. En las comarcas del Sur ella es más frecuente que en el Norte y más también en las ciudades que en los campos. Los mandarines han instituido leyes que formalizan la mutilación, así por ejemplo los habitantes de la Mandchuria no están autorizados por las imperiales leyes para vendarse los pies.

En cierta ocasión el Emperador del Celeste Imperio, con motivo de una petición dirigida á Tsoung li-James, por misioneros ingleses, sobre la abolición de la inveterada costumbre, respondió: "Que el Hijo del Cielo dejaba á sus súbditos en libertad de hacer lo que quisiesen."

Cada loco con su tema y cada pueblo con sus usos, costumbres y tendencias.

Quédense, pues, los chinos con su *Lys dorado*.

Es de uso vulgar y muy esparcido entre nosotros la especie de aforismo de que "no hay cría más difícil que la cría de gente." Y para documentar el aserto se hacen comparaciones deprimentes para la especie humana, con animales de las razas inferiores, como el chivo, el pollo, el cerdo, que, validos de sus propias fuerzas, procuran desde los primeros días de su vida, los elementos necesarios á su nutrición y desarrollo.

No deja de tener verdad y gracia la citada observación; ni puede negarse, sin chocar abiertamente con hechos que á diario comprobamos, la inferioridad material del hombre en los primeros tiempos de su vida en comparación con las especies animales inferiores



LECCIÓN DE HISTORIA NATURAL, A NIÑOS CIEGOS

Para profundizar este fenómeno, tarea que no vamos á emprender, por el momento, al menos, necesitase tiempo, observación acuciosa y estudio razonado y metódico; no obstante apuntaremos de paso un factor que no nos parece despreciable en el estudio de esta discrepancia orgánica.

El hombre á medida que se aleja de la naturaleza, en la esfera material ó en la psíquica, se va haciendo menos apto para la vida y por ende más accesible al sufrimiento, que siempre encarna una violación de las leyes inmutables de la naturaleza. Hay en el hombre dos géneros de vida, la material y la psíquica y la tendencia predominante de la segunda se verifica á expensas de la primera. Esto podría servir de tema á un interesante estudio psico-físico del hombre. Y es esto tan cierto, que el aparato sensorial del niño es el que primero se desarrolla, pues que él es el elemento que más pronto lo va á poner en comunicación con el mundo externo.

La ley de la herencia es otro factor determinante del fenómeno. Trasmítense de padres á hijos las exaltaciones sensoriales nacidas en el combate de la vida y con ellas la independencia ó predominancia de la esfera psíquica sobre la material.

Es partiendo de esta mayor fragilidad del hombre en presencia de los elementos de renovación universal, que no otra cosa es la muerte, que la ciencia moderna trata de escudar al hombre contra los elementos que conspiran contra su vida.

Tratándose del niño, cuál es el aparato funcional que más en aptitud lo pone de contraer causas nocivas á su existencia? El que menos preparado está en el momento del nacimiento para la función que ha de llevar; el aparato gastro-intestinal. De aquí pues que todos los esfuerzos se dirijan á modificar ó á hacer desaparecer esta especie de aptitud mórbida del niño.

Entre los que tienen por base la higiene alimenticia figura en primer término el uso de la leche esterilizada en los niños de pecho,

que cada año arranca á la muerte innumerables víctimas. El año de 1892, en el hospital de la Caridad de París se inició por vez primera el empleo de la leche esterilizada, y breve tiempo después se había propagado á toda Francia.

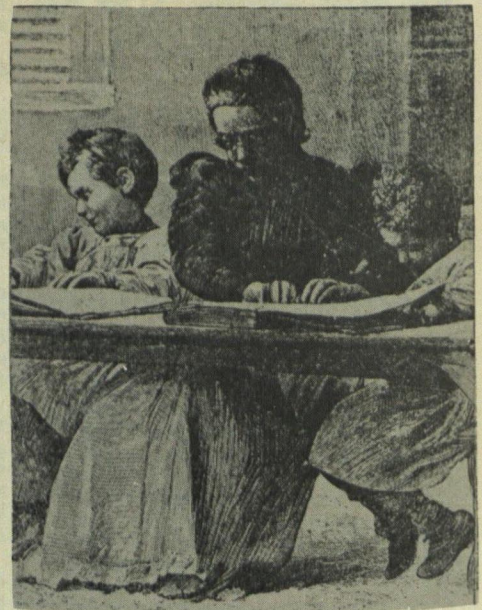
Hoy día está definitivamente establecida en todos los casos en que haya necesidad de recurrir á la lactancia artificial.

En la Maternidad de París y en diversas policlínicas los resultados han sido satisfactorios. El Dr. Budin ha comunicado á la academia una nota terminante sobre la ventaja que hay en su empleo y por una estadística que tenemos á la vista sabemos que la leche esterilizada al autoclavo, á una temperatura de 110 grados, durante media hora, en frascos de 200 á 250 centímetros cúbicos, administrada á los niños de pecho, arroja los siguientes resultados.

En el año 1894 la mortalidad de los niños nutridos con leche común fue de 66 por ciento y la de los nutridos con leche esterilizada de 25 por ciento; en 1895 la de los primeros fue de 86 por ciento y la de los segundos de 42 por ciento y en 1896 murieron 54 por ciento de los no alimentados con leche esterilizada y sólo 16 por ciento de los nutridos por el procedimiento indicado.

Estas cifras son tanto más concluyentes cuanto que en la primera categoría de mortalidad están incluídos tanto los nutridos de leche materna como los alimentados con biberón.

Existen en Francia, según la citada estadística, 700.000 niños de un año de edad, de los cuales mueren de diarrea infantil cerca de 50.000; ahora bien, el empleo de la leche esterilizada rebaja á 20.000 aquella cifra de mortalidad; de donde se deduce un beneficio anual de ciudadanos futuros que alcanza á 30.000 niños. Y sin embargo hay aún quien cree que la higiene es una manía!



LECCIÓN DE LECTURA Á NIÑOS CIEGOS

Es pues el momento de que los Concejos municipales sigan el ejemplo de París, asegurando á los niños indigentes la distribución gratuita de leche esterilizada.

La trascendencia y utilidad de esta medida de higiene pública, se comprenderá fácilmente á poco de pensar en que la fuente más tristemente fecunda de mortalidad en el niño, reside en su aparato digestivo y en las condiciones especiales de receptividad mórbida de los primeros tiempos de la vida del hombre.

Por otra parte el carácter distintivo de los



TALLERES DE FABRICACIÓN DE CEPILLOS Y CESTAS, DESEMPEÑADOS POR NIÑOS CIEGOS

dos primeros años de la vida es el crecimiento, más rápido y más notable en esta época que en otra cualquiera de la existencia; y se comprende que el niño debe aportar á su organismo, no sólo los elementos de nutrición, de sostenimiento, sino también los necesarios á su desarrollo y crecimiento.

Y de qué modo, por qué medio, pueden darse al organismo infantil los elementos necesarios á este doble proceso vital? Aumentando la nutrición en cantidad y en calidad condiciones todas que se encuentran realizadas en el uso de la leche esterilizada cuando la lactancia es artificial.

Las sociedades de socorros mutuos de Francia han permitido levantar una estadística, sobre las pérdidas anuales producidas por las enfermedades y al mismo tiempo sobre la morbilidad media del país.

Esta estadística se ha hecho sobre 1.200,000 personas y arrojan el dato de que anualmente la cuarta parte, el 25 por ciento de los miembros, caen enfermos. Si se tiene en cuenta que los miembros de estas sociedades son en su mayor parte personas de cierto rango, ingresadas al seno de ellas, previo examen médico, y que por lo tanto paga un tributo de mortalidad menor que el resto de la nación, pues que solo alcanza el 17 por ciento cuando para el resto del país llega á 22 por ciento, se deduce lógicamente que fuera de esas sociedades la morbilidad anual de Francia es superior á 25 por ciento.

Por otra parte, estas mismas estadísticas dan la cifra de 50 francos como gasto anual causado por cada enfermo, y con estos datos fácil es calcular las pérdidas que las enfermedades producen anualmente en el país entero. En efecto; si en una población de 39 millones de habitantes se enferma la cuarta parte, habrá naturalmente un gasto anual de 10 millones multiplicado por 50; bien entendido que la cifra de 50 francos es muy inferior á la verdadera, pues según el profesor Barón, laureado en el concurso sobre el pauperismo, cada enfermedad, atendida en los hospitales arroja una cifra de gastos de 200 francos anuales, es decir el cuádruplo de la anterior.

La enfermedad trae como consecuencia pérdida de trabajo y por ende disminución en la producción del país. Si se admite que de esos diez millones de enfermos, apartando

los ancianos y los niños, quede una tercera parte en estado de trabajar con provecho, se comprobará siempre que las enfermedades son en Francia y en todas partes causas de pérdidas materiales considerables.

Siendo de dieciseis días la duración media de las enfermedades en los hombres y de doce en las mujeres, se llega lógicamente á la conclusión de que las pérdidas de salarios, tratamientos, beneficios causadas por las enfermedades suman una cantidad igual á los gastos exigidos por la curación. Este gasto suma en Francia un total de un millón, es decir la vigésima parte de su producción neta.

Uno de los medicamentos de más corriente uso entre nosotros y principalmente entre el bello sexo, contra los dolores de cabeza que tanto afligen á nuestras melancólicas beldades, es la antipirina; y bueno es advertirlas, por el natural interés que sus encantos nos inspiran, los peligros que su uso constante puede tener.

Suele producir la antipirina erupciones de aspecto escarlatinoso que irían á menos-cabar, afeándolas, las mejillas de rosa de nuestras hurís del Avila; pústulas rubiolicas; inflamación de las encías que amenguarían el brillo perláceo de sus marfilíneos dientes y en fin trastornos digestivos, calambres en los miembros, etc.

El modo de administrar el medicamento parece tener cierta importancia; la antipirina en solución determina menos frecuentemente estos accidentes que administrada en cachets.

Pero de los inconvenientes más graves atribuidos á la antipirina, es su acción sobre el corazón, determinando trastornos circulatorios profundos que llegan á veces hasta el colapso (desmayo).

El profesor Bardet refiere la observación de una niña que cada vez que tomaba una dosis de antipirina, por débil que fuera, sentía náuseas, decadencia, malestar general y al mismo tiempo presentaba en el cuerpo una erupción generalizada, con comen-zo vivísima y descamación consecutiva. En fin abundan en la ciencia los casos de erupciones generalizadas de la piel, consecutivas, al empleo de la antipirina.

No por esto debe proscribirse en absoluto el empleo de este medicamento; él tiene sus indicaciones que llenar, como en los estados febriles, en los cuales ejerce acción terapéutica eficaz. Pero sí debe en justicia con-

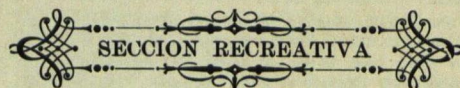
denarse su uso *ad libitum*, que como hemos apuntado, tiene sus peligros.

Nada tan triste para el hombre como el perder la vista y verse obligado á renunciar á todos los hermosos panoramas de la naturaleza, cuya contemplación nos hace la vida amable. El sordo-mudo, á pesar de su desgracia, puede mezclarse entre las multitudes que se congregan en los días festivos sin que le arredre el temor de ser señalado con el dedo.

El sordo-mudo es libre; pero el ciego no lo es. Un hombre de corazón y de energía para el bien, el señor Pephaus, de París, ha querido aliviar la suerte del ciego y á fe que lo ha conseguido con el concurso de la Sociedad de Asistencia para los ciegos, el señor Pephaus, fundó el 1º de enero de 1883 la Escuela Braille, la cual ha sido instalada definitivamente en Saint Mandé, y cuenta hoy con la poderosa ayuda del Consejo General del Sena. Los grabados representan á los niños ciegos entregados á ocupaciones diversas y que se creían hasta hoy incompatibles con la tremenda enfermedad que sobre ellos pesa. Se comprende que un ciego pueda, por el tacto, reconocer un animal, como lo hacen en la clase de historia natural sin mayor esfuerzo; pero ¿no es en realidad sorprendente que indique con precisión, delante del Mapamundi, las ciudades, los ríos, las montañas y los mares?

Finalmente, diremos que la Escuela Braille ha tenido que luchar contra los parientes pobres de los niños enfermos que casi siempre ven en ellos una fuente de infame especulación, porque es sabido que nada conmueve tanto como la vista del pobrecito ciego cuando os tiende la mano implorando una limosna por el amor de Dios!

ELÍAS TORO.



Besos por correo

En el *Münchener Nachrichten* se lee lo siguiente: "Los enamorados acostumbra mandarse por correspondencia millares de besos y su golosina desea todavía más. En la práctica, es extraño que estas muestras de simpatía sean prodigadas en tan gran número; sin embargo, uná vez sucedió lo que vamos á decir: Hace poco tiempo, como se hablase de amor en una sala de una ciudad alemana, uno de los que allí estaban (un estadista sin duda) preguntó que cuántos besos se podrían dar en un tiempo dado. A lo cual, un joven vivo y apasionado contestó que él se comprometía á darle 10.000 besos en diez horas, á su casta prometida. Como fuese desafiado á probarlo, sostuvo la apuesta con la condición de que á cada media hora tendría un ligero descanso. Los besos empezaron. En la primera hora se dieron 2.000, 1.000 en la segunda, 750 en la tercera, y..... eso fue todo.

El joven, vivo y apasionado, acabó con tal dolor en los labios, que perdió el conocimiento; la novia cayó también desvanecida, y en la noche fue atacada de una intensa fiebre nerviosa que la tuvo mucho tiempo en cama. El dolor del joven duró varias semanas. Después de esta aventura, la unión de esta pareja viva y apasionada fue retardada un año."

Un matrimonio por telegrafía

Los novios estaban separados por varios millares de kilómetros: uno estaba en Transvaal y el otro en Holanda. Hé aquí cómo se procedió en este acto singular. El joven, acompañado de sus testigos y de las autoridades competentes se encontraba en un cuarto del principal hotel de Pretoria; y ella, igualmente asistida, estaba en la casa paterna de Amsterdam. Se tomaron todas las disposiciones con el cuidado más minucioso; se había calculado exactamente la diferencia de horas entre Amsterdam y Pretoria, á fin que las dos partes estuviesen listas en el mismo momento. Un hilo especial terminaba en el cuarto del hotel donde vivía el novio, y otro en el de la novia. Se ejecutó, pues, la ceremonia lo



PIRAGUAS DE RÍO NEGRO. — (Amazonas)

más regularmente posible. En primer término el novio telegrafió que estaba listo y «que se podía empezar.» Del otro lado respondieron que estaban también preparados, y se empezó. Un amigo del esposo, presente en Amsterdam, lo reemplazó como su poderdante y se verificaron todas las formalidades como en un matrimonio cualquiera. Al fin los dos se telegrafían que el matrimonio estaba hecho, y tanto en Amsterdam como en Pretoria, se sentaron a la mesa é hicieron la comida de novios. Inmediatamente, después de terminada, los convidados enviaron por telegrama sus felicitaciones a los novios. En seguida los testigos y amigos de la joven la condujeron al buque, en donde se embarcó para unirse a su marido.

Un nuevo "ferry boat"

Para poder asegurar el inmenso tráfico de trenes que se efectúa a través del lago Michigan, se acaba de lanzar un *ferry boat*, barca de vapor de considerables dimensiones, llamada el *Père Marquette*. Está provisto de dos hélices y tiene toda la apariencia de un buque de mar, ordinario; efectivamente, necesita las mismas disposiciones para resistir a las tempestades que se desencadenan a menudo en este lago; el largo sobre el puente es de 106'68; el ancho 17'6; y la profundidad de la quilla al puente superior es de 11'.

Navegará el año entero, aun a través de los hielos, entre Ludigton y Manitowoc, sobre una distancia de cien kilómetros: su casco tiene una solidez excepcional. La maquinaria le da una velocidad de 25 kilómetros por hora.

Reapertura de los teatros en Grecia

La corporación que había acogido con mayor alegría el tratado de la paz turco griega es sin duda la de actores de la antigua Hélade. Desde el día en que se declaró la guerra ordenó el gobierno helénico, como medida de orden público, que se cerrasen los teatros y se prohibiese toda representación. Y como la Grecia no se ha permitido todavía el lujo de sostener a sus histriones a expensas del Estado, ni los directores los favorecen con sueldos de embajadores, los bufones y los acróbatas, los trágicos y los payasos llegaron en breve a la mayor miseria. Para los cómicos no hubo esperanza; los desastres de la patria no permitían contar con que se levantase en su favor la prohibición; no estaba la época para cantos ni risas, y el carro de Thespis había de guardarse irrevocablemente. Solamente los trágicos se permitieron esperar por algún tiempo que el gobierno se apiadase de ellos; dirigieron al presidente del Consejo una petición insistiendo hábilmente en la gravedad y el carácter sagrado en cierto modo del poema trágico, exponiendo que los dramas de Esquilo y de Sófocles no presentaban como las traducciones de Labiche un contraste cruelísimo con las dolorosas circunstancias porque atravesaba Grecia, y pidiendo la autorización para proseguir, ó mejor dicho, para volver a empezar sus austeras y solemnes representaciones. El Presidente del Consejo, M. Ralli meditó largo tiempo la respuesta y por último

negó la petición en los términos más corteses, declarando que la miseria de los actores le inspiraba lástima y simpatía, pero que le era imposible acceder. «Los soldados, dijo, que han sufrido tanto en el campo de batalla, se indignarían al ver que tan pronto vuelven a empezar los regocijos públicos.» Desgraciado país en que la audición de una tragedia parece todavía un espectáculo demasiado profano!

Buen hallazgo

Un explorador acaba de encontrar en Coffe-Creek, en California, un lingote de oro verdaderamente formidable, cuyo valor es de 43.000 fuertes, ó sea 215.000 bólvares. Hasta ahora, el lingote más grande había sido encontrado en Australia, valga 210.000 bólvares y recibió el nombre de *W'elcom-Nugget*, ó «el lingote bienvenido.» No se ha dicho qué nombre se le ha dado a este pedazo de oro que el afortunado minero ha explorado en California.

Automóviles de alquiler

Sabido es que en Londres se han puesto en circulación muchos coches automóviles, movidos por la electricidad.

Esto ha provocado grandes protestas de los conductores de coches de alquiler, los cuales han celebrado *meetings* contra el nuevo invento, manifestando que son muy peligrosos para los peatones.

Hace pocos días un vehículo automóvil atropelló a un niño, dejándole muerto.

Los cocheros celebraron reuniones y dijeron, llenos de gozo, que se habían cumplido sus pronósticos; pero los tribunales ingleses, que no se dejan influir por alharacas y juzgan con perfecta tranquilidad, han absuelto al conductor del automóvil, declarando que el vehículo no llevaba extraordinaria velocidad y que el niño tuvo la culpa del desgraciado accidente que le quitó la vida.

De manera que, a pesar de las protestas de los cocheros londinenses, el progreso continuará conquistando las calles de la capital de Inglaterra.

Especialidades chinas

Un periódico inglés da curiosos detalles sobre los artículos de alimentación y los medicamentos que se encuentran en el barrio chino de San Francisco. Entre los combustibles hay que señalar en primer término el bulbo de lirio. Los chinos lo prefieren al pan, y antes de comerlo lo someten a una ligera ebullición. Consumen también los tubérculos de la sagitaria, plantas de amaranto, granos de glicina germinados y no germinados, un queso hecho con estos granos, huevos de aves de mar envueltos en arcilla, pulpos desecados y granos de nelumbo y de melón.....

Entre los medicamentos, el más notable es una panacea que se compone de algunas raíces de orozco, de un poco de corteza de árbol, de cucarachas y langostas disecadas, de la cabeza, la cola y la piel de un lagarto, de un hipocampo y de otro pez de especie in-

determinada. Después de haber hervido todo esto, se bebe la infusión y de este modo se combaten los desórdenes digestivos, los dolores de muela, la tos, las enfermedades de la vista y multitud de otras afecciones.

Los pájaros

La *Revue scientifique* cita gran número de curiosos ejemplos recientemente observados, de la industria de los pájaros en la fabricación de sus nidos. No emplean solamente los materiales que les son familiares, sino que cuando lo necesitan, usan las substancias que les parecen apropiadas a la construcción de sus moradas. Así pues, se ha descubierto en los alrededores de Lille un nido de oriol, hecho de lana blanca y de bandas de papel provenientes de una oficina telegráfica donde se emplea el sistema Morse, situada a tres kilómetros distante. El oriol tendría que hacer sus buenos viajes, pues la cantidad era muy considerable. Era necesario que él tuviera sus razones. El papel es mal conductor del calor, y lo mantiene de tal modo que en un viaje un periódico de buenas dimensiones, como el *Times* por ejemplo, puede hacer el oficio de abrigo. Seguramente el oriol había experimentado esta propiedad del papel..... No muy lejos de Besançon, se encontró otro nido fabricado de resortes de relojes, quitados evidentemente a los fabricantes de la región. La arquitectura era muy ingeniosa, pero respecto a la temperatura, la elección era mediocrementemente feliz, pues los metales son buenos conductores del calor. Finalmente, cerca del lugar donde habita un perro de San Bernardo, de opulenta piel, se encontró un nido hecho con los pelos del perro. En este caso, la inspiración era evidentemente buena.

Bozal a los perros

El gobierno inglés, queriendo combatir eficazmente la rabia, ha ordenado el uso del bozal para todos los perros. Esta decisión ha provocado entre los amigos de los perros de la Gran Bretaña violentas discusiones. Inmediatamente se formó una liga para protestar contra la tiranía administrativa; liga que naturalmente se componía de señoras. Estas sensibles amigas de los perros tuvieron un gran meeting donde no discutieron menos de diez y seis resoluciones. Se eligió a lady Reid para presidenta de la reunión. En primer término atacaron de común acuerdo los bárbaros procedimientos de M. Walter Long, presidente de la dirección de la agricultura y autor del decreto sobre el bozal. Este decreto fue declarado como injusto particularmente en el campo. Se pronunciaron resueltamente contra el bozal metálico en forma de jaula, que inutiliza completamente al perro, y es para él un verdadero suplicio; y declararon que si era indispensable escoger, preferían el bozal de cuero. En seguida, lady Colin Campbell expuso y desarrolló una proposición según la cual todos los perros deberían en lo porvenir estar inscritos en registros *ad hoc* y llevar collares donde se pudiera leer el nombre y la dirección de su propietario y su número de inscripción. Los perros provenientes de regiones extranjeras se someterían a una cuarentena antes de ser introducidos en la circulación. Lady Kembal apoyó energicamente esta proposición. Mrs. Rodney Mundy declaró que la rabia no se conoce en Malta, donde ponen a los perros en cuarentena tres meses antes de hacerlos libres ciudadanos, y apoyada por semejantes argumentos, la proposición de lady Colin Campbell fue aceptada por unanimidad.

Un libro, que encierra las resoluciones tomadas por la Liga y tiene más de dos mil firmas, será presentado al Parlamento por la *Ladies anti muzzling League*—Liga de señoras contra el bozal.

El Parlamento tiene que sostenerse duro.

Estilo epistolar

El de los hijos a sus padres parece haber cambiado mucho desde hace 3.400 años.

Hé aquí una carta escrita en una tabla de arcilla y descubierta en las ruinas de la antigua ciudad babilónica de Sippar—hoy Abu-Abba del sur de Bagdad.—Esta epístola está fechada, lo mismo que muchas otras descubiertas, en la misma época del reino de Sansu-Iluna, contemporáneo de Abraham, según el Génesis. Remonta pues a 2.500 años antes de nuestra era:

A mi padre, de parte de Zimiri-Cramma.

Puedan los dioses Samas (el sol) y Marduk conservarte en vida por siempre. Ojalá alcances conservarte en buena salud. Te envío (esta carta) para saber de tu vida; dignate hacerme saber como estás. Yo estoy en Dur-Sin, sobre el canal de Bitin-Sikirim. Aquí no hay alimento que pueda comer. Te adjunto dinero: un tercio de siclo que he sellado y que te envío. Consígueme, por el valor de este dinero, pescados frescos y cualquier otro alimento."

Cuento de cuentos

(POR M. MORERA Y GALICIA)

Pues señores, era un rey de la potente Inglaterra, que logró por mar y tierra grande imperio, mucha grey. Y para colmo de gloria, el cielo le concedió tres hijos, que el rey juzgó tres espejos de su historia. Mas un día, vio al primero presa de dolencia aguda: la ciencia se quedó muda, y sucumbió el heredero. Al año cabal, cayó el segundo de igual suerte, y segunda vez la muerte sobre la ciencia triunfó. Y aterrado el soberano y aterrado el pueblo entero viendo que sin heredero iba á quedar el anciano, llamaron á junta un día, para estudiar tal dolencia, á cuantos hombres de ciencia hubiese en la monarquía. En la junta, cada cual, como suele suceder, hizo gala de saber de todo, menos del mal, que era escondida ponzoña, aire insano, sutil bicho... y entre un dicho y otro dicho, y entre si es magia ó si es roña, pasaron largas semanas puesta la ciencia en un brete, hasta que saltó un vejete, doctor con borla de canas, y dijo:—"Escúchenme bien: si el rey sigue mi consejo, llegará el príncipe á viejo aun más que Matusalén. Basta con que, presuroso, á no parar se disponga hasta que encuentre y se ponga la camisa de un dichoso."

Rieronse del consejo aquellos pozos de ciencia; mas el rey dio preferencia á la receta del veje, y ordenó que el heredero con mucho oro y equipaje, emprendiese al punto el viaje por el reino y mundo entero.

Desde la ciudad pujante hasta la aldea más chica; desde la mansión más rica á la choza mendicante, en desierto y en poblado de uno y otro continente, por doquier donde halló gente iba el príncipe cuidado, prosiguiendo su pesquisa tras de un ser feliz, sin dar con ninguno á quien quitar la milagrosa camisa.

Cansaba ya al buen señor tanto andar, cuando una tarde se oyó dar el "Dios os guarde!" por un pobre leñador. Detúvose á descansar porque sí, junto al villano, y, porque sí, mano á mano se pusieron á charlar.

Y al notar que aquel palurdo se hallaba feliz, sin tacha, con su choza, con su hacha y su roto sayo burdo, sin penas que lamentar, sin pasiones que vencer, sin envidias que roer ni nada que desear, gritó de dicha ansioso el infante al leñador:

—"Pero ¿eres feliz?"—"Señor, soy todo un hombre dichoso." y apenas lo dijo, aprisa los del príncipe en tropel se echaron encima de él... ¡Y no llevaba camisa!

De este cuento el argumento, que en tan gran verdad se funda, tiene una parte segunda que también es otro cuento. ¿Mas quién como nuevo cuenta,

contado ya al infinito, el cuento del zapatito de la pobre Cenicienta? Por modesta la olvidaron, por paciente la rifieron, por buena la escarnecieron y por bella la encerraron.

Sus hermanas, sin razón, mientras en fiestas andaban, á Cenicienta dejaban sola en casa en un rincón. Todo espejo fue pequeño para sus hermanas, y ella llegó á verse que era bella, en el agua de un barreño. Pero tanta humillación alcanzó premio infinito, pues gracias al zapatito que perdió en cierta ocasión, el hijo del rey, ufano al descubrir tal diamante, quiso guardarlo, y amante la dio un reino con su mano.

También este cuento encierra enseñanza de gran ley como el del hijo del rey de la potente Inglaterra. Y los dos, por varios modos, vienen á decir lo mismo: que la dicha es espejismo tras del cual corremos todos; pero cada cuento enseña que la ventura soñada se encuentra muy apartada, muy lejos del que la sueña. Un palacio y regio amor, sueña cada Cenicienta, y al grande se le presenta la dicha en un leñador. Y así aplica en un momento la popular enseñanza, á cada mal su esperanza, á cada desdicha un cuento. Mas para salir del potro, sólo á decirnos acierta que llamemos á otra puerta, la de al lado, ó la del otro... Sin ver cuán fuera de centro va la humanidad entera pues la dicha verdadera cada cual la lleva dentro.

La hada Electricidad

Funciona ya en los talleres de El Cojo el motor eléctrico.

Con este motivo nos ocurre traducir el siguiente artículo del señor Montheuil.

Muchas veces al llegar á tener un conocimiento más profundo de las personas y las cosas modificamos notablemente la primera opinión que de ellas habíamos formado. Ahí tenemos la electricidad. Cuánto mal no pensábamos de ella mientras permaneció en los aires, lanzando relámpagos y rayos que producían un ruido infernal! Y si acaso alguna vez se dignaba llegar en su veloz carrera hasta la tierra, sin darnos tiempo para evitar sus ataques, era siempre para causar á los hombres mil perjuicios, cuando no llegaba á aniquillarlos. Pero un día imaginan los sabios—¿quién no lo hubiera juzgado empresa temeraria!—apresarla é indicarle el camino por donde debía buenamente transitar cada vez que se le ocurriera dar un paseo por el planeta. Y se inventó el pararrayos y desde entonces empezamos á perderle el miedo á la electricidad, habituándonos á ella poco á poco.

"Vamos á utilizar," dijéronse algunos espíritus intrépidos, el hombre hace del animal lo que quiere; tiene al caballo por su más hermosa conquista; y quién le impide que dirija también á su gusto á la Electricidad, esa bella desconocida? Ya no se pensó sino en cuál sería el primero que la "domesticara." A los pocos años la electricidad vino á ser como la buena sirvienta que hace todos los oficios; estuvo á la disposición de los sabios é inventores y no se la conoció ya sino con el nombre de Hada Electricidad. Ella, por su parte, justificó el nombre obrando mil prodigios.

Hay países—como Alemania, que está á la vanguardia—en los cuales la electricidad se utiliza para todo y se halla en todas partes. En Francia hay máquinas é instrumentos movidos por vapor, por gas ó por petróleo, distribuciones de fuerza motriz producida por agua caliente, por aire comprimido ó por vapor; mas los industriales de allende el Rhin no quieren tener sino electro motores, que nosotros apenas conocemos. Ellos consideraron peligrosos y costosísimos los motores de gas y de petróleo y por tal mo-

tivo los abandonaron; cupo luego al vapor la misma suerte y triunfó por último la electricidad.

La electricidad es en efecto hada bienhechora para ininidad de obreros: sastres, zapateros, costureras y modistas aprovechan sus servicios; la máquina de coser, tan nociva para la salud, se mueve sin pedales; la electricidad hace el trabajo.

En Alemania encuentra la electricidad aplicación en las más diversas industrias: los agricultores le emplean para fertilizar sus campiñas; los tenderos de Stuttgart para moler café y pimienta y hasta para cortar queso..... Solicita usted en la ciudad de Wurtemberg salchichón en rueditas? El salchichero toca un botón y la salchicha se adelanta maquinalemente sobre una tabla, y maquinalemente también queda dividida; tabla y cuchillo funcionan por medio de un electro-motor puesto en movimiento ó detenido por la simple presión del mismo botoncito.

Para crear fuerza eléctrica se buscan todas las fuerzas naturales disponibles. No pudiendo, por prohibición expresa, aprovechar las magníficas caídas de agua del Rhin, tan adecuadas al objeto, hubieron de procurarse los ingenieros alemanes otra caída, y la que mejor convino á sus propósitos fue la de Rheinfelden, cerca de Basilea, hermosa y pintoresca. Se ha instalado ya la maquinaria eléctrica en este sitio delicioso y dentro de poco se distribuirá fuerza suficiente á centenas de fábricas, especialmente para la alimentación de hornos eléctricos.

Son numerosísimas las aplicaciones que pueden hacerse hoy de la transformación de la fuerza eléctrica en calor. Las industrias de Francia y de Inglaterra han logrado fabricar una serie de aparatos utilísimos de uso diario, tales como calentadores de platos, estufillas para calentarse los pies, parillas, etc. Hoy, con algunos céntimos de electricidad (de 3 á 12 céntimos) se conservan calientes los platos mientras dura la comida, y con otros tantos se calientan los pies por una hora. Para cocinar un beefsteak bastan de siete á ocho minutos.

Tienen ya calderas movibles, calderas express. De los aparatos para dar calor no hay que hablar: el modelo corriente es el calorífero. En cuanto á los pequeños aparatos de uso diario hay: tijeras para rizarse el cabello, cocinas eléctricas, hierros para soldar. En algunas casas se están preparando calentadores de cuchillos para uso de los carniceros, y pronto tendremos el calentador de planchas para sastres, sombreros y modistas y también sartenes para freír, potes para engrudo, calentador de oro, etc. Estos instrumentos ó utensilios están en preparación ó en estudio. En cuanto al *coche eléctrico*, de que tanto se habló hace algunos meses, pero que nadie ha podido ver todavía en París por la sencilla razón de que no existía, se ha logrado realizar por fin.

¿Y qué decir del papel cada día más importante que tiende á representar la electricidad en el transporte de pasajeros en las ciudades? En Alemania, Austria, Suiza, Inglaterra y Francia los ómnibus y tranvías movidos por caballos han tenido que ceder el puesto á los de tracción eléctrica. El movimiento se siente ya en París; los proyectos de tranvías en discusión para la ciudad y sus alrededores se ocupan de la electricidad como fuerza motriz, y lo mismo se dice para el ferrocarril interior de la Exposición de 1900.

Luz, calor, fuerza motriz, hé ahí el triple aspecto bajo el cual se presenta actualmente la electricidad con su séquito de aplicaciones usuales. ¿Qué sorpresas nos tendrá reservadas para mañana? ¿No estará en vías de ir realizando poco á poco una revolución en la existencia de los obreros, facilitándoles la manera de trabajar en su propia casa?

Pongamos el ejemplo de Saint-Etienne, donde ha cambiado considerablemente la suerte de la clase trabajadora, con la distribución de la fuerza motriz eléctrica á domicilio. No más trabajos en las fábricas: pasamanerías, cintas, tejidos pueden hacerse en la casa, sin que los obreros tengan que separarse de su mujer y de sus hijos. Hoy son libres, y se reconstituye la familia antes destruida por las exigencias de la industria moderna.

Es también moralizadora esa hada Electricidad! ¿Y por qué no aprovechar París esos prodigios? ¿Por qué la "gran ciudad" se ha dejado tomar la delantera por el extranjero y hasta por las provincias en la instalación del alumbrado público por la electricidad, en la tracción eléctrica y en las múltiples aplicaciones de esa fuerza prodigiosa? Uno de los ediles parisienses, M. Charles Bos, dará la respuesta en un informe voluminoso lleno de datos y documentos inéditos, que ha escrito para presentar á sus colegas del ayuntamiento, después de un largo viaje por Europa. El autor, que nos ha permitido hojear su informe para que pudiésemos ofrecer á nuestros lectores los anteriores datos, da como razón principal del poco uso de la electricidad en París el precio ele-

La Vaca.
Poema épico.
Los cantos indios.
Salvado.
Artilles.
Lance de amor.
Amor eterno.
¿Crimen ó sacrificio?
Vendida.
María.
Lo que son las estrellas
La noche del Crimen.
Al Siglo XIX.

Cuentos

Un criminal inocente.
Tila.
Leyenda caballescra.
El lapidario.
La Fantasma.
Cuento zuliano.
Cuento histórico.
Audaces fortuna juvat.
Cuento negro.
Cuento alegoría.
Inspiración.
El mal que aqueja al mundo.
La alegría mayor.
Ley moral.
Heroísmo por amor.
Pedro el bajo.
Tales padres, tales hijos.
Trofeo de la tumba.
Flor de pecado.
La Cruz de Juan de Ampúes.
Venganza.
Las tres cuestiones.
La Hechicera de Mérida.
Los hijos del Avila.
Los dos compadres.
El diablo en misa.
El temperamento.
Amor filial.
Castigo.
El Cetro del rey Zitka.
Sor Magdalena.
El nido del águila.
Las muñecas.
Don Pascual Tolondroso.
Juanito.
Paz.
Cuento de año nuevo.
El retrato de un poeta.
Los hombres son muy malos.
La amada desconocida.
Cuento Hispano Americano: El Suicidio.
Los descubridores.
En una orgía.
Leyenda del lirio.
La hipocresía.
De un viejo manuscrito.
Flor de las selvas.
Elba y Elio.
Los huevos de Colibrí.
La manzana maldita.
La pena del tali6n.
El zapatito azul.
La atracci6n.
Nobleza indiana.
Vivir muriendo.
Un sargento listo.
Bajo las ruinas.
Ruidosa apuesta.
El periodista Ibáñez.
Cuento pastoril.
Un crimen y la fotografía.
Los duelos en mi tierra.
El libro del viejo Kansas.
El Certamen.
Por cortesía.
Cuando la divinidad, &
El Yo en sus dos faces.

Semproniana P. de Aguerreveré.—Acompañamos en su justo dolor á los deudos de la señora Semproniana P. de Aguerreveré, respetable matrona que por las prendas de su alma y su educaci6n exquisita tuvo sitio de honor en la sociedad venezolana.

Vida tranquila y fecunda en ejemplos de afectos y virtudes fue la de la señora de Aguerreveré, herencia de inapreciable valor para sus caballerosos é ilustrados hijos, quienes en el duro trance á que los ha sometido el destino se ven rodeados de sentidas manifestaciones de sentimiento.

Elías Salas.—El día 12 de los corrientes falleció en esta ciudad el apreciable caballero señor Elías Salas, honorable padre de familia, que consagró su vida á las labores del trabajo y conoció, como artista, las satisfacciones que experimentan los espíritus cultivados.

Por su laboriosidad y por su carácter bondadoso, era generalmente estimado en nuestra sociedad.

Consagramos un recuerdo carifioso á la memoria del distinguido amigo, y presentamos nuestro pésame á su atribulada esposa y á los miembros de las familias Las Casas, Salas y Díaz, deudos del finado.

Un mártir.—Con este título publicamos en el presente número una página literaria de nuestro distinguido colaborador señor Doctor Eduardo Calcaño.—El autor ha trazado la tragedia de *Un mártir* sobre el relato verbal que le hizo el señor General Jacinto R. Pachano, de los hechos que en ella se refieren.

“Perfiles.”—Por Julio de Francisco.—Bogotá. — Imprenta Nacional. — 1897. — El opúsculo que artísticamente editado, ha tenido la galantería de enviarnos el inspirado poeta colombiano, forma una colección de veinticinco sonetos, los cuales reproducen con exactitud sendos tipos legendarios de la bella ciudad de Santa Fé, que los aborígenes llamaron Teusaquillo y hoy los republicanos Bogotá.

Apropiado colorido local se observa en las “instantáneas” del joven poeta de Francisco, quien como cantor de género es acreedor, según el disertado prologuista de la obra, al apoyo y aplauso entusiasta de sus compatriotas, porque en *Perfiles* hay mucha verdad, pinceladas muy finas, epigramas llenos de sal y notas tan poéticas, que merece ser engastado como una perla en la diadema de la literatura bogotana.

Al pie de este suelto nos complacemos en reproducir uno de los bellos sonetos del simpático libro á que nos referimos.

LA AGUADORA

El cuerno de un novillo hace de embudo encajado en la caña humedecida; la mícura á la espalda, sostenida por red de fique, sobre cuero rudo.

Su cuerpo chorreador, medio desnudo, muestra una ropa sucia y desleída; gana con agua y con sudor la vida hasta el comienzo del invierno crudo.

La conocí ya tarde. Fue un rezago de viejas modas que el destino aciago botó á los anaqueles del olvido.....

El acueducto la mató: su muerte murmura el chorro que en la plaza vierte débiles gotas con eterno rúido.

Los Ecos del Zulia.—Con el número 4697, correspondiente al 15 de Noviembre, entró este colega en el 18º año de su existencia. Con este motivo felicitamos cordialmente á su director.

Folleto recibido.—*Los intransigentes*, carta del Pbro. Dr. Baltasar Velez V. al señor Dr. Carlos Martínez Silva.—Santana del Táchira 1897.

—Ofrenda del Club “Estrella solitaria” en

el glorioso onomástico del Padre de la Patria.—San Cristóbal 1897.

—*Datos sobre la agricultura en Venezuela*, por Manuel Landaeta Rosales.—Caracas 1897.

—*Memoria* que dirige el Concejo Municipal del Distrito Ricaurte al Ejecutivo del Estado Miranda.—La Victoria 1897.

Damos las gracias á los señores remitentes.

HOJAS DEL CALENDARIO



Con excepci6n del calor, que por lo persistente alcanza ya cierta cronicidad exasperante, nada hay que se haya apoderado de la curiosidad pública y la arrastre por calles y plazas, por teatros y salones en solitud de los detalles, que son la salsa de los sucesos.

Desde que levantamos la pluma en la quincena anterior, hasta ahora que vuelve á nuestras manos para reseñar lo que va corriendo, no merece nada de lo ocurrido pasar de las columnas de aquellos diarios que tienen contraído con el público compromiso formal de darle á conocer cuanto acontece y aun cuanto pudiera acontecer.

Ni las notas alegres de un gran baile; ni las clásicas de un brillante concierto; ni un rayo de luz, ni una página de color.

Nada que pueda darle novedad á estas crónicas, ni tema á este cronista.

*

Miércoles

10

NOVIEMBRE

Hoy estamos estrenando Ministros nuevos. El señor General Jorge Uslar, hijo, ha pasado á regir la Cartera de Hacienda, y el señor General Ernesto García le sustituye en el Ministerio de Obras Públicas.

De cuantas figuras se anunciaron en la contradanza de la política sólo se ha bailado esa “media cadena.” Pero es lo suficiente para que el mar de los aspirantes se agite, se embravezca, levante olas y continúe en su incesante ir y venir; porque los cambios de arriba determinan los cambios abajo, que es lo que por ahí llámase la alternabilidad republicana.

O como dice un amigo nuestro muy propenso á la cesantía: “No soy partidario de la inamovilidad; caramba, todos debemos comer.”

Y cuando está empleado y huele á crisis exclama: “Estos cambios constantes quitan toda seriedad al Gobierno.”

*

Jueves

11

NOVIEMBRE

Día de luto es el de hoy para la sociedad caraqueña.

La señora SEMPRONIANA P. DE AGUERREVERE ha muerto.

La virtud austera, la respetabilidad de todos apreciada, los sentimientos cáuticos, la dulce y mansa caridad, cuantas relevantes prendas adornaban á la estimable matrona, quedan como recuerdo impecadero suyo, en aquel adolorido hogar, que ayer no más se gloriaba y enaltecía con tenerla como escudo, como timbre de orgullo, como dechado digno de ser imitado como reliquia sagrada y adorable.

Que estas pobres líneas sean apreciadas por sus deudos, como la manifestaci6n de nuestro pésame más sentido y cordial.

*

Días después de cerrado el Certamen llegaron dos composiciones contramarcadas “Angustia,” y 13 A-X las cuales no fueron consideradas en el concurso.

Viernes

12

NOVIEMBRE

Continúa la muerte restando vidas apreciables; dejando luto y lágrimas en los principales hogares de Caracas.

En este día ha fallecido el estimable caballero señor ELÍAS SALAS, miembro de una familia distinguida; y querido él por la finura de su trato, por sus sentimientos caballerescos, por su buena alma abierta siempre á todo lo bello y á todo lo noble.

Artista de corazón, llevó en Venezuela el arte fotográfico á su mayor altura. EL COJO ILUSTRADO ha reproducido en sus grabados los trabajos de fotografía salidos del acreditado taller del señor Salas; taller por donde desfiló la mayor parte de las Flores Venezolanas que dio á conocer este periódico.

Nuestra condolencia y pésame á los deudos del amigo muerto.

*

Sábado

13

NOVIEMBRE

Para hoy estaba anunciado el fin del mundo, ocasionado por un encuentro entre la tierra y un cometa. El anunciador de sucesos tan desagradables es un sabio alemán de apellido Falb, muy conocido por su manía de atribuir á los

astros de randa cabellera atropellos como el pronosticado para hoy.

Muchos arreglos de "cuenta espiritual" ha habido en estos días, por si acaso atinaba el profeta alemán.

Y es que la gente no se ha convencido, de que no hay tal fin de mundo universal. El mundo se acaba; sí, todos los días va acabando; pero es para los que van muriendo.

Es un "continuado fin de mundo parcial." Una batida en detal que va recibiendo la humanidad.

*

Domingo

14

NOVIEMBRE

Hoy ha sido prácticamente inaugurado el Mercado nuevo con que la presente Administración dota á Caracas.

Los industriales que ejercían en la antigua Plaza de San Jacinto han tomado posesión de sus flamantes puéostos, y la venta ha comenzado hoy en medio de la animación de un numeroso público mitad pagano, y mitad curioso, y de la música llevada al nuevo edificio para celebrar su inauguración.

En la tarde de este domingo, puede decirse que la ciudad se desgajó hacia el Circo Metropolitano, y en él tomó asiento cuanta gente podía contener la vasta Plaza.

El aliciente de la corrida, pues se trataba de una corrida de toros, era, figurar en el cartel, como matadora, una mujer: Laura López.

Cuando en noches pasadas la vimos en el Teatro, con su traje color de grana con golpes negros como sus rasgados ojos y su abundante cabellera; cuando la contemplamos plena de belleza andaluza, belleza bravía que fascina y subyuga y arrastra, comprendimos que bien pudiera enfrentársele á una fiera y hacerla rodar, quien fácilmente domeñar puede, y rendir, con su sola hermosura, al hombre, que al decir de la copla, "es un animal mayor."

Pero el sexo débil es siempre el sexo débil, y quien no sabe no sabe; y hé aquí que en virtud de estas premisas la mataora no obtuvo el éxito que se prometía y que todos deseaban.

*

Lunes

15

NOVIEMBRE

Hoy se ha declarado la clausura del concurso abierto por EL COJO ILUSTRADO, para premiar el mejor Poema y el mejor Cuento que han de engalanar las columnas de esta Revista en su edición de 1º de enero.

A este certamen, prueba tangible del apoyo que presta la Empresa EL COJO á las letras patrias, han concurrido cien escritores, de los cuales treinta y tres han pulsado la lira y enviado sus Poemas, y sesenta y siete dedicaron sus empeños á escribir "el mejor cuento."

Merece llamar la atención de nuestros lectores, y lo hacemos con mucho gusto, hacia el entusiasmo que despertó entre la gente de letras este concurso.

Con efecto, no se ha dado nunca en Venezuela el caso de concurrir tan gran número de escritores, ni aún á los certámenes oficiales que siempre van rodeados de atmósfera deslumbradora y acompañados de inusitado bombo.

Este triunfo de EL COJO deben tomarlo todos los que manejan la péñola como acicate y estímulo para el trabajo.

*

Martes

16

NOVIEMBRE

La adorable gente menuda que alegría nuestros hogares, la revoltosa *chamuchina* que nos aturde con sus gritos argentinos y nos embriaga con sus besos, está de plácemes. ¡Y no há de estarlo, si la gente seria, si nosotros lo que es-

tamos obligados á guardar circunspección y reposo, nos alborotamos, al anuncio de que llega á Caracas una compañía infantil?

La chiquitina tropa de artistas de zarzuela que en breve ha de aplaudir nuestro público, hace hoy las delicias de los guaireños; quienes han tomado con más calor que el especial de su tórrido clima, la temporadita que la suerte les ha deparado.

Entre los artistas en miniatura hay un Pepito, nacido en Caracas, que da gloria verlo y oírlo.

Cuando este número llegue á manos de los suscriptores de EL COJO, ya el público habrá aplaudido á la Aurora Infantil.

*

Miércoles

17

NOVIEMBRE

Lástima que el día de hoy no sea martes, para colgarle un milagro acaecido en este miércoles, que en lo sucesivo será de grata memoria.

El milagro es éste, valga la palabra del caballero encargado de administrar á Tierra de Jugo: "Hoy no ha habido ninguna defunción en este Cementerio."

Noticias como ésta, si se pudieran dar con anticipación y con todas las seguridades apetecibles, bastarían para hacer millonario á cualquiera.

Figuraos este anuncio en letras gordas, en todos los periódicos: "Mañana no se morirá nadie en Caracas!"...

Ese día echaríamos la vida por la ventaua; sería de continuada huelga.

Pero, qué horror! Con la seguridad de no morir cuántos desafíos no se llevarían á cabo!

Y luego al día siguiente, heridos, insolaciones, *delirium tremens*, la mar!!

Dios sabe lo que hace dejándonos en la inocencia de ciertas cosas.

*

Jueves

18

NOVIEMBRE

El Jockey Club pide pues-to en la crónica de hoy, con la noticia de su reaparición en la Pista de Sabana Grande.

Los caballeros de la Junta Directiva, á la aproximación de la temporada pascual, han reanudado sus trabajos y ya tienen planteadas las bases generales del próximo concurso.

Todo hace esperar que la primera reunión típica de 1898 sea brillante.

Es Caracas uno de los lugares que más se prestan para el elegante aristocrático sport. Sus tardes serenas y bellísimas; el espíritu alegre y de sociabilidad de los caraqueños, y el mundo de mujeres bonitas que llena por completo la Tribuna los días de carreras, todo contribuye á que el noble espectáculo resulte digno de quienes lo fomentan y de quienes lo presencian.

Los dueños de cuadras se aprestan ya á la lucha aquí y en las Antillas. Los aficionados comienzan á hacer cálculos y pronósticos.

*

Viernes

19

NOVIEMBRE

Los Certámenes y Concursos han entrado en moda.

De cierto tiempo á esta parte la "gente del oficio" no tiene en quietud la pluma, ni el magín en vagancia.

A los Concursos conocidos y que van viviendo sus lapsos, se agrega uno nacido hoy en buenos pañales, y que viene acompañado de buenos padrinos.

La Academia de Bellas Artes ha promovido hoy un certamen que abarca todos los ramos de que se compone el Instituto. Este certamen será público, es decir, no se limita á los alumnos de la Academia, sino que pueden tomar parte en él todos los que se sientan con fuerzas para desarrollar los temas propuestos.

Que siga la 'gimnasia del espíritu y de la inteligencia. Todo eso ganaremos; ya que por otros conceptos perdemos tanto!

*

Sábado

20

NOVIEMBRE

Vaya un sábado roñoso, que llaman en la madre patria, á los tardos en dar.

Podrá ser muy bueno para los que cobran hoy su jornal; pero para nosotros que veníamos entusiasmaditos dando cuenta cada día de un hecho notable, y que traíamos hilvanada esta crónica, si no con mucho lucimiento al menos con gran variedad; para nosotros, repetimos, este sábado es un día cualquiera de nieblas en Londres, un día de chin-chin en París, que ni siquiera asoma uno las narices á la calle.

Quédese, pues, el sabadito éste para los que lo encuentren bueno; y nosotros nos conformamos con esperar lo que tenga el domingo de bueno.

*

Domingo

21

NOVIEMBRE

Como día consagrado á una fiesta especial en la que figura en primer término la nifñez, este domingo resulta brillante, alegre y lleno de vida.

Hoy se ha constituido la infantil sociedad de la *Stella Matutina*, nombre con que se distinguirá la agrupación de niños y de niñas que van á fomentar el culto de la Santa Bambina, de la Virgen niña.

La Santa Madre de Dios envuelta aún en

pañales, es la imagen bendecida en este día por el Illmo. señor Arzobispo y á la cual rendirán culto, como se practica en Italia, los niños y las niñas constituidas hoy en bulliciosa á la par que ferviente asociación.

Así los actos religiosos como los de la instalación de la *Stella Matutina*, alcanzaron inusitada pompa y brillantez extraordinaria.

*

Hoy es día de dar fin á esta quincena; entre otras razones de peso, la de que sería feo que la concluyéramos mañana martes, día de por sí desabrido y pesado.

Y para no aparecer ni esquivos ni mezquinos, aún podríamos ofrecer á ustedes dos motivos más para dar hoy descanso á la pluma.

Sea uno de ellos el de que hoy no hay que registrar ni una sola siquiera noticia fatal; y á los de este oficio nos gusta remarcar con un *clou* alegre, brillante, halagador.

Sea el otro motivo, el que la gente política está inquieta en estos días; ¿y quién nos responde que para mañana no se revuelva el cotarro, y comiencen á anunciar crisis, y vuelva el teje maneje de "nombres abocados," y aún otra vez volvamos á tener el mal sueño de que somos Ministros de Finanzas?

Nó, lo mejor es que demos fin hoy, y que parodiando al autor del sainete, pidamos perdón por nuestras muchas faltas.

CLOTO.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos replicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista. Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: **QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO**, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Polvos para los dientes. [Del cirujano dentista señor Doctor Ricardo]. Los hay á la venta en La Empresa El Cojo.

La Emulsión de Scott, es no solamente superior al aceite de hígado de bacalao simple por contener dicha grasa bajo una forma agradable, sino también por agregar á los efectos nutritivos del aceite la acción tónica de los hiposfítos.

Don Demetrio Paniagua, Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Barcelona, Médico del Hospital de Cayey, Puerto Rico.

Certifica: Que hace años viene usando como una buena combinación la Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hiposfítos de cal y sosa en todos los casos en que están indicadas aquellas sustancias.

Cayey, Puerto Rico, julio 21 de 1894.

DOCTOR DEMETRIO PANIAGUA.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasiticida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituyen la perfumería más higiénica y más eficaz.

La **CREMA SIMON** calma muy bien los efectos de las **Picaduras** de los **Mosquitos**.

Verificar la marca de fábrica.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

Libros de registro para 1898

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y superior encuadernación se hallan á la venta en La Empresa El Cojo.

MIS VERSOS

— POR —

Víctor M. Racamonde

DE LA BIBLIOTECA SELECTA DE EL COJO

(Primera serie de este autor)

A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS á 3 reales ejemplar

En el Interior de la República: en todas las Agencias de EL COJO ILUSTRADO, á 3½ reales ejemplar (½ real más por el porte.)

MARCO-ANTONIO SALUZZO

Los Tres Máximos Oradores Griegos

3 bolívares el ejemplar

DR. FELIPE GARCIA CAÑIZARES

Médico - Cirujano

ESPECIALISTA EN PARTOS Y CIRUGIA

Llegado de París, ofrece al público sus servicios profesionales.

Trata las enfermedades de las vías urinarias, respiratorias, del hígado, estómago, etc., etc., con arreglo á los adelantos de la ciencia.

Consultas y operaciones, de 2 á 5 p. m. Gabinete Médico-Quirúrgico: Avenida Sur, Núm. 28, frente al "Banco Caracas."

Teléfono viejo número 892. Apartado número 314.

SANGRE PURA

es la fuente de buena salud.

La Zarpaparrilla

del Dr. Ayer

Hace Sangre Pura, Fortalece los Nervios, Despierta el Apetito,

Quita aquel Conocido Cansancio y Hace Llevadera la Vida.

Millares de personas han declarado en pro de las virtudes curativas de la Zarpaparrilla del Dr. Ayer. Sus cartas llegan diariamente por el correo. No son meras teorías, pues todos los comunicantes aseveran que la Zarpaparrilla del Dr. Ayer les curó.

Mujeres presa de debilidad y cansancio

que han tenido que guardar cama, acoñojadas por una infección escrofulosa y extenuadas, que padecían de enfermedades propias de su sexo, escriben agradecidas, de haber sido perfectamente curadas. Aquellos que desean aprovecharse de su experiencia y ponerse sanos y fuertes, tomen la

Zarpaparrilla del Dr. Ayer

el gran restaurador de fuerzas y depurativo de la sangre.

PREPARADA POR

Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

ALMANAQUE DE PARED

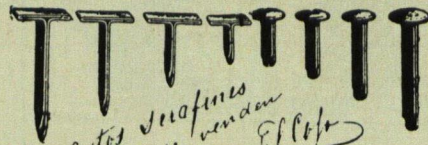
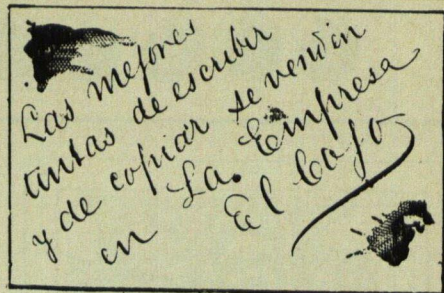
Astronómico y religioso

— PARA 1898 —

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

Propiedad de La Empresa El Cojo

Está ya á la venta.



Estos se venden en El Cojo



Sozodonte
Dientes y Gárgaras

Los principales Dentistas y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **PÓLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

“Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional.”

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes. Pedid por tarjeta postal “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. **HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.**

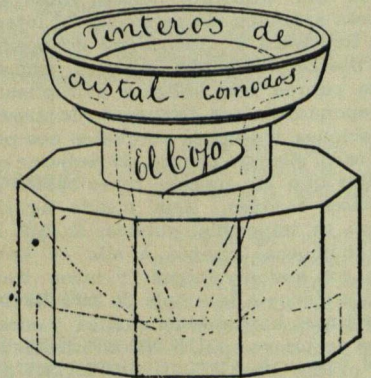


CIGARROS RECORTE N. 17



Perfumería fina de las mejores fábricas.

En **EL COJO**



LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

PORQUE

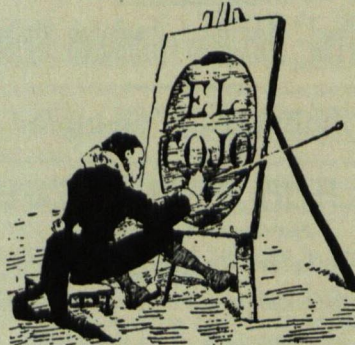
- Son un Tónico para el cutis.
- Son MEDICINALES.
- El Borato es SALUDABLE.
- El Azufre es PURIFICADOR.
- Curan todas las ERUPCIONES.
- Curan todos los GRANOS.
- Son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciosamente perfumados. Los mas blancos de todos los Polvos. Nuestro libro “LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN” porte pagado. Preparados por el Eminent Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., EE. UU.

15 l.




FABRICA DE CIGARRILLOS “EL COJO”



Lienzo, pinturas, pinceles, & c. PARA LOS ARTISTAS
A LA VENTA EN EL COJO



CIGARRILLOS RECORTE N. 17 DE EL COJO



VEREDICTO

Los infrascritos, constituidos en Jurado por la Dirección de *EL COJO ILUSTRADO*, con motivo del certamen promovido por ella para celebrar la entrada de dicha Revista en el 7.º año de su existencia, procedieron, en la propia oficina de la Empresa, al escrutinio de las composiciones concurrentes a esta Justa literaria; y resultaron, por todo, cien obras poéticas, que son á saber: en verso, 33; en prosa, 67.

Y después del estudio que se hizo meditada y concienzudamente de las mencionadas obras, durante varios días, convinieron, por unanimidad, en adjudicar los dos premios respectivos, como sigue:

De verso: al poema intitulado

“*Idilio trágico*”

que principia:

“*Con fragmentos de cartas que el olvido*”

De prosa: al cuento intitulado: “*Juanito*”, que principia:

“*La casa, una antigua construcción española,*”

Y en atención á que el poema que se denomina “*Luz*” y el cuento intitulado “*Flor de las selvas*” fueron distinguidos como de mérito por el Jurado, el Director de la Empresa resolvió galardonar á los autores respectivos con sendas plumas de oro.

Los infrascritos juzgan haber, de esta manera, cumplido debidamente su encargo.

Caracas: 1.º de diciembre de 1897.

Marco-Antonio Saluzzo,
M. Diaz Rodriguez,

Felipe Tejera,
Eloy G. González,
J. M. Herrera Irigoyen.

Nota de la Empresa. A las 8 de la noche del 1º de Diciembre de 1897, luego que fue leído el Veredicto del Jurado ante numeroso concurso de escritores y periodistas, se procedió á romper los sobres que contenian las firmas correspondientes á las composiciones premiadas, y resultaron ser: del “*Idilio trágico*”: ANDRES A. MATA; del cuento intitulado “*Juanito*”: RUFINO BLANCO FOMBONA; del poema “*Luz*”: EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA; y del cuento “*Flor de las Selvas*”: L. M. URBANEJA ACHEI POHL.

La entrega de los premios, medallas y diplomas se efectuará el día de Año Nuevo en acto publico que se anunciará oportunamente.

La publicación de las composiciones premiadas se hará en el número de Gala de 1.º de enero de 1898.